

RENACIMIENTO

AÑO I.

ENERO 1910.

N.º 8.

CIENCIAS: GEOGRÁFICAS - SOCIALES - FILOSÓFICAS.
LETRAS - BIBLIOGRAFÍA.

DIRECTORES

FLORENCIO CÉSAR GONZÁLEZ — LUIS PASCARELLA

SECRETARIO DE REDACCIÓN

LUIS MARÍA JORDÁN

EL FACTOR CLIMATÉRICO EN LAS RAZAS TROPICALES.

FISIOLOGÍA, MENTALIDAD Y CARÁCTER.

Si Humboldt fué genial cuando creó el concepto de la termalidad en el estudio de los climas, sentando la base de su futura clasificación y acciones fisiológicas, no lo fué menos cuando incluyó en la definición del *medio*, el conjunto de impresiones que se despiertan en el *alma* por intermedio de los sentidos.

Impone así, el vasto problema de la psicoclimatología, problema reciente, aún inconcluso, casi planteado, envuelto todavía en el axiomático principio de generalización que Claudio Bernad sintetiza con que la influencia de los *medios* es general y ningún ser puede sustraerse á ella.

Es indiscutible que el conjunto de factores meteorológicos de cada región constituye un modificador intenso, constante; alma mater de toda revolución orgánica y al que no podemos sustraernos por ley fatal, ya que nos envuelve desde el suelo que pisamos hasta los 16.000 metros de altura en que nos cubre la atmósfera respirable.

Y . . . tal vez más allá, el éter imponderable no es sólo un medio de transmisión al movimiento ostensible de las ondas luminosas, caloríficas y eléctricas; es sin duda una manifestación del movimiento mismo, capaz de intensificarse hasta la conden-

sación, ya que el inmortal descubrimiento de los Curie, el radio, la radio-actividad con su triple emanación vibratoria, cuya difusión y emanación parece depender también de otras condiciones físicas, temperatura y humedad, nos plantea nuevamente en la interpretación de los rayos *lambda* la vibración *etérea*, tal como la concebimos más poderosa, veloz é inapreciable que la luminosa calorífica y eléctrica...

No es posible, no es necesario insistir, hoy menos que nunca, dada la potencia de la radio-actividad en las manifestaciones *energéticas*, intracelulares, dada su acción *simbiótica*, semejante á las *simbiosis* por fermentación; no es necesario decimos, iniciar la discusión general de las influencias del ambiente sobre los seres organizados, ni mucho menos plantear la discusión en el orden de sus acciones sobre la esfera *psíquica* del hombre, cuyo cerebro podría representar el *desideratum* como término de comparación entre los cuerpos radio activos de emanación propia y los radios activados influidos por radiaciones emitidas por otros cuerpos.

¡Qué similitud entre la vibración celular origen del *pensamiento* y la vibración luminosa, auditiva táctil y térmica, influenciando al pensamiento mismo, comparada con la emanación radifera de un cuerpo y las modalidades de este cuerpo radio activado! (1).

Resultante de una serie de fuerzas diversas, la orientación del individuo en su esfera física ó psíquica, considerado individual ó colectivamente, es tema complejo, de difícil análisis por lo que á la influencia particular de cada una de ellas toca; pero en último término, las observaciones continuas, han llegado á precisar una serie de hechos fisiológicos que pretendemos esbozar ligeramente con el fin de detenernos más particularmente en las acciones del ambiente sobre el sistema nervioso individual, que al fin no es sino el agente de los actos psíquicos.

El ser humano se adapta á las acciones del medio exterior y puede vivir, vive mejor dicho, en los dos puntos opuestos del globo, por sus factores cósmicos.

(1) Experiencias recientes demuestran la posibilidad de radio activar las sustancias químicas, medicamentosas, dotándolas de nuevas propiedades para activar las funciones orgánicas—Nóe: La Radioactividad.—1909.

Desde la zona tórrida ecuatorial dentro de una temperatura que ha pasado de 60°, observada en la cámara de los navíos que atraviesan el Mar Rojo, hasta las zonas polares, en donde los últimos exploradores han anotado cifras semejantes bajo *Cero*, el hombre vive dentro de temperaturas que oscilan más allá de los 100°.

Adáptase experimentando una serie de modalidades más perceptibles en los tipos de aclimatación que pasan á zonas opuestas.

Las modificaciones orgánicas que sufre el ser, tienen por punto de partida las impresiones exteriores que el medio ejerce en los órganos de los sentidos. Es en el tegumento externo, todo un sistema nervioso, vaso motriz, denominado fisiológicamente aparato *termo* regulador, que recibe por los nervios periféricos las sensaciones de calor ó frío ó las trasmite á los órganos nerviosos centrales y por su intermedio repercute sobre los vasos sanguíneos, glándulas externas é internas para aumentar ó disminuir las secreciones ó los cambios orgánicos, fuentes de eliminación de calórico.

Este circuito funcional, al parecer simple y sin mayor trascendencia para el ser, es, sin embargo, fuente de oscilaciones transmisibles al funcionamiento de otros círculos internos. Las oxidaciones, los intercambios nutritivos, asimilación, desasimilación, *simbiosis* celulares son sensibilizadas por aquel, y cual no será su transcendencia si recordamos que una simple impresión térmica llegando hasta el cerebro puede modificar sus sensaciones y emociones: Para Lange (1), la emoción no es sino la conciencia de las variaciones neuro vasculares y uno de los tipos de variación neuro vascular, clásico en la Fisiología, son las funciones del aparato *termo* regulador.

Al lado de estas sensaciones, la mayor parte de las veces inconscientes, si no revisten cierta intensidad, podemos agrupar el numeroso de las percepciones que otros órganos como la vista y el oído influyen con más actividad al órgano central: el cerebro.

(1) Rodríguez Etchart.

La luz es fuente de oxidaciones y desgastes orgánicos tan intensos que no habría para qué recordar las clásicas experiencias de cebar animales encegueciéndolos. El oído, órgano de relación importante, es fuente de emociones que repercuten en los actos cerebrales y orgánicos en general con tal poder que nos bastaría recordar la influencia de la música, de los ruidos, de las innumerables percepciones cuya acción nos alegra, entristece, cambia el carácter, tonifica ó, como se ha observado en la neurastenia, irrita, exalta y deprime. . .

Los dos extremos del conjunto de factores meteorológicos que se designa con el nombre de Clima, y sobre la base de la termalidad que Humboldt eligiese como fuente y medida de sus elementos, son los climas cálidos y fríos. La múltiple combinación y oscilaciones ha hecho subdividir y reconocer cinco variedades que se reconocen con el nombre de tórridos, cálidos, templados, fríos y polares.

Designase á las dos primeras variedades con el nombre de tropicales por hallarse sus límites á idénticas distancias de ambos trópicos, y creemos que para los efectos de sus influencias apreciables sobre la raza, caben estudiarse dentro de las tres variedades: tropicales, templados y fríos.

La transición paulatina de unos á otros no permitirían en efecto catalogar con la debida precisión sus efectos, y esta es la razón fundamental hoy más intensa por la mayor fusión de las razas, de que sus caracteres vayan olvidándose como si el límite de demarcación en realidad se hubiese borrado.

Y sin embargo, no es así; un somero análisis que por ahora precisaremos al hombre de los países tropicales, nos recuerda el conjunto de hechos que desde tiempo remoto llamaron la atención de los investigadores.

Surge á la consideración entre los caracteres físicos que el clima cálido determina, por su duración, persistencia é intensidad, la coloración de la piel, el desarrollo del sistema piloso, la pigmentación de los órganos en general, el desarrollo, la actividad vital, las modalidades del tipo nutritivo que en otra época comprendían los *temperamentos* y las *funciones* del sistema *nerioso* medular y *cerebral*.

Todos los autores que de las influencias del clima sobre las

razas se han ocupado, anotan el hecho de que las tribus de Guinea sobresalen por su coloración negra de ébano, contrastando con el tono oscuro pálido de las cafres y sudanesas; y lo mismo puede decirse de los negros del Brasil comparados con los indígenas que han vivido en las llanuras argentinas y que se han extinguido con el avance de la civilización.

En las tradiciones de la India hay que anotar este importante detalle. Las castas Parias á quienes las antiguas legislaciones destinaron al trabajo bajo el rayo ardiente de aquel sol tropical, han ennegrecido á través de los años, encontrándose en cambio los Bramhanes y sus descendientes con la coloración mate de sus rasgos primitivos.

Cuidado, dice el proverbio árabe, con un Paria blanco ó un Brahama negro!

Eliminando la exclusividad de que la fusión de sangres podría ser causa única de estos caracteres físicos, recordemos á los de una misma raza.

Los árabes del Ecuador son negros de cabellera enrulada motosa, mientras que los de las zonas templadas conservan aún su tipo clásico.

Los Egipcios del Norte se asemejan más á los negros del Sud, circunstancia que permite eliminar las mezclas de sangre Nubia ó Sudanesa entre ellos.

Quedan por fin los Abisinios, habitantes de las llanuras cálidas, tostados, ennegrecidos, con mayor intensidad que los de las regiones montañosas.

La mezcla de sangres ha borrado de muchas otras regiones la característica de estas influencias del medio y con ellas los hábitos de nuestra civilización, dejando así en dudas muchos interesantes temas de etnología.

Pero no por eso la Naturaleza ha dejado de imponer sus leyes bien ostensibles por cierto en las modalidades de los tipos de inmigración.

Es un hecho que la mujer joven aún, se hace prematuramente nubil, para marchitarse temprano como si el albor de su virginidad, á semejanza de la orquídea abierta á las caricias del rayo tibio, palideciese amarillenta, para secarse antes de envejecer.

Tiltt y Robertton, en las mujeres de la India y Bengala, han consignando en sus estadísticas este fenómeno, confirmado por otra parte en las negras de Jamaica y del Brasil y fáciles de constatar además por las edades de desarrollo en las jóvenes que los países fríos nos envían todos los años en esta intensa inmigración que llega de Europa.

Para el desarrollo total del individuo, fuera de la gran acción que ejercen los antecedentes de los progenitores, parece demostrado que corresponde á las zonas tropicales un desarrollo intermedio al del hombre de las zonas templadas y frías. Si los esquimales del Polo corresponden al tipo de talla inferior, la relación ascendente no es progresiva.

El máximo de vigor corresponde á las regiones intermedias.

Afirman autores europeos que las razas de la India son de constitución menos desenvuelta que las de Europa, y en Inglaterra saben que para el armamento de sus cipayos ha de elegirse el sable de menor empuñadura que el reglamentario para sus escuadrones (1).

El tipo nutritivo, es decir, el carácter físico externo y las manifestaciones orgánicas de relación que el individuo presenta según la marcha de sus intercambios celulares internos, aquello que constituía para nuestros antiguos fisiólogos el temperamento, presenta también sus características.

La hipersecreción biliar de los países cálidos, exagerada aún en las estaciones estivales, creó el tipo bilioso con sus cortejos de modalidades físicas y psicológicas, tipo mórbido, poco frecuente en el elemento nativo pero que empezando por el individuo de aclimatación se manifestaba por su coloración aceitunada, su clásica irritabilidad de atrabiliario. Las investigaciones fisiológicas no alcanzan aún á dilucidarnos, si esta hipersecreción hepática no será la originaria en la producción del color, ya que tan intensas son las relaciones del hígado con los fenómenos de cromogenia.

Pero el tipo dominante en el temperamento, es una variedad exclusiva que podríamos derivar del funcionamiento del sistema nervioso *cerebro medular*.

(1) Lombard.

Bajo la acción persistente de las temperaturas elevadas, todo el sistema nervioso individual se halla sometido á las oscilaciones del ambiente transmitidas por el sistema, vaso motor y termo regulador.

En el orden de la reflectividad es un hecho admitido la super-escitabilidad genésica, que nosotros hemos atribuído en un estudio climatérico, y por analogía con los fenómenos observados en ciertos tipos mórbidos, á hiperemias medulares que exaltan la actividad de los centros genésicos.

En los países y épocas en que la civilización no llevó su freno moderador, los pueblos tropicales nos presentaron el ejemplo de sus religiones depravadas, cuajadas de obscenidades alrededor de sus ídolos, de crímenes violentos, trasunto de una facilidad de excitación de que no hay ejemplo en otras regiones.

Sin embargo, las alteraciones de excitación y depresión nerviosa no son un fenómeno raro. Al lado de las reacciones impulsoras y activas, se anotan las apatías y decadencias de un agotamiento precoz.

Es posible que concomitantemente á las modificaciones sanguíneas hiperémicas, se sucedan las anemias, es fisiológico que á la superactividad suceda el cansancio.

Estos fenómenos pueden darnos cuenta de cuan profundas son las influencias del ambiente en la orientación física de la especie.

LA MENTALIDAD. — EL CARÁCTER.

El *talento*, lejos de ser un fenómeno social, es un fenómeno individual. Invierto así el prolegómeno con que el distinguido literato Manuel Ugarte abre las páginas de su libro «Las nuevas tendencias literarias».

Es un fenómeno individual porque es ante todo una función orgánica del cerebro, porque depende de los órganos de los sentidos que llevan sus impresiones á los centros de asociación, porque es indiscutible que cada centro de asociación es un grupo de células nerviosas y que, como todo acto ó fuerza que deriva de la vida celular, está sometido primordialmente á los actos íntimos

de la vida orgánica, la nutrición, la asimilación y secundariamente á todas las influencias del *medio*, llámese ambiente físico ó ambiente social, vida de relación.

Un idiota, cuyas células corticales no presenten la primera condición exigida por la fisiología celular, la *integridad* protoplasmática, no llegará jamás á poseer talento, cualesquiera sea el medio social en que se desenvuelva.

Importa establecer esta premisa, porque si analizamos al hombre normal colocado ó adaptado á un ambiente físico, sólo podremos admitir las modalidades de su mentalidad influida por el ambiente (fuera de otras acciones) bajo la base fisiológica de las modificaciones circulatorias, reflejas, la riqueza de asociación de imágenes, el conjunto de emociones (fenómenos neurovasculares de Lange) que pueden ir á influir sobre las manifestaciones de su cerebro (talento), con tanta ó mayor intensidad que el resto de los elementos de otro orden — ambiente social, educación, etc.

El talento, la mentalidad, como quiera denominarse al conjunto de facultades que constituyen la esfera psíquica, llega sin duda á su mayor perfeccionamiento cuanto mayor sea el número de factores que le sean favorables.

Como cualquier otra manifestación de la vida orgánica, como la fuerza muscular, dependerá de la nutrición íntima, del ejercicio, de las buenas condiciones del medio.

Dosificar la cantidad de acción que á cada factor corresponda es imposible desde el momento en que la fisiología no dispondrá jamás de dos seres absolutamente iguales para establecer términos de comparación.

Y así como en el orden psíquico hemos analizado un núcleo de fenómenos exclusivamente atribuibles al factor climatérico, podemos también anotar en el orden psíquico otro conjunto más ó menos discutible, pero en principio y en observación exacto.

No es necesario recurrir á la ciencia fisiológica ni siquiera á la climatología comparada para convencer de las modalidades psíquicas de las diversas agrupaciones humanas, bien en armonía, por otra parte, con las características de la región en que viven.

Es de vieja data entre los escritores europeos, distinguir el

temperamento meridional del hombre del Norte. Los novelistas se han encargado de repetirnos sus caracteres físicos y mentales; pero toca en especial á los que al estudio del hombre se dedican especializarse en sus apreciaciones.

Observando las razas, tomadas si es posible en su estado primitivo, para alejar lo que se pueda la influencia de los factores mixtos, llama la atención la facilidad y elasticidad de las aptitudes intelectuales en algunas de ellas. Los hindúes tienen, como los meridionales de Europa (andaluces por ejemplo), la característica de la dialéctica, que manejan con asombrosa facilidad. Asume la leyenda y la poesía la forma lírica y fantástica. Su misma filosofía es un tejido de combinaciones en las cuales, si bien es cierto predomina un cierto fondo de argumentación reflexiva, es excesivamente superficial y novelesca.

La mentalidad del hombre del trópico se desenvuelve en armonía con la naturaleza en que vive, de riguroso acuerdo con la ley fisiológica de asociación imaginativa.

Sus lirismos, revelación del cerebro soñador, es rico en imágenes, ideas y sentimientos románticos de la misma exuberancia que su suelo orlado de vegetación gigantesca, con las mismas tonalidades que el colorido perpétuo de sus vergeles, con la magnificencia de sus montañas de álbea cima, plácido á veces como sus lagos apacibles, majestuoso como sus ríos ó violento como sus cascadas.

Brilla el chispazo de sus ideas con el fulgor que el relámpago de sus tormentas estivales, pero la idea, como el relámpago, aparece tan majestuosa como pasajera y falta de consistencia.

Por ley de asociación la imaginación creadora de sus poetas canta á la Naturaleza; pero á veces el subjetivismo, la sensación sentimentalista del temperamento del poeta, se sobrepone á la imagen; con más facilidad crea que copia, porque hay en su cerebro fertilidad tan asombrosa como en el suelo, y no permite la germinación de la semilla extraña ahogándola con el exceso de fertilidad.

Acepto con Ugarte, «que un hombre condensa un momento de las colectividades» ó si se quiere mejor, que un cerebro sea imagen de un conjunto de cerebros, que revele en sus oscilaciones un carácter colectivo porque la *vida de relación* es siempre expresión directa de la relación misma.

Busco así en la literatura expresión de las ideas individuales, reflejo de pensamientos colectivos, una característica de esas influencias del medio físico.

La literatura americana, y solo americana, porque el resto de los países verdaderamente tropicales no se halla aún en el grado de civilización que los de la América, obedece en sus elementos primordiales al impulso que recibe de su ambiente físico.

Es un carácter que no puede escapar á la observación porque se revela en sus imágenes, en sus tendencias, en sus romanticismos, y á veces, en las verdaderas joyas literarias, en que pinta la Naturaleza, la doble faz objetiva y subjetiva. Y estas producciones, son las que salvan la literatura americana.

Isaacs despierta el sentimentalismo romántico de las tardes colombianas en la vega apacible; Gómez canta las *rimas* del trópico con armonías tiernas de palomas que se arrullan en la siesta calcinante; Miranda, la hora poética en que se colorean los paisajes; Chocano hace rugir chispeante de espumas el Salto de Tequendama ó la fiera salvaje de «Alma América»; Bilac rima sus *Saudades* evocadas por la visión de la maravillosa bahía de Río; Andrade vuela á las cumbres fascinado por las alturas como el Cóndor del lirismo; Lugones trasnocha en el «Lunario» apasionado, como se hipnotiza el cerebro sensible al rayo luminoso ó navega apacible sus Cisnes negros en el estanque plumizo; Lastre se enamora de las Rosas en los vergeles santafecinos.

Cerebros tropicales que traducen sus tendencias líricas ó su temperamento impetuoso como Vargas Vila, ó refinado ó aturrido cual picaflor amante de las libaciones perfumadas como Asunción de Silva, ó lleno de frescuras como el follaje que aspira Posada en el Trébol, ó divaga sus recuerdos infantiles, tiernos y somnolientos, el autor de «Mis Montañas».

Es la naturaleza magestuosa de los trópicos imponiendo sus leyes al cerebro, como las impone á los demás órganos, que hace germinar su protoplasma al calor de sus rayos solares, que introduce impresiones por la vista con el esplendor de sus imágenes, martillea el oído con el silbido de sus vientos, el rugir de sus cascadas, el arrullo sonoro de sus aves pintorescas, que lleva la melancolía de sus tardes ó despierta las sonoridades de sus mañanas agrestes.

No ha sonado la hora de las meditaciones severas, que reserva para los días nebulosos, y en las noches desapacibles que deben buscarse en otras latitudes, en las sombrías tardes de los días nevados, en el regazo de las bibliotecas al amor al estufa, en el silencio del recogimiento profundo.

En los horizontes amplios de perpétuo nimbo azul, que invitan á la vida de puerta abierta, las investigaciones silenciosas de labor árdua, de tenacidad sistemática y minuciosa son difíciles; el espíritu solicitado se rebela y disciplina mal; el *carácter* es movable, á veces caprichoso como el ambiente.

La voluntad no es siempre dominadora, porque su predominio se debilita al influjo de sollicitaciones repetidas, y la reflectividad exagerada es á veces depresora de aquella.

En la combinación de factores la resultante es el producto del conjunto y solo sufre la proporcionalidad de cada uno de ellos atenuada y aún diluida por el contrapeso del resto; pero jamás este contrapeso neutraliza en absoluto la acción del factor aislado.

Bueno es, pues, tener presente la orientación que el medio físico tiende á imprimir á la fisiología del individuo y por ende de la colectividad para neutralizar en lo posible la tendencia subjetivista en el orden intelectual.

En la Argentina, país subtropical y templado, intermediario entre las zonas extremas que adapta en su clima á los hombres de todas las razas y todos los países, sin que la adaptación imprima con violencia las modificaciones orgánicas en el ser humano, su raza, su juventud están llamadas á resolver en el orden intelectual los problemas mixtos, científicos, profundos, literarios en cuanto la actividad mercantilista abra un claro, á la actividad psicológica.

Ella posee el factor climatérico ideal, como posee el factor de la fusión de las especies, ideal también en la regeneración de las razas.

Caben en su pensamiento futuro las meditaciones severas en los días penumbrados de sus inviernos taciturnos aunque jamás rigurosos, las fantasías de sus primaveras, florecientes las exaltaciones de sus estíos excitantes y aún la apatía de sus calores deprimentes.

Que la juventud intelectual adapte sus facultades psíquicas á las influencias de su naturaleza generosa, que medite, que ría, que salte y repose á la vez; pero sea ordenada en sus producciones imitando á la Gran Maestra porque para ello le cupo en suerte nacer en cuna tan magnífica!

JOSÉ MORENO.



FEDERICO NIETZSCHE.

NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA PSICOLÓGICA.

(Continuación).

« Así hablaba Zaratustra » nació de esta ebriedad espiritual y de sus exaltaciones líricas. Después de algunos períodos breves de preparación escribió las cuatro partes del libro en diez días más ó menos cada una: la primera á principios de Febrero de 1883 en Rapallo, cerca de Génova; la segunda á fines de Junio y principios de Julio de 1883 en Sils - María (Suiza); la tercera á fines de Enero de 1884 en Niza y la cuarta fué comenzada en Septiembre de 1884 en Zurich, continuada en Noviembre del mismo año en Mentón y concluída en los primeros meses del año 1885 en Niza. « Así hablaba Zaratustra » es una creación eminentemente poética y no una obra doctrinaria, como el público, mal informado por los vulgarizadores, lo ha creído durante mucho tiempo; es un magnífico poema en prosa que contiene la expresión simbólica de algunas teorías del autor, de sus experiencias, de sus afectos, de sus ideales, de sus dolores, de sus errores, de sus pasiones, de sus alegrías y de sus esperanzas. El mismo lo dijo en algunas notas inéditas que ha citado la Sra. Forster Nietzsche en su traducción alemana del libro de Lichtemberger sobre la filosofía de F. N.: « En cuanto á mi « Zaratustra » no tiene provisoriamente más que un sentido meramente personal; es mi libro de diversión y de estímulo y por esto un libro oscuro, escondido, risible para todo el mundo. Heinrich von Stein, un buen tipo de hombre con cuya amistad me honro, díjome con

toda franqueza que sólo ha comprendido del Zaratustra once capítulos, ni uno sólo más. Esta confesión me ha hecho bien» (1).

En este libro, en que se une la fantasía más libre con la lógica más rigurosa, la intuición y el concepto, el sentimiento y la razón, el arte y la filosofía, Nietzsche vertió en forma poética y exaltada las tendencias más originales de su temperamento. La expresión teórica de sus ideas hay que buscarla en las obras posteriores al «Zaratustra». Antes de comenzar la redacción de la tercera parte, Nietzsche había tenido la intención de reunir en un volumen, los aforismos, proverbios y sentencias principales de todas sus obras publicadas, empezando por «Humano demasiado humano», de manera de dar cuerpo orgánico á su pensa-

(1) « La obra maestra de Nietzsche, por la fuerza y la belleza lírica con que traduce el sentimiento que tenía de la vida, es un poema en prosa.

Así hablaba Zaratustra, no encierra, ni teorías históricas, ni sistemas abstractos; en él todo procede del sentimiento y casi todo se dirige al sentimiento. Lo compuso en la soledad, en medio de las montañas, al borde del mar, en los países del mediodía, de 1883 á 1885, durante los años en que su salud se restableció. Como Rousseau, como Chateaubriand, como Hugo, como Shelley, como Byron, sólo, en presencia de la naturaleza, después de haber abandonado á su país y á sus amigos, se halló á sí mismo y alcanzó la más alta exaltación poética. Como al mismo Shelley, como á Keats y como á Browning le fué indispensable las influencias del mediodía para desplegar en todo su poder y amplitud las energías de su imaginación y de su sensibilidad. Su libro, que se divide en cuatro partes, está compuesto con los discursos de Zaratustra á sus discípulos, exhortaciones, máximas ó apólogos y de las meditaciones del profeta ó de sus himnos en la soledad. Zaratustra es la imagen idealizada del autor, así como Fausto es la de Goethe. La ebriedad creadora era tal en Nietzsche, en esta época, que sólo tardó diez días en redactar cada una de las tres primeras partes de su obra. Tomó por modelo, la forma poética de la Biblia. En todas partes se siente en su libro al músico y al poeta lírico; cada trozo, como un trozo lírico ó musical, como una oda ó una elegía, como un andante ó allegro, difiere por el matiz de la emoción que traduce y que sugiere. La primera parte encierra discursos del profeta á sus discípulos; les enseña sus doctrinas y ridiculiza á sus adversarios; el tono general es más bien pacífico. En la segunda parte, mezcla de discursos y meditaciones solitarias, el tono dominante es el de un lirismo exaltado, ya entusiasta, ya satírico; el ideal del super-hombre defínese paulatinamente. En la tercera parte, enteramente compuesta de himnos ó meditaciones de Zaratustra en la soledad, sobre el mar ó en las montañas, la imaginación del profeta está poseída por la idea del retorno eterno, y la exaltación lírica alegre ó melancólica

miento doctrinario. Dos veces intentó hacerlo; la primera reunió seiscientos aforismos bajo el título «En alta mar, discursos silenciosos más allá del bien y del mal»; la segunda vez que se puso en la tarea reunió doscientos aforismos bajo el título de «La sabiduría siniestra»; pero la redacción del «Zaratustra» le distrajo de este proyecto. Publicada la cuarta parte de su gran poema, este deseo se convirtió en la intención de escribir una obra que contuviera la expresión sistemática de su filosofía, pensamiento que por lo demás, le preocupaba desde el año 1881. Decidió hacer preceder su obra capital de una introducción provisoria y con este objeto escribió «Más allá del bien y del mal», que lleva

llega á ser extraordinaria. La cuarta parte nos cuenta la entrevista de Zaratustra con los «hombres superiores,» los representantes de la civilización moderna, sus tipos más nobles, que sin embargo, son cobardes y ridículos, y á los cuales el profeta enseña las teorías del super-hombre y del retorno eterno. El imputu lírico es menos continuo que en las partes precedentes. La primera alegría de la concepción poética parece haber disminuido; el tono dominante es burlesco. Una última parte, de la que solo restan fragmentos inéditos, habría descripto la muerte de Zaratustra, bendiciendo la vida antes de dejarla, por todo lo que tiene de grande y de bello.

Por el estilo, *Así hablaba Zaratustra*, no es solamente la obra maestra de Nietzsche, lo es de la prosa alemana. El estudio de los prosadores franceses le había enseñado como á Goethe, á Heine y Schopenhauer, á escribir frases cortas, evitando así las dificultades que presenta la sintaxis alemana, cuyas reglas hacen de toda frase un poco larga algo informe é inorgánico; debe en gran parte la perfección de su estilo al hábito de escribir en aforismos; nada lo prueba mejor que la comparación de las obras anteriores á 1876 con las que compuso más tarde; hasta después de 1876 resulta un escritor inhábil cuando se aventura en una frase de estructura compleja. El poeta y el músico se revelan en la elección de las palabras, en su belleza melódica y en su poder evocador, en el ritmo de su sucesión y en la correspondencia admirable entre estos ritmos, estas melodías y los sentimientos que expresan. Al igual que sabe evitar los peligros de la lengua alemana, Nietzsche utiliza también admirablemente los recursos que le son propios, crear palabras nuevas y palabras compuestas, transformar verbos en sustantivos de manera que expresen acciones; el arte de Nietzsche no tiene igual para pasar por matices indefinidos y continuos á través de toda la escala de sentidos de una sola palabra, que ora designa una idea, ya una imagen, ya un sentimiento ó una tendencia. Son estas cualidades las que hacen imposible una traducción fiel de su *Zaratustra*. — R. Berthelot: «Friedrich Nietzsche» en el volumen «Evolutionnisme et Platonisme.» y vol. 24 de la Gran Enciclopedia.

el subtítulo significativo de «Preludio de una filosofía del futuro».

«Más allá del bien y del mal», publicado en Agosto de 1886, reproduce algunas ideas madres sustentadas en sus escritos del profesorado en Basilea; vuelve á desarrollar la idea de que el conocimiento humano, considerado más allá de todo prejuicio moral, es un continuo error necesario y sólo la intervención de los juicios morales nos da, en algunos casos, la ilusión de decir la verdad y en otros la de mentir. Nietzsche extiende el punto de vista amoral, del dominio del conocimiento á todos los actos de la vida humana y halla que nuestra vida, como la naturaleza, se mantiene más allá del bien y del mal, que nuestras acciones en sí incognoscibles, en sí ni buenas ni malas, reciben su particular coloración moral de nuestros prejuicios.

Sistemas filosóficos, juicios morales, creencias religiosas, criterios de certidumbre y de verdad y todos los procesos del alma, hasta los más abstractos é idealizados, sirven á la vida en tal ó cual forma particular. El intelecto no es libre, y así como lo había intentado en «Sócrates y el instinto», escrito de la época de Basilea, extiende este punto de vista para juzgar de todos los fenómenos de la vida y reconoce que cada existencia particular, hasta la más abyecta, la más falsa, la más incoherente, se justifica ante sí misma en cuanto le es posible, persiste y se afirma.

El instinto fundamental de la vida, se lee ya en «Más allá del bien y del mal», no es el de la conservación, como aseguran los biólogos de la escuela inglesa. Lo que vive quiere imponer su fuerza. La vida es voluntad de poder, de afirmarse, de dominar. La conservación no es más que un efecto indirecto y frecuente de este instinto. Su expresión característica es «voluntad de poder». Más es necesario cuidarse de atribuir esta voluntad á un yo, á un sujeto: es una expresión que describe el aspecto general de los fenómenos de la vida, y el «yo» no es más que una ficción gramatical, producida por el hábito de dar un sujeto á toda acción. La «voluntad de poder» impone diversas actitudes, inspira diversos órdenes de juicios, crea tablas de valores diferentes según que la vida es exuberante ó débil, en crecimiento ó en decadencia. Y, observando todas las morales, desde las más groseras hasta las más evolucionadas que han dominado y dominan aún entre los hombres, ciertos rasgos particulares, siempre evi-

dentes, revelan la existencia de dos tipos esencialmente diversos de moral: la moral de los amos y la moral de los esclavos, creadas por dos tipos de hombres fisiológicamente diferentes. En síntesis: todos los valores morales no son más que valores fisiológicos.

Contiene además esta obra una crítica de las principales «ideas modernas», y ante todo de la idea de «progreso».

El movimiento democrático no es una forma de decadencia política, sino de decadencia y empequeñecimiento del hombre; tiende hacia una degeneración total del hombre, hacia el rebajamiento hasta lo que parece á las cabezas vacías de los microcéfalos socialistas el humano ideal del futuro, el perfecto animal de rebaño, ó de la «Sociedad libre» como ellos dicen. Esta animalización del hombre es posible, sin duda; pero pensando en su posibilidad ¿quién no siente náuseas y un disgusto destructor?

Tales son, en brevísimo resumen, las ideas principales que desenvuelve con otras en «Más allá del bien y del mal»; libro que inicia sus obras más densas de pensamiento y de mayor valor fisiológico.

«La Genealogía de la moral», que vino después, completa la investigación sobre la génesis de los sentimientos morales, que el autor había comenzado en «Humano, demasiado humano» y en «Aurora». Completando sus ideas anteriores, desenvuelve en «La Genealogía» la historia de los dos tipos de moral: la de los amos y la de los esclavos; en la segunda parte analiza los sentimientos de deber, de culpa, de responsabilidad y la conciencia moral; en la tercera, hace una aplicación ejemplificativa de su criterio de análisis á los ideales ascéticos.

En la primavera de 1888 publicó dos opúsculos: «El Crepúsculo de los Idolos», que llama «extracto de mi filosofía» y «El Caso Wagner», compuestos con algunas notas preparatorias de su obra «La Voluntad de Poder». Después de la publicación de estos dos folletos, Nietzsche abandonó la idea de extender á cuatro volúmenes la exposición definitiva de su filosofía y ensayó comprimir la materia enorme, hasta hacerla contener en un volumen formado de cuatro libros. Comenzó la tarea en Septiembre de 1888 y el primer libro fué concluido en pocas semanas: «El Anti-Cristo, ensayo de una crítica del

Cristianismo». La obra no pudo ser continuada por que en los primeros días del año 1889, hallándose en Turin, Nietzsche sufrió un ataque de apoplejía, que, originando una parálisis del cerebro, puso término eterno á su vida consciente. Los últimos días los empleó en escribir una auto-biografía «*Ecce Hommo*», que la hermana del filósofo mantiene inédita (1), y un opúsculo «*Nietzsche contra Wagner*» para hacer complemento á «*El caso Wagner*».

El Archivo-Nietzsche, constituido en Weimar, bajo la dirección de la Sra. Isabel Nietzsche de Forster y del escritor señor Peter Gast, para el cuidado de todo lo que atañe á la gloria del gran escritor, ha dado á la publicidad la obra que se conoce con el título de «*La Voluntad de Poder*», «ensayo de una transmutación de todos los valores», y que ha sido compuesta, sobre el plan de la gran obra, redactado en Niza por Nietzsche en 1887, con las notas, fragmentos, apuntes y estudios que reuniera el autor.

Estos materiales han formado cuatro interesantes libros de fragmentos. El 1.º, titulado «*El nihilismo europeo*», comprende una crítica de la modernidad y una teoría de la decadencia; el 2.º, «*Crítica de los valores superiores*», hace el proceso del cristianismo y sus ideales, con algunas consideraciones sobre la moral y la filosofía como expresiones de la decadencia. Encierran la parte crítica y negativa de la obra. La parte teórica y positiva está comprendida en los otros dos libros: 1.º Principio de una nueva avalución, y 2.º la exposición de los ideales propios y definitivos de esta filosofía de la voluntad de poder.

(1) Estas notas informativas fueron redactadas mucho antes de aparecer en alemán «*Ecce Homo*», y las referencias que en nuestro texto hacemos á este folleto fueron tomadas en la gran biografía de la Sra. Forster.

Nos era conocido el firme intento de la Sra. Forster de no dar «*Ecce Homo*» á la publicidad, y son conocidas la forma y las condiciones en que esa publicación ha sido hecha. Sin entrar á discutir la utilidad de su publicación, ni el valor del curioso libro, nos parece evidente que con su conocimiento gran parte de estas notas pierden su interés, especialmente en lo que se relaciona con los últimos años de la vida de Nietzsche. Es por esto que muy probablemente quedarán suprimidas de nuestra Biografía.

Como se ha visto yá, todas las obras de este período de su vida intelectual, desde «Más allá del bien y del mal», se relacionan directamente con su gran obra que quedó inconclusa. Sirviéndonos de todas ellas, analizaremos brevemente el fondo del pensamiento de Nietzsche por entonces.

Empieza Nietzsche por examinar el fenómeno de la decadencia en la Grecia antigua. Se inicia, dice, con la aparición de Sócrates. La vieja Atenas estaba en su crepúsculo: todo se encontraba muy cerca del exceso, los instintos querían convertirse en tiranos y se creyó hallar un tirano que dominase á todos: la razón. Sócrates la descubrió. El fanatismo de la razón y de la moralización, que distingue á toda la especulación griega posterior á Sócrates (sobre todo á Platón), es el signo evidente de la decadencia. La razón á toda costa, querer hacer la vida clara, fría, prudente, consciente, sin instintos, en contraste con los instintos, no es más que una enfermedad, la fórmula evidente de la decadencia, mientras que la fórmula de la vida en faz ascendente es ésta, felicidad=instintos.

Todos los moralistas están concordes en la necesidad de suprimir las pasiones. Así, el cristianismo en su lucha contra los inteligentes á favor de los pobres de espíritu, ha pensado en estirpar la sensualidad, el orgullo, la ambición, el deseo de venganza, etc. Pero atacar las pasiones es atacar en sus raíces la vida misma. La práctica de la Iglesia es, pues, enemiga de la vida y todo naturalismo en moral debe ser dominado por los instintos vitales.

El cristianismo ha sido el gran enemigo del hombre. ¿Qué es lo bueno?, se pregunta Nietzsche. Todo lo que eleva el sentimiento del poder, la voluntad de poder, el poder mismo. ¿Qué es lo malo? Todo lo que deriva de la debilidad. ¿Qué es la felicidad? El sentimiento de que nuestro poder crece.

Los débiles deben perecer: tal es la primera máxima de su amor por los hombres. La compasión por los débiles y los defectuosos,—el cristianismo,—es el más dañoso de todos los vicios. El problema de la humanidad consiste en determinar qué tipo humano debe elevarse como el más digno de vivir, el más digno del futuro. Este tipo ha existido yá, pero como caso fortuito, como excepción, más temido que deseado. Y en su lugar prosperó el tipo opuesto, el animal doméstico, la bestia de rebaño, la bestia enferma, el cristiano.

El cristianismo ha llevado una guerra á muerte contra este elevado tipo humano, ha atacado sus instintos fundamentales: el hombre fuerte ha sido para esta doctrina el hombre reprobable en sí. El cristianismo ha abrazado el partido de todo lo que es débil, mísero, defectuoso, y ha hecho un ideal de la oposición al instinto de conservación de la vida, ha invalidado la razón de las naturalezas más fuertes espiritualmente, enseñándolas á sentir como pecados, como tentaciones, las más altas cualidades de la inteligencia.

Se llama al cristianismo la religión de la compasión; y la compasión está en contraste con los afectos tónicos que elevan la energía de la vitalidad: obra deprimiendo, obstaculiza la ley de selección, manteniendo lo que debe perecer, conserva y multiplica la miseria y los miserables, siendo así el principal instrumento de decadencia, de nihilismo, de negación de la vida.

Ni la moral ni la religión cristianas, presuponen la realidad, sino por el contrario, causas completamente imaginarias (Dios, alma, yo, espíritu, voluntad libre) efectos absolutamente imaginarios (pecados, redención, gracia, pena, remisión de pecados) relaciones con seres imaginarios (Dios, demonios, almas), una ciencia natural imaginaria, antropocéntrica, desprovista del concepto de causa natural, una psicología imaginaria (continuos equívocos sobre sí mismo), una teología imaginaria (el reino de Dios, el juicio universal, la vida eterna). Este mundo de ficciones es la más estúpida falsificación del mundo real, proviene del disgusto, del odio de la realidad y quién siente la necesidad de alterar así la realidad es un decadente incurable.

El concepto cristiano de «Dios» es una de las formas más corrompidas de la divinidad que han existido: un «Dios» que es la antítesis de la vida, en vez de ser su gloriosa y eterna afirmación, es un «Dios» que hace sagrada la Nada.

Que las fuertes razas nórdicas hayan acogido este «Dios» no es un argumento en favor del cristianismo. Para dominar sobre los bárbaros, el cristianismo tuvo que adoptar muchos conceptos y valores bárbaros: el sacrificio de las primicias, beber sangre en la eucaristía, el desprecio de la inteligencia y de la cultura, los suplicios de todas formas, sensibles y espirituales, la gran pompa del culto. Todo esto es bárbaro.

Enseguida Nietzsche rehace la historia del cristianismo, desde sus orígenes judáicos, del pueblo de Israel, del movimiento anárquico absurdamente cosmopolítico iniciado por Jesús de Nazareth y expiado en la cruz; hace la psicología de la redención y del evangelio, del apóstol Pablo, y revela de qué odio profundo, de qué profundo disgusto de la vida y de la realidad, de qué afligente decadencia de los instintos, ha nacido el movimiento nihilista cristiano.

Quien, como los cristianos, colocan el centro de gravedad de la vida, no en ella, sino en el más allá, lo coloca en la nada y quita á la vida su verdadero centro de gravitación. La gran mentira de la inmortalidad individual es lo que ha destruido toda razón, todo instinto natural, todo interés por la vida verdadera. Y á esta piadosa adulación de la vanidad personal, el cristianismo debe la victoria. Inmediatamente después de oirlo quedaron convencidos todos los miserables, los defectuosos, los pobres de espíritu, los desechos de la humanidad. Más quien tenga el valor de la salud, ¡cómo debe despreciar una religión que enseñó á comprender tan mal el cuerpo!; una doctrina que se basa en la supertición del alma!; que ha hecho un mérito de la insuficiente nutrición del cuerpo!; que ha visto en la salud un enemigo, el diablo, la tentación!; que ha enseñado que se puede tener un alma perfecta en un cuerpo cadavérico!

La Iglesia cristiana ha llevado la guerra á todo lo que tenía su origen en la vida ascendente y floreciente, en el instinto, en la sensualidad, en la virilidad, en la fuerza! En su obra de devastación ha asolado todo lo que fué la alegría de vivir: la obra de los griegos, la obra de los romanos, la obra de los árabes en España, la obra del Renacimiento; ha hecho de todo valor un no-valor, de toda verdad una mentira, de toda rectitud una infamia. Ha comenzado diseminando en el mundo el gusano del pecado, y las llamadas confortaciones cristianas son efecto de la decadencia y de la degeneración. La igualdad de las almas ante Dios es una falsedad y un pretexto para la elevación de los miserables y por todas partes ha llevado el desarreglo, la descomposición y la podredumbre.

La obra del cristianismo se continúa con la Revolución Francesa, con los ideales del liberalismo moderno, que contiene en

sí el principio de la decadencia de todo orden social. La única práctica de la Iglesia ha sido el parasitismo y ha destruido todo amor de la vida con sus ideales cloróticos de santidad, haciendo surgir de un más allá la voluntad de negación del mundo real. La cruz de Cristo es el signo del más secreto conjuro que jamás se haya hecho contra la salud, la belleza, la perfección, el espíritu, la bondad del alma, contra la vida misma. El cristianismo ha sido la más grande maldición, la más íntima corrupción, el fruto del odio más terrible, la ignominia mayor de la humanidad. Es necesario, pues, decir No! á todo lo que el cristianismo ha dicho Sí! y esto exige una transmutación de todos los valores.

La tercera parte de «La Voluntad de Poder» comprende el desarrollo de argumentos gnoseológicos tendientes á probar que el conocimiento es un instrumento de poder.

La única distinción entre el mundo aparente y el mundo verdadero se reduce á una diversidad de valuación. Para Nietzsche no existe, ni espíritu, ni alma, ni razón, ni conciencia, ni voluntad, ni verdad, ni sujeto, ni objeto, ni substancia, ni forma, ni predicado, ni causa. El significado de la verdad, como de lo bueno y de lo bello, debe considerarse rigurosa y estrictamente como autropocéntrico y biológico. Todos nuestros conocimientos están infiltrados de nuestros prejuicios y valores morales. ¿Por qué la confianza en la razón y no más bien la desconfianza? ¿Por qué el mundo verdadero ha de ser el bueno necesariamente? ¿Por qué conocer y no más bien engañarse?

La parte del libro relativa á la voluntad de poder como vida está dividida en dos secciones, una destinada á la psicología de la voluntad de poder y otra á la evolución. En la primera combate el viejo el prejuicio de que el hombre busque necesariamente el placer, huya del dolor y aspire á la felicidad. Esta manera de ver romántica no ve lo esencial, según Nietzsche, porque el hombre, como todos los otros seres vivientes, aspira ante todo al poder, á expandir é imponer su fuerza, á superar obstáculos.

Los apuntes sobre la evolución contienen algunas críticas importantes al darwinismo. Se ha acordado una excesiva importancia á la influencia del ambiente: lo esencial en el proceso de la vida es precisamente la prodigiosa fuerza informatriz y creadora que se desenvuelve internamente, y que utiliza y ex-

plota las circunstancias ambientes. El concepto de utilidad no explica el origen de los órganos. ¿Útiles para qué? Por ejemplo lo que es útil á la evolución podría ser contrario á una vida fuerte y lujuriosa del organismo. Lo que mantiene al individuo podría detener al mismo tiempo la evolución. La lucha por la existencia no se cumple necesariamente en favor de los más fuertes: el progresivo perfeccionamiento de los seres, es consecuencia supuesta de esta lucha, es pues pura fantasía. La lucha por la vida puede beneficiar tanto al débil como al fuerte y la astucia muchas veces suple con ventaja á la fuerza. El hombre como especie no progresa y como especie no representa un progreso ante los demás animales. En ningún caso se ha probado que de los organismos inferiores se desenvuelvan organismos superiores. Todos crecen conjuntamente, en confusión, unos sobre y contra otros y las formas más ricas y complejas, que llamamos tipos superiores, perecen con más facilidad.

El capítulo que trata de la voluntad de poder como moral, divídese en dos partes, una dedicada á la sociedad y al Estado y otra al individuo. Observa en la primera que la sociedad y los estados en sus relaciones recíprocas demuestran la verdadera naturaleza humana, más sinceramente que los individuos en sus relaciones entre sí, á quienes falta el valor de muchas afirmaciones. Por esto el estudio de la sociedad en sus manifestaciones colectivas es muy instructivo sobre el valor del heroísmo, del derecho de la fuerza, sobre la voluntad de poder. El estado es la inmoralidad organizada, interiormente como policía, derecho penal, castas, etc.; exteriormente como voluntad de dominar, en la guerra, en las conquistas, en las venganzas.

En la crítica del concepto de individuo hace la génesis del sentimiento de la personalidad, que deriva de los sentimientos colectivos que son su preparación. El individualismo en el sentido democrático moderno es el más modesto grado de la voluntad de poder: en él le parece al individuo haberse librado de un poder más grande. Pero cuando se ha alcanzado cierta libertad se aspira á más: las varias fuerzas individuales se gradúan de nuevo, se diferencian, se sobreponen unas á otras y el proceso se termina con una nueva ordenación de rangos sociales.

La lucha por la libertad dura hasta el instante en que una fuerza conquista el poder: una vez conseguido, se proclama como necesidad la justicia, es decir, el equilibrio de las fuerzas individuales.

El cuarto y último capítulo del tercer libro, es una fisiología del arte en que Nietzsche reduce todos los valores estéticos á valores biológicos.

El último libro de «La voluntad de Poder» titulado «Disciplina y Selección,» está formado de cinco capítulos: el primero comprende la exposición de la doctrina accidental del retorno eterno de todas las cosas; el segundo trata de la nueva graduación social, renovando en cierto modo sus ideas del «Zaratustra» sobre el superhombre; el tercero contiene muchos pensamientos sobre la necesidad de emanciparse de la moral, de quebrar para siempre su dominio y retornar en estas materias á la forma pagana, es decir, á la forma natural de sentir y valorar; el capítulo cuarto está destinado á la definición del ideal aristocrático que da como lo opuesto de la vida caótica del hombre moderno; el tipo superior debe ser un tipo guerrero, audaz, disipador; el último capítulo reasume todas las afirmaciones y negaciones que hemos analizado hasta aquí.

Corresponde, después de esta sucinta reseña de sus escritos, desentrañar el sentido definitivo de su pensamiento. En las páginas que se acaban de leer nos ha preocupado solamente poner de relieve sus ideas más fundamentales. Porque el pensamiento de Nietzsche es una selva extraordinaria y espléndida que exige un esfuerzo paciente y cuidadoso de quien quiere encontrar en su interior un camino firme y definitivo. Este camino existe. A dónde lleva y cuáles son sus ventajas y sus peligros, es lo que trataremos de determinar en el capítulo siguiente.

MARIANO ANTONIO BARRENECHEA.

(Continuará).

AGUSTÍN QUEROL.

En plena juventud ha fallecido, víctima de una inmoderada ambición de gloria, un artista español, á quien todavía se le pudo llamar genial.

Desde que triunfó y obtuvo la Medalla de Honor en la Exposición Universal de 1900, en París, su nombre quedó catalogado entre los Falquiere, Rodin, Cutand, Calandra y los más famosos de Europa. Bastó que ganara concursos intercontinentales como el monumento á Bolognesi en Lima, el de Colombia y los valiosos encargos de Norte América; y que llamara la atención en el concurso al monumento del general Mitre en la Argentina, para extender su fama por todo el continente americano.

Antes había triunfado ya con el grandioso monumento á los bomberos de la Habana y los de Legazpi y el P. Las Casas en Manila. Querol era, pues, un escultor cuasi mundial, acreditado en tres de las cinco partes de la tierra.

No creo, sin embargo, que los monumentos públicos sean las obras adecuadas para juzgar el temperamento artístico de estos artífices de las ideas. El escultor en los monumentos lucha con el arquitecto y con las comisiones, sin excepción incompetentes, limitándose en muchos casos á poetizar las arideces de los pensamientos hechos, ó añadir ilusión á la geometría, ó proporcionar armonía y gracia á las masas arquitecturales.

La escultura moderna, para huir de la vulgaridad, se ha hecho francesa; es decir, sin pedestal, pensadora, mórbida; ni risueña, ni solemne, ni griega; expresiva y mordaz, como un capítulo de novela. Si no tendiera á convertirse en *bibelot*, acaso tuviera el peligro de imponer su carácter de escuela la escultura monumental francesa.

Italia sostiene sin pujanza el simbolismo de líneas clásicas, dicentes, algo miguelangelescas; pero no traspasan los Alpes, ni se adhieren á los pensionados que las Academias de Europa sostienen por tradición en Roma. Alemania, la más serenamente clásica de las naciones de Europa, ha hecho por perpetuar una especie de Renacimiento helénico, en las «academias» del recopilador *Curtius*, en las restauraciones de la Acrópolis y del Partenon de Atenas, en el grandioso monumento «Germania» que cubre la ladera extensa de los viñedos del Rin. España, clásica en las aulas académicas, no logra un sólo discípulo de esta clase fuera de la primera enseñanza en Arte, si se exceptúa al gran sencillo Folgueras, discípulo del último clásico, Suñol. España es el país, donde los artistas ganan todavía gloria, formándose una personalidad propia, sin sujeción á ningún yugo.

Así era Agustín Querol, cantor y soñador de los asuntos, sentimental, simbólico, ejecutante suave de los mayores atrevimientos y dificultades, inspirado del claro-oscuro, como efecto natural y no como un recurso de la técnica.

Creóse personalidad inconfundible en el carácter vacilante y desconfiado que fué el gran auxiliar desde el comienzo al fin de su carrera. Por no haber ilustrado lo debido su opinión, vivía en contradicción constante con su temperamento artístico. Admitía el progreso para la facultad de lo bello y se la negaba á lo verdadero. Dividía, por decirlo así, su alma en dos, asignando á cada parte un movimiento distinto.

A Querol no se le puede juzgar con ese espíritu pedagógico de la crítica profesional que no sirve más que para borrar y hacer enmudecer toda emoción artística. A Querol, como hombre hay que juzgarle por los detalles, y como artista por el conjunto. Fué un obrero que se impuso por el esfuerzo intenso y constante de la pasión que arrancaba chispas de genio. Fué un luchador rebelde á toda autoridad en arte y ductil y acomodaticio á todo lo extraño á la influencia artística. Fué... Querol. Un artista de muchos admiradores y ningún amigo. Los repelía la flagrante contradicción de su carácter de misterio...

Su personalidad se revelaba, donde le parecía á él más escondida; en el *Estudio*. Allí se desbordaba en infinidad de detalles, ostentaciones, refinamientos y descuidos. Hasta en los *misterios*

de las cosas vulgares que preservaba con más cuidado, Querol se mostraba genialmente complicado, como un libro que se escribe en griego, por suponer que no es conocido este idioma muerto . . . y sin embargo los que le ven también saben griego.

El *Estudio* de Agustín Querol, sencillo como un taller, coquetón como un *chalet*, modesto como la mansión de un aspirante á burgués, al exterior carecía de atractivos, y fijándose un poco en él despedía resplandores. Ninguna de esas obras célebres que sirve de ostentación á los artistas se veía en la entrada. No sujeta su fachada al ritmo helénico de unas columnas corintias. Tampoco ha recibido el menor secreto del arte arquitectural. La imaginación se entristece un poco al advertir la ausencia de la variedad, la gracia y la armonía de la edificación. Sobre el portón chapeado de amplios herrajes se abre un enorme frontispicio de cristales velados por paños blancos y azules para cerner la luz del Norte. La montera es formada igualmente por vertientes de cristales velados con igual cuidado para «hacer» luz cenital. Es el *Sancta sanctorum* que cobijaba la mayor suma de obras de Querol, mezcla de taller y Exposición, preparada para sorprender y asombrar á los visitantes por la gran cantidad de obras terminadas, por las muchas obras fragmentarias, por los caballetes, donde van surgiendo los bocetos, por la patina á que una sabia luz añade los mayores efectos.

Al gran taller, en comunicación con la calle, el jardín y el despacho del artista, siguen otros estudios donde Ridaura, el mejor intérprete queroliano daba vida al estilo de su maestro y Sanguinetti elevaba la dimensión de los bocetos y Serveto dibujaba y pintaba en acuarelas las ideas, y los vaciadores moldeaban fragmentos ya concluídos y los *escalpelinos* sacaban de puntos las figuras que se elevan en el marmol á un tamaño definitivo.

Aquellos talleres recordaban en muchas ocasiones una fábrica bulliciosa y animada por toda clase de artífices y obreros. Un gran número de ellos elevaba á proporciones gigantescas figuras de cuyo tamaño se podrá tomar idea diciendo que el pie desnudo tenía más de un metro de largo; varios herreros forjaban sin cesar en la fragua armaduras para sostener el barro de las estátuas; otro grupo de carpinteros preparaba las graderías, los andamios y los caballetes giratorios para las obras; otros humede-

cían y amasaban el barro y la plastelina que consumía en cantidades extraordinarias; los canteros desvastaban enormes bloques de mármol de Italia que habían llegado hasta el centro del jardín, destrozando con su peso abrumador las calles por donde pasaron. La fiebre de trabajo imponía constantemente la erección de nuevos talleres que aplastaban los árboles, las rosas y las azuzenas que el artista amaba y cuidaba como un bello rincón de descanso, de intimidad y de alegría.

El *Estudio* de Querol despertaba en los visitantes una especie de inquietud, un deseo vivo de impresiones. Desde que se penetra en el Jardín, un enorme y noble mastín halagaba á los visitantes hasta la aparición del maestro en sonriente «tenue» de trabajo. A cada visita Querol repetía una «comida de las fieras». Derramaba canastillas de trigo formando de golpe caprichosos dibujos sobre las veredas del arbolado. Millares de palomas blancas descendían de los tejados, revoloteando, estrujándose, disputándose la merienda á brincos y picotazos, en toda la extensión del dibujo animado. Querol regañaba á sus «fieras» y las atraía al nuevo dibujo, cifra ó nombre que improvisaba arrojando nuevas canastillas de trigo, con un goce extraordinariamente infantil de enamorado de la sensibilidad, del candor y de la inocencia de la vida.

¡Qué placentero es dar con ese mundo soñado, candoroso, ideal y bueno que sacudía las primeras impresiones de la visita á aquella región del Arte! El ánimo quedaba preparado á penetrar las maravillas que os figurais se ejecutan locamente. Enseguida penetraba en una especie de despacho de colosal chimenea florentina, donde Querol amontonaba toda suerte de muebles raros de inconcebible pureza artística. Una extraña emoción avivaba los sentidos al contemplar los bargueños, en que han impreso sus mejores huellas el estilo gótico y el renacimiento; los raros y auténticos sillones arrancados á la lucrativa fiebre de los anticuarios; la colocación turbulenta de cortinajes, diplomas, objetos, armas, cornucopias, palmas, lienzos, grabados, desordenados, desimétricos, como adheridos á las paredes por una sucesión de ciclones. La imaginación insubordina y extravía la admiración de aquella difícilísima facilidad que produce una orgía de sensaciones. Sin tiempo de apurar las visiones de tantas notas

suntuarias, revoltosas, movidas en el más ordenado desorden, Querol os obligaba á pasar al taller donde trabajaba y creaba solo, concluyendo unos bocetos y preparando otros, perfeccionando los caracteres de los retratos, creación la más antipática para todo artista verdadero, describiendo ideas, combinando líneas, examinando á los modelos, atendiendo amigos, redactando notas á su secretario para telegramas y cartas.

Era este el más íntimo de los *estudios*, cuyo extenso muro cubría un colosal cuadro de Serra, representando las «Lagunas pontinas» con tal intensidad de observación, que solía exagerarse el mérito naturalista de la obra, diciendo los críticos que no podía ser contemplado mucho tiempo, sin sentir los efectos del paludismo que «parece» desprenderse de las parduscas aguas.

Allí se mostraba únicamente como era el Querol incansable, sin noción del tiempo para la vida exterior para la comida, ni para el descanso. Allí conseguía congestionarse en la sugestión de ideas con tenacidad perseguida, trazando en cada trozo de barro una conciencia; convirtiendo el milagro en un razonamiento; el evangelio en una sociedad; el obrero en una naturaleza; las tablas de Moisés en un Código humano; cada espíritu en una firmeza socrática; cada orgía en una vindicta excéptica; cada pensamiento en un resplandor de Arte; cada atrevimiento del palillo en una sacudida nerviosa que luego le faltaba convicción para llevarla á las estatuas.

Allí pude yo contemplar, para casi todos velada por un paño, el «Beso caído de la inmensidad», un desnudo de mujer que despliega los brazos, mirando con abrasadora sed al cielo, desnudo completo, candoroso y casto como la Naturaleza que representaba, perfecto y puro como la Ley del espíritu que le animaba, pudoroso hasta el extremo de sentir la ilusión de que palpitaba la plastelina, al descorrer el cendal y recibir el *beso* en la luz vacilante. Allí tuve también ocasión de contemplar con inenarrable asombro, el concepto que mereció al sensible artista la vuelta de los repatriados, tras de la pérdida de las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, la inmensa, dolorosa desgarradura que los gobiernos habían causado á España, en figura de *Desesperación*, escuálida, desnuda, arrodillada sobre el sarcófago de los Reyes Católicos, doblado el cuerpo hacia atras, crugiendo los

huesos, las manos cruzadas sobre la nuca, la cabeza colgante, los músculos desconcertados, los nervios crispantes, los ojos desencajados, los dedos de los pies retorcidos, la expresión de lástima infinita. . . . dolor, desesperación, vergüenza y rabia condensadas en la menor cantidad de trazos; como esas frases hirientes que carecen de interpretación, porque no hay explicación que baste á difuminar la idea, como un grito revolucionario, subversivo que hubiera sido extremadamente peligroso en aquellos días. . . .

Esas dos obras íntimas y geniales han quedado desconocidas porque Querol admitía, como he dicho antes, las audacias de lo bello y negaba hasta la facultad de lo verdadero, porque Querol era el escultor de la dinastía y de la nobleza, que se dignaban visitar su *Estudio*, encargarle retratos y aconsejarle ñoñeces; porque Querol dominó los concursos con simbolismos mucho más fáciles á los ahogos de tiempo con que cubría apremiantes compromisos, de los que llegó á crearse un temperamento.

El *Estudio* de Querol era como la Academia de un intuitivo, que enseñaba á formar convicciones extrañas, nuevas, cualesquiera que fuesen los prejuicios de que se encontrara cada cual imbuído. La primera deducción que surgía es ésta: Si no tuviera cada rama artística el límite de su procedimiento, constituiría por sí sola todas las artes reunidas. Allí se ve por todas partes la explicación documental de la inspiración que produce un ambiente tan intenso. El primer pasillo de la entrada á las habitaciones del *Chalet* comienza por esparcir una variante de mobiliaria riqueza acumulada por el morador. Una colosal Venus de Milo indica el nacimiento de la escalera. Un magnífico y borroso lienzo de Goya sonríe burlescamente en la penumbra de la pared que llena. Una docena de auténticas ánforas romanas, hace pocos años extraídas de los restos de una galera sumida en Nápoles, llenan descuidadamente todo el espacio del zaguán. En la consola, varias figuritas de Tanagra y Canova.

Antes de subir, penetremos en las dos piezas más usuales y conocidas de toda morada española: el saloncito de recibir que está á la mano y el comedor á continuación.

Desde que se penetra en el primero obsérvase el buen gusto de los tonos que el espíritu artístico sugiere, en los cuadros que



EL DESPACHO DE QUEROL.

despiden destellos de pintura épica, algunos son de Goya, Pradilla, Sorolla y Sala; en las pieles tendidas al pie de los sillones; en los sencillos cortinajes que celan las ventanas; en la colocación discreta de objetos comunes ó raros, sin extravagancias, que es el distintivo de las ornamentaciones refinadas.

El comedor sencillo de soltero es el que reunía mayor variedad de arte moderno; cuadros que hablan, que sueñan, que rien, que esparcen una realidad mejor que la vivida; luz, cielo, vida; nada de problemas sociales; ningún *drama* en el mar, convertido en risueño escenario de los trabajadores. Fiestas, efusiones y ternuras mezcladas con algún dolor, pero revelando principalmente las trepidaciones del pensamiento que las inspira, la intensidad vigorosa del color que las matiza. *Dos paravents* de pergamino, con las «Tablas de la Ley» en caracteres góticos, obstruían las comunicaciones de las entradas, separando los trincheros del cristal y la plata oscurecidos por el «Arte».

En los recónditos altos del hotel no es fácil predecir lo que Querol atesoraba. Allí permaneció cerrada siempre la fuente de sus pensamientos. Allí no ha penetrado jamás la amistad, la crítica, ni la admiración de nadie, fuera del cuarto de dormir donde el lecho surgía un palmo del suelo, entre una colección de grabados de Miguel Angel y una Virgen de Donatelo.

De Donatelo era un imitador, un admirable propagador de estilo, Querol, y sin embargo, no se veían los Donatelo por ningún lado. Las espiritualidades, los tonos, la armonía de líneas, la expresividad de Querol son sumamente comparables á las de Donatelo. De la interpretación de una realidad regia á lo Miguel Angel, Querol se hallaba muy distanciado, pero no así de la grandeza de ritmo y armonía de las líneas que Querol se obstinaba en comprender en la mayor delicadeza del modelado. Querol quería ser principalmente cantor de los secretos esculturales.

Aún en aquellos combates de la virtud contra la pasión y de la conciencia contra el destino, las obras de Querol parece como que salieran del fondo del Partenon á la superficie de los acontecimientos. La fábula trágica de *Xullia*, hija de Tarquino, aplastando con el carro triunfal el cadáver de su padre, entre las aclamaciones delirantes del pueblo, está basada en la doctrina de la fatalidad, *La Tradición* es el alma española exhibida en

el tablero de la historia. El grupo *Sagunto* una gota de sangrante ira caída del puñal que la libertad blandiera en las altas regiones. *San Francisco curando á los leprosos*, una ráfaga de cristianismo que obliga á doblar la rodilla ante el Cristo de la Edad Media. *El triunfo de la Mecánica* un desbordamiento de inspiración. El monumento *Serafi Pitarra* en Barcelona, una amplia obra realista en cuanto á la ejecución minuciosa y el dominio del detalle. El monumento á *Moyano* y á *Quevedo* en Madrid son conjuntos y apoteosis de sus respectivas épocas, el último de los cuales es una modernización grandiosa del barroco que le caracterizaba. El monumento á *Méndez Núñez* en el de *Viuda de Epalza* en Bilbao, el de *Elduayen* en Vigo, el de *Larios* en Málaga, el de los *Mártires* en Zaragoza el *Sepulcro de Cánovas* en el Panteón de Atocha, el monumento de *Bolognesi* en Lima, la columna de la *Independencia* en Colombia, los *frontones* de la Biblioteca Nacional y Ministerio de Fomento en Madrid, el del Palacio de Justicia en Barcelona, el proyecto de monumento á *Alfonso XII* en Madrid y el del *General Mitre* para la Argentina, son concepciones majestuosas, apoteosis inspiradísimas de las grandes ideas predominantes en los pueblos.

Querol ha triunfado también en el mundo artístico con retratos de ingratísima factura, porque la levita y los arreos militares no son propicios á la inspiración. De su estudio han salido á centenares para la aristocracia madrileña y la Casa Real. El de la *Reina Regente* obtuvo en París una Primera Medalla; el del *Conde Rascón* es de una sorprendente ejecución. En las exposiciones le ha bastado presentar á veces obritas de libre inspiración para triunfar, tales como el «Pescador de Venecia», «La Dolorosa», «Baco», «Tenorio y doña Inés», y «Modestia».

Tal es á grandes rasgos el vértigo de inspiración y de trabajo que animaba incesantemente la vida de un artista que esparció por el mundo muchas obras. La enumeración de todos sería interminable.

De Querol puede discutirse si la espiritualidad de la figura pierde lo que va ganando la plasticidad del conjunto; pero de él se puede asegurar que aún los mismos motivos multiplicaban tantas veces la inspiración cuantas fueran las ideas á que les



MOISÉS DICTANDO LAS TABLAS DE LA LEY.

Grupo que corona el Palacio de Justicia de Barcelona.

aplicaba. Su manera de ver era de amplísimo y moderno casticismo.

Acostumbrado á ver sus obras en el caballete del Estudio, á fijarme más en el alma de los bocetos que en las indicaciones lineales de la obra en comienzo, invadía la profundidad de mi espíritu esa vaguedad tranquila que desciende por la luz cenital de los altos cristales y se me aparecían entonces en toda su repugnante sequedad esos temperamentos ariscos que no llevan más que hiel y artificio en la *función sagrada* de la crítica de Exposiciones.

En éstas, á pesar de la variedad de firmas y tendencias, solamente aparecen conjuntos de tendencias reveladoras, v. gr., del predominio de líneas sinceras, claras; de los nuevos encantos de la mujer, eterna poesía en cuyo desnudo se refleja mucho mejor que en cosa alguna la delicadeza personal del ejecutante; de los efectos de luz en cuyos efectos á sabiendas se pierden rasgos interesantes; de las combinaciones de distintos modelos que la naturaleza ofrece.

En las monografías se puede llegar á depurar fácilmente el por qué los artistas bosquejan imperfectamente unas veces y otras se afanan por apoderarse de los elementos naturales tan sólo, desdeñando la cuestión de concepto; lo mismo que podría llegar á determinarse el por qué todo hombre culto no asiste á una sola Academia, ni lee un sólo libro.

¿Qué es lo que inspira el arte de la postura, sino el exceso de líneas que los chorros de luz aumentan, conmoviendo el cerebro de los artistas?

El triunfo de Querol fué rápido y seguro porque se decidió á romper las cavilaciones académicas, sin determinarse á seguir maquinalmente á los atrevidos en ideas. En España va siendo general el odio al clasicismo académico en que se hace comulgar á la juventud en los primeros años. Bueno para desatar el miedo de los que principian, á lo imponente, resulta incompatible después con el progreso del Arte; que no sólo debe tener la condición de una corrección esmerada.

Querol no forma parte de ninguna dinastía artística, porque sus obras se hallan esparcidas por España y América, sin estar recogidas en ningún Museo. Pero ha ceñido su frente con las

más altas recompensas de Berlín, París, Madrid, Nueva York y Roma; ha esparcido por el mundo la resplandeciente poesía de sus bronce y mármoles; los cuales de no ser así, probablemente hubieran sido excomulgados por las Academias donde se refugia ya únicamente la reacción artística.

JULIÁN DE LA CAL.

Buenos Aires, Enero 1910.

PROTECCIONISMO È INMIGRACIÓN.

La aurora del nuevo siglo de vida independiente, aclara un cielo de serena bonanza, presagiando larga era de grandiosa prosperidad económica para la nación. Gran productor de trigo y carne, nuestro país tiene, y tendrá por mucho tiempo, en la exportación de esos artículos, la fuente principal de su enriquecimiento y de su progreso económico.

La demanda de trigo irá, sin duda, creciendo; porque la población de la Europa central y occidental no cesa de aumentar, y no bastan para su alimentación los productos de su suelo. La Argentina podrá, mediante la inmigración, decuplicar su exportación actual, pues aun dispone de cuarenta millones de hectáreas aptas para el cultivo de los cereales. En cambio, los otros países productores de trigo, sea por el aumento constante de su consumo interno, sea por haber utilizado ya todas las tierras adecuadas para ese cultivo, sea por una y otra causa, los demás países productores de trigo, con excepción, á lo sumo, del Canadá, no están en condiciones de acrecer sus exportaciones actuales, y antes por el contrario, es de prever que las irán disminuyendo.

Con respecto al maíz y demás cereales, pasa cosa semejante, todo lo cual concurre á corroborar lo que dejamos expresado respecto del brillante porvenir económico que nos aguarda.

En cuanto á nuestra ganadería, las perspectivas, sin dejar de ser halagüeñas, no son tan amplias, por el momento. Es de esperar que el interés del comercio, y la conveniencia de las clases obreras, cuya alimentación se encarece, acabarán por hacer desaparecer las restricciones á la importación de carnes, que han conseguido hacer establecer los criadores europeos (1).

(1) La prohibición de importar ganado en pie, en la libre-cambista Inglaterra, disimulada con el falso pretexto de la existencia de epizootias, es una medida proteccionista, y constituye, al decir de Leroy-Beaulieu, una hipocresía británica.

Es, pues, de celebrar el continuo aumento del área cultivada en el país, y aún el abandono de la ganadería, que para entregarse á la agricultura notable cantidad de capitales y de hombres de labor rural, han hecho en los últimos años. Han motivado tal movimiento, aparte de las referidas incitantes perspectivas de la agricultura, las dificultades con que ha tropezado la industria ganadera, para la salida y colocación de algunos de sus productos y la baja del precio de otros.

Este movimiento de traslación, explicable y natural,—que con respecto á la ganadería no puede ser sino momentáneo y pasajero,—de desear sería fuera imitado por los cultores de otras industrias, creadas en la nación, menos adaptadas, por ahora, á las condiciones del actual grado de desarrollo del organismo económico del país.

Hay que reconocer que el *desideratum* no consiste en el trabajo en sí mismo, sino en su mayor productividad, y el requisito para que el trabajo dé el *máximum* de rendimiento en un país, es que se aplique á las industrias más adecuadas á él.

Los apóstoles del proteccionismo en la República Argentina han apoyado sus opiniones y proyectos en la doctrina llamada de «la educación industrial» relativa al desarrollo de las fuerzas productivas en los países nuevos.

Es de notar, sin embargo, que los economistas que han ideado dicha doctrina, la han referido á países de población densa, donde la agricultura ha adquirido tal desarrollo, y hace una exportación tan considerable, que un mayor progreso de ella, no es concebible, sin la fundación de la industria nacional. Eso, en efecto, dice List, expresamente, y Cauwes reconoce, que un país nuevo, de escasa población, en relación al extenso territorio, no obtiene sino ventajas con el comercio más libre, porque él le procura mercados para su producción agrícola, y hace á ésta, exceder las necesidades del consumo local y perfeccionarse.

No basta disponer de un gran territorio para ser una gran nación, y los estados como el nuestro, de extenso territorio, pero de población escasa, pueden ser equiparados á los pequeños países, en cuanto á sus recursos industriales. La enormidad de nuestro territorio, ofrece, es cierto, una gran variedad de producciones y de riquezas naturales; pero la reducida población, que

ni alcanza para atender al desarrollo de la agricultura, impide ó desaconseja la creación de variadas industrias.

Ello, sin hablar de la falta de carbón y de hierro que hasta ahora se advierte en el territorio nacional.

Señalan los proteccionistas, como un ideal á perseguir, la armonía resultante de la coexistencia de industrias agrícolas y manufactureras dentro del mismo país. Añaden que la agricultura gana con la proximidad de la manufactura, porque solamente ella puede inducir la á perfeccionar sus cultivos y hacerlos más intensivos. La expresada armonía es, la mayor parte de las veces, ilusoria. La agricultura está amenudo, sobre todo cuando produce en vista del mercado exterior, en abierta oposición de intereses con las industrias fabriles, si estas tienen su mercado solo en el interior. En cuanto al perfeccionamiento de los cultivos, á ello puede ser inducida la agricultura, por la simple conveniencia de aumentar sus exportaciones, sin que estén próximas las manufacturas.

No hay duda que el porvenir ó el engrandecimiento económico de nuestra nación, está en el desarrollo de su agricultura, que se halla todavía en la infancia, desde que no explota sino una mínima parte, una décima parte de los ciento cincuenta millones de hectáreas de tierra fértil que el país encierra. Apenas es necesario decir, que es el comercio internacional el que ha dado amplitud al desarrollo de nuestras industrias madres. Ese desarrollo continuará y ha de completarse merced á la exportación. Necesitamos, pues, puertas abiertas en los mercados europeos y no es, por cierto, la mejor manera de conseguirlo, cerrar las puertas de los propios mercados á los artículos de ultramar.

Es por las exportaciones que nuestro país adquirirá gradualmente todo su desarrollo económico; es á ellas que deberá su engrandecimiento. Pero el intercambio internacional se hace á base de reciprocidad y esta tiene su expresión más acabada en los tratados de comercio, ahora tan frecuentes. La mejor manera de conquistar, permanentemente, nuevos mercados para nuestros productos, es la de vincular á nosotros á los países extranjeros, por medio de pactos, que les aseguren franquicias y liberaciones, compensadoras de las ventajas que ellos nos concedan.

En defensa de la tesis proteccionista, se invoca el grave peligro que resultaría para un país, exclusivamente agrícola, de la pérdida total de su cosecha. Pero es sabido que, como los cultivos en nuestro país se hallan diseminados en zonas y regiones las más diversas y distantes, la pérdida total de la cosecha es un imposible.

En cuanto á otro peligro que se indica como temible: el de que los países europeos cerraran sus puertos á nuestros productos, para sólo recibir los de sus colonias, es más ilusorio todavía; porque es sabido que la cosecha mundial del trigo apenas alcanza para el consumo de la humanidad. Sin nuestros cargamentos de trigo pasaría hambre la Europa.

Alegan los proteccionistas, que la adopción de su sistema es la manera única como un pueblo puede prever, sin alarma, la eventualidad de una guerra, desde que, gracias á aquella preparación, contando con toda clase de artículos en su territorio, bastándose á sí mismo, podrá prescindir del extranjero sin sufrir ninguna carestía. Desde luego los productos más necesarios, los alimenticios, los tendríamos á mano, y, por otra parte, la guerra moderna no es felizmente como la guerra en pasadas épocas; ella no suspende en modo alguno, toda clase de comercio, sino tan sólo el de *contrabando de guerra*. El imaginado peligro no existiría, pues, y la lenta y costosa preparación previa, no es, por ende, necesaria. Materiales bélicos, si sería difícil importar, durante una guerra; pero demasiado se precaven contra la falta de ellos, los estados modernos, incluso el nuestro, y no se ha llegado á sostener que debemos crear en el país talleres como los de Krupp.

El proteccionismo racional sólo aconseja el fomento de industrias, que por ser adecuadas á las condiciones del país, y disponer en él de los elementos necesarios, se hallen en una situación de inferioridad, solo relativa y no muy grande, con respecto á la industria extranjera.

Este proteccionismo racional no es el de nuestra ley de aduana, que grava indistintamente casi todos los artículos importados, con altos derechos, sin entrar á examinar las condiciones de la industria que produce, ó puede producir el similar nacional.

El proteccionismo, entre nosotros, ha sido amenudo un pre-

texto para ejercer favoritismos en beneficio de negociantes bien vinculados.

Respecto á la protección dispensada especialmente á la industria azucarera, un decidido proteccionista—el Doctor Vicente Gallo—decía hace algún tiempo explicando el fracaso: «Esa protección en cuanto á la forma de hacerse práctica, más que la expresión de un pensamiento gubernativo previsor y sabiamente orientado, ha sido el reflejo de las necesidades ó *de las exigencias* inmediatas de los productores, no siempre atinados en los medios de solución propuestos y frecuentemente en desacuerdo para entablar una acción defensiva común» (1).

Parece probable que nuestra industria azucarera ganaría con la supresión ó reducción de los derechos aduaneros; porque bajando considerablemente el precio del artículo, aumentaría el consumo, se ensancharía el mercado interno, y ello traería un acrecentamiento en la producción y un grande beneficio, por consiguiente, para la industria.

Los intereses creados á favor de los derechos protectores y los capitales invertidos en las industrias favorecidas, son sin duda respetables, y es justo, por lo mismo, no suprimir subitamente, toda protección, sino hacerlo por grados; pero como dice Leroy-Beaulieu, al graduar las etapas en la transición hacia la libertad, tampoco conviene hacer pasos tan tímidos y lentos, que se permanezca siempre lejos del fin.

Pero el proteccionismo entre nosotros, ha sido también, aménudo, un pretexto para obtener cuantiosos ingresos fiscales.

Como recurso fiscal, como impuesto, el derecho de aduana es el más gravoso de todos; porque obliga al consumidor á un sacrificio mucho más grande que el rendimiento que entra en las cajas del Tesoro. El impuesto es percibido en la aduana, en la proporción de su tasa, al entrar el artículo, pero como encarece, además, el precio del similar nacional, hay gran desproporción entre el perjuicio que sufre el consumidor, debido á ese encarecimiento de la totalidad de los productos consumidos, de deter-

(1) Vicente Gallo: La Crisis Azucarera. Anales de la Facultad de Derecho. 1902.

minado género, y la renta que percibe el fisco por la importación de una parte, á veces pequeña, de esos productos.

Nuestra experiencia financiera enseña, por lo demás, que puede ser contraproducente elevar los derechos para aumentar su rendimiento; pues con ello suele disminuir la importación y por lo tanto la renta.

Considerando el carácter social y el aspecto fiscal de la vieja cuestión entre el proteccionismo y el libre-cambio, escribía al tratar de la actual crisis política de Inglaterra, Ramiro de Maeztu:

«Hasta ahora los partidarios de la protección arancelaria venían fundando su campaña en la tesis de que la protección fomenta las industrias y la agricultura de los países donde funciona. Pero la controversia de estos cuatro años últimos ha demostrado que toda esa índole de argumentos es, por lo menos, discutible. Los factores que realmente fomentan la producción son la abundancia y excelencia de las materias primas, tierra, abonos minerales, carbón, petróleo ó fuerza hidráulica; la abundancia y excelencia de la mano de obra, la abundancia del capital; el perfeccionamiento de la técnica y la existencia de un buen régimen político. Dados estos factores, el régimen arancelario es casi indiferente desde el punto de vista de la producción.

A lo que más afectan las aduanas de un país no es á la producción, sino á la distribución de la riqueza. La cuestión arancelaria ha quedado reducida á una cuestión fiscal. Los aranceles son pagados por las masas consumidoras, es decir, por el pueblo, los impuestos directos los pagan los contribuyentes, es decir, los ricos. Un régimen de impuestos indirectos, tiende, por lo tanto, á favorecer al capital; un régimen de impuestos directos favorece el trabajo.»

Varios estados de la Europa, y muy particularmente Francia é Inglaterra, viéndose en la necesidad de aumentar extraordinariamente sus ingresos, á causa de los ingentes gastos del presupuesto militar y sobre todo del de la marina, y en razón de las erogaciones que importan los nuevos servicios públicos de índole social establecidos en los últimos tiempos, están en vías de realizar una verdadera revolución fiscal.

Trátase de aumentar el rendimiento de los impuestos directos,

elevando su tasa y haciéndola progresiva y de exceptuar de ellos á los habitantes que sólo dispongan de un reducido patrimonio, de modo de hacer pesar la carga de las contribuciones fiscales sobre las clases ricas y las clases medias, aliviando á las trabajadoras.

Nosotros tendríamos un motivo especial para imitarlos, en el interés de atraer la inmigración.

La proporción, en que los impuestos indirectos entran á formar parte de la suma de los ingresos fiscales en nuestros presupuestos es exorbitante. Su monto y su número son la causa principal del encarecimiento de la vida en la República:

« La aduana proteccionista, decía Alberdi, es opuesta al progreso de la población, porque hace vivir mal, comer mal pan, beber mal vino, vestir ropa mal hecha, usar muebles grotescos, todo en obsequio de la industria local que permanece siempre atrasada, por lo mismo que cuenta con el apoyo de un monopolio que la dispensa de mortificarse en mejorar sus productos. ¿Qué emigrado será tan estóico, para venir á establecerse en país extranjero en que es preciso llevar vida de perros, con la esperanza de que sus biznietos tengan la gloria de vivir brillantemente sin depender de la industria extranjera?»

Somos el país del mundo en donde es mayor la carga del impuesto, en proporción al número de habitantes. Somos, sin embargo, al mismo tiempo, uno de los países del mundo más necesitados de inmigración.

Es la falta de hombres, es la falta de brazos lo que está retardando nuestro progreso y nos impide desempeñar el papel que nos correspondería en el concierto universal.

Nada más natural, entonces, que — sin perjuicio de perseguir la reducción de los gastos públicos, en lo posible — procurar el alivio de la carga de los impuestos indirectos que pesa, como es notorio, con mayor peso sobre el obrero y el indigente.

Felizmente abunda, en consideraciones análogas á las expuestas, el Discurso-Programa de nuestro probable futuro Presidente el Doctor Roque Sáenz Peña:

«Mi política económica sería de conciliación entre los intereses que se controvierten. No puedo ni debo ocultar que, en principio, yo no soy proteccionista; pero concibo el gobierno con

capacidad de cálculo y de adaptaciones al proceso económico de cada Estado, y nunca como sujeto de teóricos ensayos entre doctrinas ó escuelas extremas. Habremos, pues, de proteger las industrias existentes que representan cuantiosos capitales, sin dejar de fomentar las que puedan nacer y desenvolverse con aportes moderados del Estado, pero encaminando su existencia hasta verlas florecer con los jugos de sus provechos y lucros. Este aspecto de nuestra economía tiene evidentes contactos con el abaratamiento de la vida, problema sustancial y complicado que será necesario resolver con seria meditación, para no herir intereses que son nacionales, ni gravar necesidades que son colectivas.

... La vida del trabajador es cara y debemos preocuparnos de abaratarla, simplificando y reduciendo el régimen impositivo, haciéndolo gravitar de preferencia sobre las personas y las cosas que representan la fortuna y no la necesidad. Y ha de pesar sobre ellas, no porque hayamos de dividir la sociedad en ricos y menesterosos, burgueses y proletarios, sino porque los primeros tienen mayor capacidad contributiva, y el Estado les garante mayor suma de beneficios y de protección.

... Considero la ley de fomento á los territorios federales como uno de esos actos que caracterizan un período, presagiando la feliz metamórfosis de las gobernaciones en diez provincias prósperas y autónomas. Encaro con igual criterio la manera de reducir el latifundio, por medio del impuesto progresivo, como necesario divisor de la tierra.»

Si la grande dificultad que se opone á la colonización agrícola en la Argentina y á la radicación del inmigrante en el país, proviene del acaparamiento de la tierra por un pequeño número de personas, del mantenimiento en suma del más odioso sistema de latifundios que ha existido jamás, sorprende que no se haya establecido todavía, por lo menos en relación á los territorios nacionales, que es la tierra que el Gobierno Federal puede gravar fuera de la capital, un impuesto progresivo suficientemente elevado para obligar á los dueños de latifundios á deshacerse de ellos subdividiéndolos ó á explotarlos cual conviene.

Ese si sería un impuesto conveniente para el país, cuyo pro-

greso fomentaría, á la inversa de los derechos aduaneros prohibitivos que lo estorban (1).

Otra suerte que la que tuvo merecía sin duda el proyecto, que no pasó de tal, presentado en 1903 por el Doctor Joaquín Castellanos, en la Cámara de Diputados de la Nación, estableciendo un impuesto de este género, aunque de tasa excesivamente pequeña.

No renunciamos á la tentación de transcribir algunos párrafos del hermoso discurso en que lo fundara su autor, aún á riesgo de acumular demasiado transcripciones.

«Cuando la propiedad cultivada, las industrias, las materias de primera necesidad, y todo lo que representa movimiento mercantil, labor, iniciativa y esfuerzo está sobrecargado de impuestos, hay enormes capitales inmovilizados en tierra baldía, libres de los gravámenes que pesan sobre los capitales en giro, lo que constituye una verdadera enormidad fiscal, y un contrasentido económico, teniendo en cuenta que, en las condiciones especiales de nuestro desenvolvimiento, en muchos casos aquellos capitales ociosos se acrecientan en mayor escala que los capitales activos, por la sencilla razón de que sin erogación, ni labor, reciben el impulso de toda la labor ajena.

... El latifundio impide poblar. La colonización oficial ha fracasado, por causas que no es posible remover sino paulatinamente y con el transcurso del tiempo.

No queda más recurso, para responder á las necesidades generales de nuestro progreso, y á la especial y apremiante que existe de aumentar la población, para disminuir la tasa de capitación de los impuestos, no queda más recurso que el de abrir todas las vías posibles á la colonización particular, á la colonización espontánea, tratando de asimilar la inmigración por el único medio eficaz, que es el arraigo del colono á la tierra, esa naturalización de hecho, más provechosa y válida que la naturalización legal.

(1) Ya se que el rendimiento no sería equivalente, pero él dependería en todo caso, como es natural, del monto de la tasa y hay motivos para fijarla elevada.

.... Si á la luz de la ciencia económica y del derecho público contemporáneo, se conceptúan, no sólo justificadas sino hasta obligatorias, las medidas radicales que algunas naciones europeas han adoptado respecto á los bienes de las comunidades religiosas, con mayor razón puede reputarse legítima la forma moderada y respetuosa de los hechos consagrados ya como un derecho, y que limitándose á prevenir la continuación del abuso, busca un remedio legal contra la indefinida inmovilización de valores considerables, que bajo el dominio infecundo de grandes terratenientes, son un verdadero remedo civil de la funesta institución eclesiástica de *la mano muerta*.»

EZEQUIEL LEGUINA.

PROBLEMAS AMERICANISTAS.

Cuando se tratan materias americanistas ocurren siempre dos preguntas: 1.^a ¿De dónde vino el hombre americano? y 2.^a ¿de dónde su civilización?

Muchas veces se confunden esas dos preguntas en una sola, suponiendo que los primitivos habitantes llegaron ya con su civilización desarrollada; pero es más exacto y más crítico separar netamente la una de la otra.

Si se supone que los aborígenes de América son emigrados del Asia, y son antropológicamente descendientes de la raza mongólica, entonces es necesario convenir en que esa emigración acaeció en tiempos pre-históricos muy remotos. Antropológicamente los *indios* de América tienen algo de común con la raza dicha, pero también algo de diferente. Tienen de común las manchas azules en la rabadilla de los recién nacidos, la escasez de la barba, el color del pelo y el prognatismo; pero se diferencian en el color de la piel y en la formación del ojo. En cuanto al pelo, falta averiguar si el agrupamiento de las raíces de los cabellos, que se llaman papilas del cuero cabelludo, y la forma del corte transversal, corresponden en las diferentes tribus *indias* á las formas del pelo mongol ó de otra de las razas principales de la tierra. Admitida la comunidad de origen con los mongoles, no se comprende la existencia de negros en la América Central, en las regiones del Orinoco, etc., mencionados por los más antiguos autores españoles del tiempo de la conquista. Pero aún admitido el origen asiático en tiempos muy remotos, no se puede dudar que las mismas tribus prehistóricas del Asia oriental se encontraban en un estado muy atrasado de civilización; probablemente en el estado de la edad de piedra. Si los asiáticos emigraron en este estado, no han podido traer nada de su civili-

zación; y si han emigrado en épocas posteriores de una cultura altamente desarrollada, de las cuales tenemos noticias por los anales chinos (noticias históricas y lingüísticas), entonces es sumamente extraño que ninguna de las naciones civilizadas de América haya conservado nada de todo ello en sus lenguas y tradiciones. Hasta hoy, ninguna lengua americana, ni el famoso *otomí*, tiene relación científicamente probada con un idioma asiático. Al contrario, sabemos por los resultados de la expedición de Yessup, que ideas mitológicas (mitos del cuervo) y lenguas americanas se han extendido sobre el noroeste del continente al nordeste del Asia.

Algunas tribus de esa parte del Asia Septentrional pertenecen etnográfica y lingüísticamente á la América (costa del noroeste), pero en el sentido de América hasta Asia y no de Asia hasta América, y no tocante á las razas de una civilización altamente desarrollada (chinos, coreanos, japoneses, etc.). La fábula de Fusan-g no tiene ninguna relación con el continente de la América; se refiere al Asia misma (está probado por Klaproth). Admitido el origen asiático en tiempo muy remoto, la ciencia moderna tiene que tomar á los habitantes de la América como autóctonos, y sus civilizaciones como tales desarrolladas en la América misma, ofreciendo una antigüedad probablemente no menos grande que las de las naciones civilizadas del antiguo mundo.

Si se dice, por ejemplo, que el calendario mejicano y el maya para no hablar de otros que pertenecen al mismo sistema, ofrecen mucha semejanza con los asiáticos (chinos, tibetanos, etc.), se debe advertir que esto se puede pretender sólo por ignorancia, porque los sistemas de los unos y de los otros son fundamentalmente diferentes.

El calendario asiático (chino, tibetano, etc.), tiene por base el Zodíaco de doce constelaciones, combinado con los cinco elementos; de lo cual resulta el ciclo de 60 años. El sistema mejicano y el maya tienen por base una serie de 20 señales de días que en el código maya de Dresden se reducen á una serie de 10 (derivada de una serie sagrada de dioses), combinada con una serie de números de 1 hasta 13; y así resulta el *tonalamatl* mejicano de 260 días.

Una combinación del período solar de 365 días arreglado por

el sistema numeral vigesimal de esas naciones, en dieciocho meses, con el período del planeta Venus, de 584 días, ofrece la virtud matemática especial de que ocho años solares corresponden á cinco periodos del planeta Venus. Ahora bien, según el sistema vigesimal, sobran en cada año 5 días intercalares, de manera que solamente cuatro de las 20 señales de días forman los principios de años siguientes (llamados *conejo*, *caña*, *pedernal* y *casa*). Estos cuatro, combinados con las series de 1 hasta 13, dan el ciclo mejicano de 52 años.

Si se pretende que las pirámides mejicanas y centro-americanas tienen mucha semejanza con las de Egipto, debe oponerse que las pirámides inmensas de los egipcios son sin escalas y nada más que tumbas de los reyes ó personas nobles. Por el contrario, las pirámides americanas siempre ofrecen el tipo de gradas, con una cavidad en la cumbre, donde se encuentra el ídolo adorado. De manera que las egipcias son tumbas, y las americanas son adoratorios.

Si se dice que las piedras verdes encontradas en Méjico y Centro América son una prueba de un origen asiático ó de comunicaciones con el Asia, se debe tomar en cuenta que los últimos exámenes mineralógicos han probado una estructura especial en las piedras verdes de cada una de las diferentes partes de la tierra. Las piedras verdes de la Polinesia, de la China (casi todas procedentes de la Burma), de objetos antiguos encontrados en Europa, las de la América Central y Méjico, etc., están bien caracterizadas en su cristalización microscópica.

Si se dice que los jeroglíficos mejicanos, zapotecos (Monte Alban), y mayas, presentan semejanza con los egipcios, sumeros ó asirios, con los chinos, etc., se debe objetar que el estilo de cada uno de esos sistemas jeroglíficos tiene particularidades especiales. Como todos los jeroglíficos originariamente son representaciones de objetos concretos, no es sorprendente que el árbol, el sol, la lluvia, etc., por ejemplo, sean representados en los sistemas dichos por las cosas mismas; pero la diferencia consiste en cómo son representados. La idea de expresar las cosas es una idea universal, en el sentido de Bastian (Voeiker gedanke). Pero las maneras de las representaciones son diferentes, caracterísicas y típicas en las diferentes naciones, y se han desarrollado en los diferentes sistemas cada una por distinto camino.

Así, solamente una fantasía alterada, no crítica, puede ver en los jeroglíficos americanos relaciones con los sistemas jeroglíficos de otros continentes. Las inscripciones de presuntas fenicias de que deben de haberse encontrado en algunas partes de América, asimismo monedas antiguas romanas encontradas en el suelo americano, son falsificaciones ó engaños que han hecho mucho daño en la ciencia.

Además, no debe olvidarse que un sólo criterio no es bastante para deducir cuestiones que no deberían siempre ponerse al principio de estudios tan recientes como los estudios americanistas, que necesitan todavía siglos de trabajos laboriosos para llegar á una conclusión definitiva. Para decidir en estos problemas debe respetarse la antropología, la lingüística, la etnografía, la arqueología, y al mismo tiempo la paleontología, con la geología y las ciencias comparativas de la distribución geográfica de los animales y las plantas. La antropología, la lingüística y cualquiera otra ciencia por sí solas entrañan el peligro de conducir á resultados erróneos.

La existencia del hombre en el periodo terciario es una cuestión abierta y no probada, tanto en el antiguo como en el nuevo mundo. En la América el hombre probablemente remonta hasta el postglacial ó interglacial. La antigüedad de las civilizaciones americanas está probada por el desarrollo de esas civilizaciones mismas que deben haber necesitado mucho tiempo para llegar á un sistema calendárico y jeroglífico como el de los mejicanos mixteco-xapoteca y el maya. Atribuirlo á algunas gentes chinas ó japonesas, arrastradas por las corrientes ó por una tempestad hasta las costas de América y por el lado del Océano Pacífico, no parece una cosa que merezca discusión en serio; porque si realmente hubieran llegado á las dichas costas, seguramente no habrían podido entenderse con los aborígenes y de seguro los sacrificarían, y caso que no sucediera así, es más seguro que tomaran ellos las costumbres de los naturales para salvar su vida. Así, pues, no pueden explicarse las civilizaciones americanas de este modo, y es más lógico admitir que se fueron desarrollando poco á poco y de manera característica.

En cuanto toca á las comparaciones de las lenguas, siempre hay peligro en comparar solamente palabras de idiomas cuya

gramática no está estudiada: coincidencias ocasionales fonéticas, pueden encontrarse en todas las lenguas. Lo que debe estudiarse es la gramática, la sintaxis y los momentos fisiológicos y psicológicos (en el sentido de Wundt) que forman las lenguas.

*
* *

Las lenguas americanas tienen una multiplicidad extraordinaria. Sin embargo, es posible dividir las en grupos ó familias bien determinadas. Limitándonos ahora solamente á los idiomas de Méjico y á la América Central, podemos decir que esas lenguas corresponden también especialmente en su idiología á los tres grandes círculos de civilización que prueba la arqueología. La de los mejicanos, las de los mayas, la de los coivas. Pero el estudio detallado muestra todavía idiomas aislados difíciles de agrupar en una de las tres familias. Parece que la mayor parte de esos idiomas fueron hablados por bárbaros que no pertenecían á dichas civilizaciones. Estos bárbaros se encuentran en Panamá, Costa Rica y Honduras (costa atlántica). Los elementos civilizadores de los mejicanos, históricos ó prehistóricos, se han extendido en la costa del Atlántico, solamente siguiendo el seno del Golfo de Méjico, dejando restos en Yucatán, en las célebres ruinas de Mayapán y de Chichen-itzá. Recordaremos aquí, como coincidencia, las columnas de serpientes emplumadas de Tula, al Norte de Méjico, y las de Chichen-itzá, de Yucatán. Los mejicanos de la costa pacífica se han extendido mucho más al Sur, pero probablemente no más que hasta la península de Nicoya, en Costa Rica.

Se debe refutar con energía la idea de que los pipiles se habían establecido en Guatemala, Soconusco y Cuscatlán (Salvador) y la Costa del Bálsamo, por primera vez en tiempo del rey mejicano *Ahuítzotl*. Es imposible que todas las ciudades fundadas por los elementos pipiles y las lindas esculturas de piedra, por ejemplo, de Santa María Cotzumalhuapa (Guatemala), etc., se hayan podido desarrollar en el tan corto espacio de tiempo de algunos 30 años, desde el tiempo de *Ahuítzotl* hasta la llegada de los españoles. Ellas han necesitado siglos para desarrollarse.

En esta cuestión no trato de los toltecas, prehistóricos ó mito-

lógicos, y que es la cuestión más difícil de todas y que requiere un estudio serio.

Es un error el confundir los chorotegas ó mangués, que habitaban la costa del Pacífico desde el Golfo de Fonseca hasta el de Nicoya y hablaban un idioma perteneciente al chiapaneco (en el Estado de Chiapas en Méjico) con los cholulteca de Cholullán, que hablaban el mejicano. Esa confusión fué provocada por la semejanza del nombre de la provincia Cholutecas en Honduras. Pero como allí se encuentran nombres de lugares formados por la lengua chorotega ó mangué que se extienden sobre la costa del Pacífico de Nicaragua y la costa adyacente del Golfo de Nicoya, es claro que el nombre de Choluteca tiene relación con el nombre de los chorotegas y no con el de los cholultecas, habitantes de Cholullán.

El centro de los mayas fueron los altos de Guatemala, de donde se extendieron más tarde sobre la península de Yucatán. La existencia de los huasteca en el estado de Veracruz, de Méjico, parece probar una extensión de la raza maya en tiempos antiguos al poniente, probablemente en un tiempo en que el sistema de los jeroglíficos no estaba todavía desarrollado. Al Oriente los mayas se han extendido sobre el río Montagua, algunas partes de Honduras, grandes extensiones del Salvador, hasta la bahía de Fonseca. Es indudable que un miembro de esa familia, sean los pocoman, chorties, ú otra tribu desconocida, han construido las ruinas de Tehuacán, y han dejado restos de cerámica en San Vicente que ofrecen mucha semejanza con la loza antigua de la isla de Zacate grande, enfrente de Amapala. Las tribus y las lenguas de la costa atlántica, según mis últimas exploraciones, forman una gran familia también en el sentido antropológico y etnográfico. Por mis estudios comparativos de las gramáticas, se puede probar que los *indios* sumos en el interior de Honduras y de Nicaragua, forman con los misquitos, con los ulúas, con los indios de Matagalpa y de Cacaoopera (El Salvador) una gran familia que existe hoy solamente en restos esparcidos y á punto de extinguirse (á excepción de los misquitos). Otro grupo forman los lencas en Honduras y El Salvador (Chilanga); otro los payas, otro los jicaques. El problema seria reducir ó relacionar estos tres últimos al grupo de los sumo-misquitos. Esto parece

estar indicado ya más por ciertas formaciones gramaticales que por el vocabulario de sus idiomas.

Completamente aislados quedan todavía los idiomas de los simcas, en Guatemala, á veces confundido con el mixe, hablado en la República de Méjico; el subtiaba en Nicaragua, cerca de León; el idioma rama hablado por pocos *indios* en una isla al sur de la laguna de Blufields y cerca de Monkey-point, en la costa atlántica en Nicaragua, y que forma con el guatuso, hoy hablado en algunos palenques ó caseríos próximos del Río Frío (Costa Rica), un grupo que parece corresponder á los votos y corobici de los antiguos autores españoles. Existen relaciones que no parecen accidentales en el vocabulario del sumo-mísquito y ramo-guatuso, por una parte, y con las lenguas talamanca, terraba y buruca, por otra. Las dichas lenguas de Costa Rica se agrupan con los idiomas hablados por los dorasques y los guaymies de Panamá y con varios otros lenguajes de esta última República poco estudiados, á una familia que ofrece relaciones con las lenguas chibcha (Koéggaba) de Colombia.

Estos son algunos puntos de vista, algunos resultados que ofrece la ciencia joven y moderna americanista á los que se entusiasman por los problemas que ofrece la historia antigua y oscura del nuevo mundo.

El campo de investigación es inmenso. Hay muchos problemas que están aún por resolverse y en muchas direcciones se puede trabajar debiendo preferirse siempre un orden de estudios sistemático y exclusivo para cada tema.

WALTER LEHMANN.

San Salvador, 1909.

ANA GAUNA ⁽¹⁾.

COMEDIA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS.

PRÓLOGO.

PERSONAS.

Ana Gauna	40 años	Miss Mary (institutriz) 45 años
Lucrecia »	21 »	Un Oficial de Justicia
Goyo »	20 »	Un acompañante (mudo)
Martha »	18 »	Un mucamo
Sarah »	17 »	Un portero
Don Julio.....	60	

La acción en Buenos Aires, actualmente.

Escenario: Debe representar un pequeño «boudoir», en la casa de *Ana Gauna*. En primer término una pequeña mesa con dos amplias sillas á ambos costados, ocupadas por la dueña de casa y por *Don Julio*. Moblage apropiado, sóbrio y elegante. El conjunto debe dejar suponer el lujoso atavío de las demás habitaciones. A izquierda, y también en primer término, un mueble

(1) *N. del A.* — Esta comedia plantea un hondo problema de moral privada y social, que el autor ha tratado con un criterio meramente enunciativo, adverso como es, por método, á las resoluciones definitivas en asuntos de esta índole.

Ana Gauna, mujer criada en un ambiente en que la norma moral está subordinada á las exigencias exteriores de una activa vida de sociedad y de mundo, no es ciertamente un sujeto capaz de guardar con intransigencia las reglas de esa moral, que ignora elementalmente por una prescindencia frecuente de ella.

Cuando el problema de la vida, rudo y cruel, se presenta á sus ojos sin

de «toilette» con varios espejos. Al frente una gran ventana que da al jardín. Sobre las paredes laterales izquierda y derecha puertas practicables de acceso. Es de día; un día lluvioso de invierno.

ESCENA I.

Personas: *Ana Gauna y Don Julio.*

ANA.

(Viste un amplio traje negro. En su cara el llanto reciente ha dejado la impresión dolorosa de su paso. Está exageradamente pálida, y los cabellos en desorden le dan un aspecto de respetable sufrimiento. Al alzarse la tela se halla de codos apoyada sobre la mesa, en actitud meditativa. Don Julio la imita. Después de un breve silencio, habla tristemente).

¿Pero, dice V. que ni la quinta de San Isidro es nuestra ya?

DON JULIO.

Así es por desgracia... (*tratando de alentarla*). Hay que luchar todavía, amiga mía, y, ¡hay que vencer!... El golpe es terrible para Vd... Diríase que todo el peso de la vida ha caído sobre

dejar más soluciones aparentes que la depravación personal — permitida mientras está oculta—ó el sendero de la humildad, que en la actual organización es también camino de deshonor, Ana Gauna que ha idealizado su maternidad y aspira el bienestar de sus hijos, no encontrando en sí misma el coraje y el impulso hacia la lucha honesta, no teniendo en el propio espíritu, inculco en esencia, el concepto arraigado é instintivo de la virtud y del honor, opta por la solución culpable. Hay para ella una sola arma en la vida. su belleza; un solo ideal: el porvenir de sus hijos . . . Y he ahí una perversión moral sirviendo á una causa noble, según la manera de razonar interior de *Ana Gauna*.

He querido descubrir un estado social lamentable en punto á ideas y conceptos de aristocracia arraigados entre nosotros; no se si acaso ha habido en mí la muy maligna tendencia de satirizar la cristianísima educación de nuestras jóvenes mujeres; si así fuera, mil disculpas! . . .

Es de notar, sin embargo, que antes que el problema social exterior, me ha preocupado el problema interno, el problema espiritual, lo cual puede explicar cierto descuido en el ambiente, tan fervientemente cultivado por los que aspiran á una inútil regionalización de nuestro teatro.--N. B.

sus hombros; felizmente, ellos son fuertes aún, y han de sostenerlo...

ANA.

No se si habrá quedado fuerza en mi; pero en todo caso, la que me restara no sería suficiente... Yo necesito la ayuda de todos, de todos los buenos amigos, en este momento... Y todos se alejan de mi, todos los que antes se hubieran sacrificado por satisfacerme.

DON JULIO.

(*Estendiéndole la mano*). Todos no se han ido Ana... Mi mano puede servirle todavía... ¡y es toda suya!...

ANA.

(*Tomando la mano que se le ofrece*). Sí, sí, gracias amigo mío... Dicen que las verdaderas amistades se conocen en la desgracia... ¿Recuerda Vd. mis buenos tiempos? Todos me tendían la mano, me rodeaban de sonrisas y de adulación; en el teatro mi palco era el más concurrido; en los hipódromos era mi círculo el codiciado por todos los que en el afán de exhibirse deseaban parecer más allegados á la distinción y á la elegancia; mi esposo—¡pobre Carlos!—era el árbitro de los negocios, su fortuna no la discutía nadie... ¡Cuánta falsedad y cuánta mentira, amigo mío!...

Un día comenzó nuestra pendiente... Las amabilidades fueron disminuyendo paulatinamente; en torno de Carlos fué haciéndose un vacío asfixiante que es talvez lo que lo ha llevado hasta el suicidio... ¡Su pobre alma, que era esencialmente buena, no podía creer la maldad de los demás!... Ya ve Vd. Don Julio, la sociedad!, ¡los amigos!... Haga usted bien por el bien mismo, confíe en la lealtad y el aprecio que le demuestran con exhibición de dientes y curvas de espina dorsal, y ya verá Vd. el fruto que se recoge...! Ya verá Vd...

DON JULIO.

Sin embargo, Ana, nada justifica el proceder de su esposo... Un suicidio no solucionaba la afigente situación de Vds... El

era fuerte, era joven, podía luchar de frente con la sociedad hostil y con la vida... En su honor era irreprochable...

ANA.

Si, ¡el honor!... ¡el honor! ¿Qué es el honor en nuestro tiempo?...

DON JULIO.

¡Lo que fué siempre, lo que será siempre!...

ANA.

(*Sonriendo*). — Tiene Vd. hermosas ingenuidades D. Julio... El honor consiste en el silencio... ¡Nadie se deshonra mientras su pecado está oculto! El honor consiste en el silencio, créamelo Vd... Pero el buen Carlos tenía del honor un concepto parecido al suyo, D. Julio...

DON JULIO.

¡Siempre se triunfa con ese concepto Ana!... A Carlos le ha faltado la fuerza para luchar; ha tenido el horror de la pobreza... Así me explico yo su silencio, su reserva que deja en la sombra todo el drama de la muerte... «Dejo la vida porque no puedo triunfar de la miseria»... y nada más!... Pero ¿acaso su ruidoso «crak» de la Bolsa lo inhabilitaba para resurgir victoriosamente?...

ANA.

(*Tristemente*). — No le reproche Vd... El suicidio era el epílogo fatal de su vida lamentable... Había comenzado á familiarizarse con el éxito... La derrota debió serle doblemente dolorosa... Además, tenía un gran cariño por nuestros hijos... Quería verlos rodeados del bienestar y de la abundancia... Les quería fanáticamente. Les quería mal, como solemos querer los padres cuando queremos demasiado...

DON JULIO.

Pero un suicidio así, tan de improviso, dejando todo en desorden, sin un trozo de pan, sin un hogar para esos hijos que quería tanto...

ANA.

Me inspira terror este pensamiento de la miseria... (*queda pensativa*). Diga Vd. D. Julio, ¿ha revisado ya los papeles del escritorio?...

DON JULIO.

Sí; con toda proligidad...

ANA.

¿Y?...

DON JULIO.

¡Nada!... ¡Nada!... Algunas cuentas pagas, algunos apuntes de obligaciones á vencerse, y entre ellas un pagaré de diez mil pesos que debía levantar dentro de seis días...

ANA.

Y ¿no ha pensado Vd. que esa cuenta y las demás pudieran afectar esta casa, lo único que les quedará á mis hijos?...

DON JULIO.

(*Tristemente*). — No quería decírselo Ana; la noticia es tan desconsoladora que habria preferido guardarla para otro momento; pero sépalo ya, esta no es de Vds.; un amigo la habia puesto en su nombre y le permitia habitarla en retribución de servicios que su esposo le prestara... No se si habrá contradocumento, pero aunque no lo hubiera es preciso restituir la propiedad á su dueño....

ANA.

¿De modo que estamos en la calle? ¿No queda nada, nada?... (*llorosa*) ¡La casa en que han nacido nuestros hijos!... (*pausa*). ¡Pero esto es horrible!... Hay que hacer algo... Ni la casa, ni la quinta, ni la estancia del «Carmelo»... ¡Nada!, ¡nada! ¡Qué hacer Dios mío! ¡Qué hacer!...

DON JULIO.

Buscar la solución tranquilamente, Ana....

ANA.

¡Qué pesada es la carga de esta vida D. Julio!... ¡Ah! Pero mis hijos... ¡mis pobres hijos!... Ni en ellos puedo cifrar una esperanza... Goyo, el único varón, se ha criado en la regalia, sin hábitos de esfuerzo y de trabajo... Mi pobre Lucrecia es una niña sensible, noble en su manera de pensar y sumamente impresionable... Martha y Sarah dos mujercitas coquetas... Si supieran la catástrofe, acaso una honda tristeza concluyera con su salud... Entonces sí, el peso de la desgracia me vencería inevitablemente....

DON JULIO.

Me parece juicioso ocultarles cuanto sucede... Les enviaremos si Vd. quiere hoy mismo á mi quinta de Hurlingham con el pretexto de que pasen allí los primeros días de duelo; después Dios dirá.... *(pausa)* Vd. sabe que hoy mismo tendremos aquí al oficial de justicia que trabará embargo de los muebles; y como comprenderá, no hay medio de eludir esta nueva desgracia....

ANA.

¡Hasta eso!... Si, haga Vd. como quiera D. Julio... Todo lo que Vd. haga estará bien... Mi cabeza está perdida; no acierto á ordenar mis ideas... No se lo que pasa por mí... Llame Vd. á las niñas y prevéngales todo....

DON JULIO.

¿Y Vd. no irá con ellos, Ana?....

ANA.

No... Dígales que Vd. me acompañará hasta tanto se arreglen los primeros asuntos.... *(tristemente)* ¡Quiero presenciar hasta el fin, este derrumbe!...

Además, mi permanencia se hará indispensable... Vd. sabe que las de Gowell nos han concedido su bóveda por un mes solamente; de allí deberemos sacar el cadáver para llevarlo á un nicho... ¡á la tierra talvez! *(D. Julio asiente con tristeza. Luego oprime el botón de un timbre).*

ESCENA II.

Dichos, *Mucamo*

MUCAMO.

¿Llamaban los señores?

DON JULIO.

Sí; dirás á las niñas y al niño Goyo, que la señora les llama . . .

MUCAMO.

Muy bien, señor . . . (*Va á salir y se vuelve como deseando decir algo que no acierta á expresar*). Señora, si no le fuera molesto . . .

ANA.

Habla, ¿qué quieres? . . .

MUCAMO.

Quería decirle á la señora . . . ¿Sabe? Como ha llegado ayer un tío mío de Europa . . . ¿Sabe? . . . Y como él quisiera poner un negocito . . . El me ha dicho si yo lo quiero acompañar . . .

ANA.

En suma, que quieres irte . . . Pues, perfectamente; á la noche te arreglaré la cuenta . . .

MUCAMO.

(*Vacilante*). No, no, no hay apuro por ello . . . Yo quería irme solamente . . . Si la señora no está abundante de dinero puede dejar la cuenta para otra vez . . . Es lo mismo . . .

ANA.

(*Dignamente*). Retírese Vd. inmediatamente; sáquese ese traje ¡y venga por su dinero!

(*El mucamo sale*). (*A D. Julio*). ¿Ha visto Vd. D. Julio? . . . La noticia ha trascendido ya, y hasta esa canalla se cree autorizada á enrostrarme mi ruina!

DON JULIO.

Disimule Vd. Ana, viene Jorge y las niñas . . .

ESCENA III.

Dichos, *Goyo, Lucrecia, Sarah, Martha.*

LUCRECIA.

(*Acercándose y besando silenciosamente á su madre*). ¿Nos llamabas mamita?...

ANA.

Si hija mía... D. Julio les dirá; yo no tengo ánimo para nada...

MARTHA.

(*Besando á su madre*). ¡Pobre mamacita! No quisiera verte así afectada... Es cierto que nuestro querido papá ha muerto, pero nos quedas tú, ¿y si tú te afliges tanto y te enfermas?... Piensa en nosotras...

GOYO.

Es necesario distraerse mamá, y si tú no te procuras distracciones, tendremos que buscártelas nosotros... Ahora mismo hablábamos con las chicas de la conveniencia de hacer un viaje á Suiza, donde podríamos pasar nuestra época de duelo tranquilamente...

ANA.

(*Mirando á D. Julio*). No hijo mío... Es necesario que nos quedemos aquí... No faltaría quien pensara que viajamos por divertirnos...

SARAH.

Sí, yo digo que debemos quedarnos... Así iremos continuamente al Cementerio á visitar á papá... Todos los días llevaremos el automóvil cargado de rosas... ¡Pobre papacito! (*Llora*).

GOYO.

(*Por lo bajo á Sarah*). ¿No ves que la afliges inútilmente?...

DON JULIO.

Bueno, atenderme ahora . . . Yo, por encargo de mi esposa deseaba hacerles un ofrecimiento que, espero Vds. no rehusarán . . . (*pausa*): como la situación es un tanto crítica en estos momentos—el golpe ha sido demasiado rudo para que la salud de Vds. pueda soportarlo—y como el silencio de esta casa, que por un tiempo les parecerá triste y desierta, podría afectarlos, sin mayor provecho, mi señora y yo hemos decidido alojarlos en casa, en mi quinta de Hurlingham que Vds. conocen . . . Lucrecia que es discreta comprenderá la razón de este viaje, Martha y Sarah que son buenas hijas obedecerán la voluntad de su madre, y Goyo, (*palmeándole*) este buen Goyo vendrá con sus hermanas, ¿no es así? . .

LUCRECIA.

Por mi parte D. Julio, le agradezco sinceramente su ofrecimiento, pero salir de aquí sería para mí el mayor sacrificio . . . Este recuerdo constante de papá, que flota en el ambiente de esta casa, es triste tal vez, pero de una tristeza que consuela y reconforta . . . Yo estaría á gusto aquí, sin salir de esta casa; y en cuanto á mi salud es fuerte, muy sufrida, no hay que preocuparse de ella . . .

ANA.

Sí, hay que preocuparse de ella, como de la de tus hermanos . . . Es indispensable salir aunque solo sea por un poco de tiempo . . . Yo también iré luego . . .

LUCRECIA.

¿Pero cómo? ¿Tú no irás ahora con nosotros? . . .

ANA.

Hoy, no es posible . . .

GOYO.

Sin embargo, mamá, habrían iguales motivos para exigirte que nos acompañes . . .

MARTHA.

(*Besando á Ana*). Y ¿qué haríamos nosotros sin la pobre viejita?...

SARAH.

(*Esforzándose en parecer alegre*). Mirá mamá, te ha dicho vieja... ¡Habrà atrevida!... (*con énfasis*). Mi madre es joven y buena moza....

ANA.

(*Riendo tristemente*). Dicen que el sufrimiento embellece... ¿Lo ha oído Vd. D. Julio?...

DON JULIO.

(*Sonríe*). Veamos niños, ¿qué se resuelve?...

No desairarán Vds. mi ofrecimiento... Consentimos, ¿no es así?...

LUCRECIA.

Yo iré gustosa si nos acompaña mamá....

MARTHA.

Si no va mamita, yo no voy....

SARAH.

¡Ni yo!....

ANA.

(*Con amable reconvención*). Las niñas irán donde su mamita les indique... ¿no es así?... Pueden Vds. ir colocándose los sombreros para ponerse en marcha...

Luego les mandaré de aquí las ropas necesarias...

DON JULIO.

(*Consultando el reloj*). A las cuatro tienen tren... Hay cuarenta minutos de tiempo...

GOYO.

En seis minutos el automóvil nos pone en el Retiro...

ANA.

Tendrán que salir con más tiempo, pues irán en carruaje de plaza... El automóvil está en compostura... (*Mira á D. Julio significativamente.*) (*Sale Goyo.*)

LUCRECIA.

(*Saliendo la primera.*) ¿Nos acompañará D. Julio?

ANA.

No; él quedará aquí conmigo arreglando los asuntos más urgentes, y acaso pasado mañana nos reunamos todos en Hurlingham...

MARTHA Y SARAH.

(*Saliendo con Lucrecia.*) Estamos de vuelta en dos segundos...

DON JULIO.

Con el permiso de Vd. Ana, iré á prevenir por teléfono á mi esposa que debe preparar habitación á estos agradables huéspedes...

ANA.

Vaya Vd., D. Julio...

ESCENA IV.

ANA, LUCRECIA.

(Un silencio en que Ana Gauna permanece pensativa. Lucrecia llega en aquel instante y observa desde la puerta á su madre; parece meditar hondamente. Luego acercándose suavemente la besa. Madre é hija parecen preocupadas de una idea común y permanecen abrazadas y llorosas un instante.)

ANA.

(*Interrumpiendo el silencio*) ¡Qué solas quedamos hija mía!... Ahora hay que guardar para el muerto toda nuestra devoción... El cariño que sentíamos por él repartámoslo entre los vivos...

LUCRECIA.

(*Llorosa*). Yo no podré pasar la noche lejos de tí, mamita... Me parecerá que estás enferma, que algo te sucede... ¿Por qué no nos acompañas?...

ANA.

No, hija mía, no es posible... Hay que pensar en el porvenir y debemos salvar lo poco que nos queda para vivir...

Nuestra situación no es del todo clara en este momento...

LUCRECIA.

Si tu lo has pensado así, trataré de conformarme....

ANA.

Sí, hija mía, es necesario....

LUCRECIA.

Ah, mamá, se me olvidaba... Quería pedirte un servicio, que no me negarás; es un poco anticipado tal vez, pero quiero comprometerte.... Ayer, hojeando una revista inglesa, he visto un hermoso grabado que representa un gran monumento del Campo Santo de Génova... Sobre un pedestal de granito modelado sencillamente, descansa una enorme piedra, tosca, negrusca, cubierta de yerbas y de musgos... Tiene una solemne elocuencia simbólica; diríase la Fatalidad oprimiendo á los hombres con su peso invencible... ¿Si pudiéramos hacer un sepulcro así para papá?....

ANA.

Sí hija mía... He de pensarlo... En tanto irás á apurar á tus hermanas y á Goyo... creo que hoy perderán el tren... (*Sale Lucrecia.*)

ESCENA. V.

*Ana, D. Julio, luego Lucrecia, Martha, Sarah, Goyo
y Miss Mary.*

DON JULIO.

(Entrando) Está mi esposa contentísima esperándolos, y me encarga con especialidad que la lleve á Vd. . .

ANA.

Agradézcale Vd. Don Julio, en mi nombre . . . Ya haré uso yo de ese ofrecimiento. . .

DON JULIO.

Vea Ana, acaban de prevenirme por teléfono también, que dentro de un momento vendrá el Oficial de Justicia á trabar embargo de los muebles. El Juez lo ha ordenado á las 11 de la mañana por la demanda del almacenero, y á las 4 los tendremos aquí. . . .

ANA.

¡La rapidez de la Justicia! Es en estos casos cuando se empeñan en mostrala. . . ¿De modo que no hay salvación posible? . .

DON JULIO.

He tentado el último recurso; por medio de un empleado he mandado pedir al Juez que me nombre depositario de estos muebles . . . Creo que no se negará á ello, por más que yo no sea persona de gran responsabilidad material. . . ¡Ojalá lo fuera! . .

ANA.

Vienen aquí las niñas. . .

(Entrando agitada y detras de ella Martha, Goyo, luego Lucrecia.) ¡Maldita modista! . . Mira mamá, esta Madame Dupaquin es una perfecta inservible. . . ¿Recuerdas el adefesio de sombrero que me hizo el mes pasado? Pues mira, este es peor, mucho peor. . . *(Se lo coloca ridiculamente y de mil maneras.)*

MARTHA.

No te aflijas... Nos confundirán con las de Rebechini, Tallini Piccinini, y demás aristocracias en boga..

LUCRECIA.

(*Entrando.*) Estoy pronta....

SARAH.

(*Observando á Lucrecia*) (*Con énfasis*). Tengo una hermana que además de ser hermosa tiene un magnífico sombrero....

LUCRECIA.

Que estoy pronta á cambiártelo si te gusta....

SARAH.

Negocio hecho.... (*hace ademán de sacarse el suyo.*)

ANA.

No, no, ahora no hay tiempo... En marcha... Goyo, llámame á Miss Mary....

(*Jorge va á oprimir un botón del timbre.*)

MARTHA.

(*Rápidamente, impidiéndoselo.*) Un momento señor Conde... Iré yo misma... (*Sale y se le oye llamar á corta distancia*). ¡Miss Mary! ¡Miss Mary!...

—*La voz de Miss Mary*—(*con marcado acento británico*), Señorita Martha.... Ya vengo.... (*entrando*) ¿Quí manda la seniora?....

ANA.

Acompañará Vd. á las niñas hasta la quinta del señor (*por Don Julio*) en Hurlingham, y se volverá en el tren siguiente... (*Miss Mary saluda tiesamente y sale*).

Goyo.

(*Mirándola salir*). ¡Está encantadora esta Miss Mary!... (*á Ana*). Mamá tú nos mandarás mañana el automóvil ¿verdad?...

ANA.

Eso será imposible; pues no estará compuesto hasta la semana próxima... además no me parece conveniente que Vds. hagan excursiones por ahora...

DON JULIO.

Allí tendrán en qué entretenerse, ya lo verán Vds...

MISS MARY.

(Apareciendo con un pequeño sombrero). Estoy pronta...

SARAH.

(Despidiéndose). Hasta mañana mamita... Para cuando vayas te guardaremos muchas flores, muchas... *(Dando la mano á Don Julio)*. Adiós Don Julio...

MARTHA.

Bueno, hasta mañana ¿eh?... ¡Sin falta!... *(besa á Ana)*. *(A Don Julio)*. ¿Tiene Vd. algo que encargarnos para su casa Don Julio...

DON JULIO.

Nada, nada... que se distraigan Vds... hasta mañana...

Goyo.

Adios mamita... mañana vendré á verte por la tarde... ¿Lo consientes?

ANA.

Sí, hijo mio, sí...

LUCRECIA.

(Se acerca á su madre la besa silenciosamente, y luego dice á Don Julio). Adiós Don Julio... *(Salen Martha, Sara, Lucrecia, Goyo y Miss Mary)*.

ESCENA VI.

Ana, D. Julio, Oficial de Justicia, un ayudante (mudo). Portero.

ANA.

(Suspirando). En fin . . . Así soportaré mejor el último golpe de esta fatalidad . . .

DON JULIO.

Ahora necesita Vd. más que nunca de su carácter, Ana . . .

UN PORTERO.

(Apareciendo) Dos señores desean hablar á la señora . . .

ANA.

¿Y no han dicho su nombre?

UN PORTERO.

Han dicho solamente que vienen en nombre del juez . . .

ANA.

Hágalos pasar . . . *(Mira con angustia á D. Julio).* *(Sale el portero).*

DON JULIO.

Son ellos . . . ¡Valor Ana! . . .

ANA.

¿No me ve Vd. tranquila? . . .

(Pausa).

Aparece en la puerta de acceso, el Oficial de justicia acompañado de un ayudante; hacen ambos una profunda reverencia, y silenciosamente el primero deposita en manos de Ana Gauna un pliego abierto.

ANA.

(Después de leer el pliego). Está Vd. en posesión de todo, señor Oficial de justicia . . .

OFICIAL.

¿Me permitirá la señora tomar un inventario de los muebles existentes? . . .

ANA.

(*A D. Julio*). Acompáñelos Vd. D. Julio, por favor . . .

DON JULIO.

(*Invitando al Oficial y Ayudante*). Pueden Vds. pasar . . .

(*Salen todos tres*).

ESCENA VII.

ANA SOLA, luego DON JULIO.

Cuando queda sola Ana Gauna, cae rendida en un sillón, se apoya de codos en la pequeña mesa central y en esa actitud parece meditar hondamente. Después de un largo silencio durante el cual se mira distraída en un espejo que tiene á su frente, parece atacada de una idea súbita; va caminando hacia él como obedeciendo á una fascinación, y con una sonrisa triste en los labios ensaya posturas que realzan su belleza física, alinea sus cabellos, compone su rostro un tanto quebrantado por las huellas del llanto . . . Ha descubierto un recurso de vida en la belleza que aún le resta de su pasada juventud. Brilla en su rostro la alegría de quien descubre una solución eficaz y definitiva. Sigue con nervioso apresuramiento su «toilette»; en tanto D. Julio llega á la puerta y observa pensativo á Ana; ésta al volverse sorprende la mirada severa de D. Julio, y se turba un tanto, bajando el rostro con cierto rubor.

DON JULIO.

(*Interrogando solemnemente*). Ana ha pensado Vd. en el nombre de sus hijos? . . .

ANA.

(*Con gran decisión y energía*). He pensado que hay que vivir y hay que triunfar . . . ¡Y yo triunfaré, amigo mío! . . .

TELÓN.

NICOLÁS BARROS.

LA MUERTE DEL MENESTRAL.

No más de una decena de días había transcurrido desde aquel en que Beltrán, menestral gentil en cuyo vasto repertorio de trovas junto á lánguidas pastorelas se contaban rimas entusiastas para cantar el amor, las aventuras audaces de los andantes caballeros, las hazañas de los mártires del cristianismo y la historia de los héroes que rindieron cien ciudades, habíase detenido junto al ferrado puente del señorial castillo. Sacerdote de la gayaciencia que floreciera en aquella Edad Media de alma extraña, recorría las tierras y los lugares, los torneos y los tribunales de amor, las cortes y los castillos, sembrando versos y recitando romances. Dulces eran sus trovas y reflejo fiel de la atildada cortesía de aquellos tiempos en que, si ser valiente era título de orgullo, ser galante equivalía á blasón de alcurnia. Pudo ser lo primero, porque en sus venas hervía la sangre de sus antepasados, aquellos que excitados por las fervorosas prédicas de Pedro el Ermitaño y de Urbano el Papa, marcharon á Tierra Santa, y en la conquista del Santo Sepulcro mataron tantos infieles que tintas con sangre maldita trajeron á su regreso las lanzas y las rodelas, las targas y los broqueles y hasta las cimbras de los cascos. Pero fué menestral de aquellos que junto á los trovadores y los juglares de la Edad Media, constituyeron algo así como la tríptica piedra angular, base generosa de la sublime poesía que en el presente siglo conforta los corazones y extiende — siempre más allá del límite de las humanas cosas — la visión de la esperanza y el horizonte de los ensueños. En su espíritu, la duda religiosa de aquella edad tan poética, puso todos los tormentos imaginables; y exacerbada su conciencia por increíbles misticismos, dió á un monasterio sus riquezas, se tornó menestral, y sin más

armas que su laúd de siete cuerdas, lanzóse á la cruzada de la quimera, armado caballero del ideal.

Diez días en aquel señorial castillo de almenadas torres, húmedos fosos, férreas compuertas y levadizo puente, vivió Beltrán. Con hermosas trovas y canciones pagó, más que con largueza, el suntuoso hospedaje recibido del caballero Giraldo de Riquier y de su hija Isaura. Por las noches, en el severo salón donde el galgo dormitaba las fatigas adquiridas durante el día acompañando á los corceles de sus señores en las cacerías con halcón, cantóles los más hermosos romances, manzanas de oro brotadas en el bosque de la gaya ciencia. Integra, narróles la historia de aquel dragón que, vomitado por el infierno, asoló á Rouen hasta que el obispo San Romano, sin más compañía que la de un reo condenado á sufrir la pena de muerte, partió á combatirle. Con oído atento, el religioso señor de Riquier escuchaba cada una de las rimas de aquella aventura, y miraba por la ventana abierta un pedazo de cielo, como buscando á Dios, cuando en la trova llegaba la narración de la forma de que el obispo se valió para vencer al dragón. Quiso éste huir y quedó preso en la estola del Príncipe de la Iglesia; y unos pocos exorcismos y plegarias bastaron para que el dragón se convirtiese en humo.

La historia de Inés, arrancaba lágrimas á Isaura. Cantábala el menestral con sin igual pasión. Inés, joven romana de belleza nunca vista, al abrazar el cristianismo hizo voto de castidad. Enamórose de ella Sempronio el Pagano, y como no pudo seducirla ni con lágrimas ni con dádivas ni con ruegos, comenzó á morir de amor como muere una camelia blanca arrancada del arbusto y colocada en vaso de cristal. Supo la madre de Inés lo ocurrido y ordenó á su hija que, desnuda, se entregase á los deseos de Sempronio; y como ella se rehusase, hízola exponer, sin ropas, en un sitio de pública prostitución. Más entonces ¡oh prodigio de los siglos!.. alargándose de repente la cabellera de la joven, proporcionóle amplio velo á su pudor, y á sus plantas, muerto por el fuego del cielo, cayó el amante que profanarla quiso.

Las trovas y los romances de Beltrán entretenían al señor de Riquier y á su hija Isaura, sugiriendo mayores alabanzas al Cristo y trayendo nuevos pensamientos á la austera mentalidad

de los moradores del castillo. Dulce era la voz del trovero y afables sus modales. Jamás, sino cuando cantaba, desaparecía de sus lábios una sonrisa que era como un sello de tristeza impreso en su rubio rostro, encuadrado por largos bucles; y más de una vez, cuando ensalzaba en rimas llenas de entusiasmo las excelencias y gallardías del amor, sus ojos lánguidamente hermosos se posaron con cariño en las azules pupilas de Isaura.

Diez días hacía que Beltrán cantaba en el castillo como cantan, libres de preocupaciones, las aves de los bosques. La noche había entrado. En el salón, terminado el rezo de acción de gracias, solo quedaba empoltronado en la silla de baqueta y de alto respaldar, el señor de Riquier. Como siempre, echado á sus plantas, dormitaba el galgo de collar de oro.

En la explanada del castillo, semi-alumbrada por la luz difusa de una pálida luna en menguante, Isaura y Beltrán conversaban.

—Fuerza es, señora, que hoy me aleje, que no se vió nunca á menestral alguno tomar más larga hospitalidad en señorial castillo. Más, creedme, que dejo en este baluarte con el eco de mis trovas, la paz de mi corazón. En mil cortes y torneos de amor canté á las damas—flores de la vida—y mil veces sus sonrisas saludaron mis canciones. Pero jamás fué mi alma turbada como lo fué desde el primer momento en que mis ojos tropezaron con los vuestros. Vana palabra es amor en quien, por ser trovero, impuesta tiene la obligación de correr las tierras cantando todo lo hermoso y encantando todo lo bello. Más, ved, señora, que una sola palabra de vuestros lábios hacer puede que este triste menestral pierda su libertad de siempre para tornarse en vuestro feliz esclavo.

Guardó Isaura silencio. Un mismo golpe de viento hizo mover la pesada veleta del castillo, onduló su blanco jaique y puso un rizo más en su espumosa gola. Un rayo de la luna en menguante cayó amoroso á los pies de la doncella llenando, aquí y allá, de lampos de blancura, la explanada.

—Hablad, mi señora—insistió Beltrán, y sabed qué, sea cual fuere la palabra vuestra, vivirá este trovero amándoos y morirá pronunciando vuestro nombre...

Meditó un instante Isaura. Y luego, habló así:

—El de las trovas gentiles digno es de ser amado. Son seduc-

toras sus palabras y sus canciones de amor, por la noche, producen ensueños en el sueño. Más—y bajó el tono de su voz—no puedo amaros. ¿Habéis oído, por ventura, hablar del caballero Rolando?

—Quién no oyó hablar de él?

—Sabeis en consecuencia, que armado de su lanza ha pedido mil veces palenque abierto ó cerrado para demostrar que es su dama la más hermosa dama de esta y de otras tierras... En su yelmo jamás el acero de la tizona enemiga pudo arrancar una chispa, ni fueron por lanza alguna, tocados su escudo, su visera ó su muceta. Nunca en justa alguna, se le vió caer de su silla, ni pedir tregua ni descanso, ni dar golpes cuando el vencido estaba en tierra, ni dejó de ir á lugares donde los dragones infundían pavor á los andantes caballeros. Tal es Rolando el Bravo, que por divisa, escrita en su escudo junto á dos águilas blancas lleva esta frase: «Es la más hermosa dama Ysaura de Riquier... Quién diga lo contrario, desafiado á muerte queda»...

Calló Beltrán. Más tristes que nunca tornáronse las miradas de sus ojos y con voz semejante á aquella con que cantaba la trova de Agualda, la doncella que murió loca de amor cuando supo que en la cruzada mataron á su caballero, preguntó.

—Y decidme, mi señora, ¿mucho hace que le amais?...

—Es un minuto de vida toda una eternidad de amor. Le vi sólo una vez. Combatió en cerrada justa en presencia mía y al darle el premio, me dijo: «No he logrado aún realizar sino dos de los tres votos que juré llevar á cabo cuando me armaron caballero. Largas tierras me quedan por recorrer y muchas y famosas aventuras por realizar. Mas sabed que os amo como jamás caballero armado amó á su dama. De hoy en adelante vuestro nombre será mi divisa y un día iré á buscaros á vuestro castillo para arrojar á vuestras plantas el pendón cubierto de la fama de cien victorias». No le vi más y seis años hace que le espero...

—Con amor?...

—Con todo el primer amor de todo el primer día.

De nuevo un silencio. De cuando en cuando una racha de aire, y en el cielo y en la explanada, la melancólica luz difusa de la luna en menguante.

—La noche está clara—dijo Beltrán—y la luna acompañará

esta noche mis pasos. En el camino compondré una nueva canción. Vacía va la escarcela del trovero pero hay siete cuerdas en su laúd y siete nuevos ensueños en su alma. Gracias por el descanso que á mi espíritu dieron las miradas de vuestros ojos y plugue al cielo que pronto torne á vuestro lado Rolando el Bravo!... Adiós para siempre, mi señora...

Marchábase ya el trovero, cuando la doncella le llamó.

—Digno es de ser amado el de las trovas gentiles que hacen meditar en el día y hacen soñar por la noche. No estuviera de amores preso mi corazón, y os amara también...

—Gracias, mi señora.

—Partid ahora, y que Dios os acompañe; pero antes, como recuerdo, deje el menestral un beso en esta mano que ni Rolando el Bravo besó aún...

Y un rato después, el de las dulces trovas partió del castillo. A la luz de aquella luna siguió meditando en la blancura de Isaura y sobre las cuerdas de su laúd juró vivir pensando en ella y morir pronunciando su nombre.



¡Ah, la peste, mil veces maldita, la terrible lepra que se esparció por casi toda Europa, originada en Arabia, Egipto y Palestina! Si el dolor y la miseria humana—frágil es la vanidad del hombre—pudieran condensarse en un alarido como en los catorce versos de un soneto se condensa un pedazo de soñada belleza, la lepra sería el eco más angustioso de ese alarido.

Ahí viene la caravana de los cruzados, roja en el pecho la cruz del Cristo por cuya gloria en ingratas tierras combatieron. En el largo camino, caen de pronto los caballeros que llevan blanco penacho en las cimeras, ajustadas cotas de malla, espolones de labrada plata y escudos con divisas de unicornios y blasones de leopardos. Las manos que ágiles antes blandieran en locos remolinos las pesadas lanzas de agudas puntas, experimentan la impresión terrible de una insufrible picazón. Es el primer síntoma. Luego, la hecatombe total. Horribles dolores en las entrañas, condensaciones en los tegumentos que se vuelven esca-

mosos, manchas lívidas, ora negras, ora encarnadas como cerezas abiertas de un mordisco. Membranas, glándulas, huesos, cabelleras... ¡todo invadido por las úlceras que hacen que los pedazos de carne caigan á montones marcando en el camino el paso de los valientes, hacinados en horrible caravana. ¡Ah! la peste maldita, con cuantos esforzados paladines no dió en tierra haciéndoles, antes de matarlos, el escarnio de robarles gallardías y altiveces ¡Escuderos y heraldos, señores y villanos... todos lloraron largo tiempo antes de morir, pensando en sus damas, entreviendo las almenadas torres de sus castillos é invocando al Dios de la piedad y de la misericordia.

Cantores de las cosas del mundo, pensad cuán fácil es convertir un montón de orgullo en un hacinamiento de doliente carne, de esa que en la agonía de la muerte clama por la aurora de la vida. Los que cantais á la mujer—flor de piedad, flor de consuelo—recordad á la bella condesa de Flandes que de rodillas pidió á su esposo permiso para ir á curar con sus blancas manos las repugnantes úlceras de los leprosos. Los que cantais la caridad, no olvideis á los sublimes frailes de la Orden de San Lázaro, expresamente fundada para llevar consuelo á aquellos pedazos de carne con un poco de vida adentro. Los que revolveis los viejos papiros del pasado para escribir la historia de los obispos, tened la siempreviva del recuerdo para el de Milán, que el Domingo de Ramos lavaba á nueve leprosos, en señal de humildad. Los que hablais de monarcas, recordad que las púrpuras con brocados de oro de los reyes de Inglaterra y Francia, más de una vez se inclinaron sobre aquellas manchas lívidas, ora negras, ora rojas como cerezas partidas por un mordisco. Y á los que sabeis la historia de nuestra iglesia, no os diré que el Concilio de Letrán, desaprobando el rigor con que el mundo trataba á los leprosos, declaró que éstos también eran hijos de Cristo y que para ellos abiertos estaban siempre las ricas catedrales de suntuosos mármoles y los modestos templos de escaños de madera.

¡Ah, la lepra, la lepra maldita, azote de la humanidad de aquellos tiempos! ¡Cuántos nuevos poemas cantaron después los romanceros! Ya sabéis que á Francisco de Asís, el místico aquel que derramaba traducida en bondades toda la sangre de su alma, en el valle de Espoleto, un leproso quiso besarle los

pies y él cogió en sus brazos al leproso y le besó la boca ulcerada. Ya sabeis que en la «Tragedia del Cid» de Guillermo de Castro, hay una escena en la que se narra como á la vista de un leproso huyeron á todo correr guerreros y paladines, quedando sólo el valeroso Cid que dando la mano al leproso, dijo: «¿qué quereis, amigo mío?» Si no leísteis en viejos libros, de esos que no se leen hoy, la historia de Juliano, leedla ahora. Es breve, como la vida humana. Y es triste, también como la vida humana. Era-se Juliano un joven que se divertía sin tener en cuenta el mandamiento de la iglesia que ordena santificar las fiestas y haciendo omiso caso de los clamores de los dueños de los vecinos sotos que invadía á su capricho. Un día, persiguiendo á un ciervo, hirióle con su ballesta. Dióse vuelta hacia él el ciervo herido y dijole: «tu, que has querido quitarme la vida, tiempo llegará en que se la quites á los que te dieron el ser». Asustado, huye Juliano, tierra adentro, tierra adentro, hasta casarse con una rica castellana. Sus padres — ¡los pobres padres de siempre! — salen como locos en su busca y llegan á su castillo, estando de él ausente Juliano. La esposa de éste los hace acostar en su propio lecho. Regresa el esposo en la oscuridad de la noche, ve en su lecho una mujer y un hombre, crée que son ellos su esposa y el pérfido amante y los apuñalea hasta matarlos.

Cuando sabe á quienes ha quitado la vida, huye como un loco, tierra adentro, tierra adentro. Junto al mar va á hacer penitencia, y una noche en que las olas rugen casi como á veces ruge la pasión en el corazón de los hombres, siente los gritos de angustia de un desgraciado que se ahoga. Lánzase Juliano á salvarlo y hasta el náufrago llega. Pero es tarde. Está yerto aquel cadáver y además — ¡horror! — cubierto está de la terrible lepra. Bueno. Hay que hacer más. Lleva el cadáver á su cuarto, lo coloca en su lecho, reza de rodillas las oraciones de los muertos y de pronto el cuarto se ilumina y una radiante cabeza aparece. Es Cristo, Cristo en persona que viene á traer el perdón á Juliano.

¡Ah, la lepra, la mil veces maldita lepra, azote de la humanidad de aquellos tiempos en que los menestrales iban de castillo en castillo haciendo soñar á las castellanas con sus amorosas y dulces trovas!

Vedlos más de cerca. Viven en montón, en recua. Están cerca de la ladera de la montaña, allí donde nadie va á verlos, ni sus esposas, ni sus hijos. De vez en cuando, un alma caritativa les lleva provisiones. Antes de arrojarlos allí, en presencia de ellos, se ha celebrado ya el oficio de difuntos. No pueden acercarse á las viviendas de los sanos, ni lavarse en los ríos, ni caminar cerca de los arroyos. Lo que tocan, manchado queda. No pueden, pues, tocar nada, sino el miserable alimento que llevan á sus bocas. Algunos, en la tierra, han hecho una cueva para dormir al abrigo de las violencias del cielo. Y junto á la cueva, han colocado una cruz. Casi la cueva es una tumba ¿verdad? Llevan guantes en las manos para impedir que los pedazos de dedos caigan al suelo originando contagios y visten un traje de tosca sarga. Cuando marchan, van tocando una matraca, y la matraca parece que dice: «vosotros, los que sois sanos y teneis vida, huid. Aquí va caminando la muerte.»

Aquel día de mi historia, estaban los habitantes de la leprosería casi todos contentos. Es que ese día de Pascuas y en tal fecha les estaba permitido salir de sus tumbas anticipadas y entrar á los pueblos y á las aldeas para tomar parte en las fiestas y diversiones con que la humanidad celebraba el advenimiento del Cristo.

Los leprosos comenzaban á moverse. La caravana del dolor poníase ya en marcha al son de las matracas. Miembros que se arrastran, gritos de sufrimientos. De vez en cuando, uno que cae... y la caravana sigue rumbo al pueblo donde hay un poco de fiesta y un desborde de alegría.

Junto á una cueva, tendido en tierra, un leproso. A su lado, de pie, otro leproso.

—¿No vais con los otros, menestral?

—No puedo. La agonía de mi vida ha comenzado hoy. Me siento morir y antes que el sol se hunda en el horizonte, dejaré la vida.

—No es la vida gran suerte para nosotros. Mejor mil veces la muerte.

—Así es. Y vos, caballero ¿no seguís á los otros?

—Para qué? Mi esposa me abandonó... mis hijos me abandonaron. Te haré compañía en los minutos de tu muerte...

—Gracias. Compuse una vez una canción. ¿Quereis oirla?

Voz de dolor, voz de llanto, cantó aquella canción en la que aparecía una gentil castellana desdeñando á un pobre trovador. Fuese el trovador, muerta el alma, llorando sus penas por luegas tierras hasta que un día sus manos que pulsaban el laud de siete cuerdas con que acompañaba sus siete ensueños blancos, cubriéronse de úlceras y de llagas.

Voz de dolor, voz de llanto, cantó aquella canción. Y eran cada vez más trabajosas las palabras, mezcladas aquí y allí las trovas por un alarido de desesperación nacido en lo más recóndito de las entrañas.

A lo lejos, el disco del sol comenzaba á hundirse. El ruido de las matracas, no se escuchaba. Los de la doliente caravana debían estar en el pueblo, riendo un día para llorar después todo un año.

Miró el leproso la cruz junto á la cueva, contempló los últimos rayos del sol de oro — ¡tanta vida en el sol y el sol muere todos los días;—y exclamó:

—Caballero, oidme, porque voy á morir. Siete años hace que fui de amores preso. Nunca más ví ni oí hablar de mi dama. Es blanca como los cisnes y como los rayos de la luna que caen sobre los cisnes y como las espumas que en las aguas los cisnes levantan. No pudo amarme, porque su corazón era ya de un esforzado caballero.

Pero le juré vivir pensando en ella y morir pronunciando su nombre. Si sanais, id un día al castillo donde vive doña Isaura de Riquier y decidla, que Beltrán el menestral fué fiel á su promesa...

*
* *

Del sol no queda sino medio disco de oro fuera del horizonte. Tarda en hundirse, como si quisiera por más tiempo alumbrar las pupilas del que antes fuera galante trovero. Grandioso y solemne es el grupo, que interrumpe de vez en cuando el silencio austero con una extraña letanía.

De rodillas el caballero, junto al moribundo, exclama:

—¡Señor, recíbelo en tu seno!

Y el pobre agonizante contesta:

—¡Isaura!

Cada vez más fuerte, como si se resumiera en su voz el grito de dolor de todo un mundo, clama el caballero:

—¡Señor, recíbelo en tu seno!

Y cada vez más débil, como si su voz fuera la de la alondra que muere al pie de las encinas contesta el menestral:

—¡Isaura!

Y un rato después, el sol acabó por hundirse dejando al mundo lleno de sombras y entre las sombras el cadáver de un poeta fiel á su promesa de amor.

Así murió un menestral. . . .

ALEJANDRO M. UNSAIN.

LOS PSEUDÓNIMOS.

(CHARLA LITERARIA).

Cierto escritor francés, cuyo nombre no recuerdo, se ocupó no ha mucho tiempo de los literatos de su época que hicieron célebres sus nombres, que no eran los propios, firmando las producciones con pseudónimos que más de una vez corregían la falta de eufonía de apellidos disonantes.

Conseguían así doble objeto: usar un denominativo rítmico y fácil á la vez de grabarse en la memoria del lector.

En el presente, tal costumbre ha llegado al auge, al punto de que la generalidad de los nombres que responden á una firma célebre, ó son fingidos, ó desfigurados, ó totalmente substituidos.

Y no sólo en literatura, en el teatro, entre actores y actrices, en pintura y en todas las ramas del arte, se hallan los conocidos con nombres que no son los que legalmente deberían usar.

Desde los tiempos en que aquel ilustre fraile español se hizo llamar *Tirso de Molina*, hasta los nuestros, la mitad por lo menos de las celebridades se han forjado á capricho el nombre con que las conocemos, nombres cortos ó largos, pero siempre sugestivos, de fácil fijación en la mente del público impresionable por el prestigio de un nombre armonioso y simpático al oído.

¿Podría haber alcanzado celebridad alguien que hubiera firmado sus producciones con el prosáico nombre y apellido de Gerolamo Rapagneta? ¿No encierra más poesía el de Gabriele D'Anunzio? Y Rapagneta se llama el lírico pirata, á quien sus admiradores llaman *exquisito*, *orfebre de la forma*, etc. Acaso D'Anunzio, firmándose con su legítimo nombre hubiera llegado á conquistar fama, pero nadie sabe cuanto tiempo habría luchado para alcanzar imponer en el mundo literario ese Rapagneta, que suena á zampoña pastoril.

El público se habitúa tanto á la *firma literaria*, que si un buen día viera firmados con el nombre verdadero de los autores, los artículos y libros que lee, se hallaría desorientado, desconociendo la paternidad de los trabajos.

Los escritores franceses, aún más egolattras que sus colegas de otros países, son los que abusan de este sistema de reclamo. Sabido es que en todas las épocas los obreros del pensamiento sufren de egolatría, creyéndose cada uno el centro del universo, archivo de la sabiduría, pontifice de la Belleza, único entre todos, pero los literatos de Francia han sido y son los que á este respecto calzan más ajustado. . . .

No nos sorprende, pues, ver que la inmensa mayoría de los escritores de ese país, usan un nombre sonoro y vibrante, siempre insinuante y armónico. Una revista literaria de Centro América dió últimamente la noticia de un originalísimo pleito que se tramitó en París, no hace pocos años, y que tuvo gran resonancia en los círculos literarios. León de Rosny, director de una escuela de estudios superiores, demandó á los hermanos Boex porque estos firmaban sus obras con este nombre: *J. H. Rosny*. Según el demandante, no había en toda Francia otra persona que tuviera derecho á usar tal apellido. El pleito se ventiló entre las bromas é ironías de todo el París intelectual, y el defensor de los hermanos Boex, M. Raymond Poincaré, hizo notar en la defensa la enorme cantidad de escritores que en esa nación usan un nombre que no es el propio; y que fallar de acuerdo con las pretensiones de M. Rosny significaría dejar constancia de que nadie podía en lo sucesivo firmar sus obras con un apellido que no fuera el legítimo. El juez sentenció en favor de los demandados, autorizándoles para que siguieran llamándose J. H. Rosny, nombre con el que son tan conocidos los exquisitos literatos. ¡Es de imaginarse lo que hubiera sucedido si el fallo se pronunciaba favoreciendo al celoso director de la escuela de estudios superiores! ¡Cuántos de los escritores franceses que son conocidos por sus pseudónimos que han hecho triunfar, con talento unas veces, y á fuerza de reclamo otras, habríanse visto precisados á revelarse con el legítimo nombre de sus progenitores! ¡Y qué de confusiones en el público! Un delicioso cuento, con argumento digno de Maupassant, y estilo de Anatole France, aparecería con firma de

M. A. Thibaut. ¿Y quién sería este buen señor Thibaut — nos preguntariamos — que de pronto lograba imponerse ante el concepto de los lectores? Pues, sencillamente *France*, con su legítimo apellido. Y una lujuriosa descripción de países raros, reseña de viajes al misterioso Oriente en el que se hablara de geisas y kimonos, de lothos, de arrozales y de lacas, de ojos oblicuos y caritas de cera, tendría al pie la firma de Julián Wiaud, de la oficialidad del «Sully», pero bien lejos estaríamos de imaginar que *Pierre Loti* se decidía á abandonar su *nombre literario*.

Y así como en la novela, en el teatro se abusa del pseudónimo. Los americanos, que tanta predilección mostramos por la literatura francesa, nos veríamos sorprendidos si un buen día leyéramos una novela firmada por Touissant, en la que se hallara la prosa vigorosa, atildada y elegante de *René Maizeroi*; y sin embargo aquel es el verdadero apellido de éste.

La lista es larga; E. Moineaux es el nombre de *M. George Courtelline*, el afiligranado autor de cuentos delicados, uno de los escritores más leídos por el público de París. *Claudio Féval* es el pseudónimo de la Baronesa de Pierrebourg. *H. Chartier*, el de Charles Merourel, el célebre novelista de aventuras.

Y llégase al extremo, en materia de pseudónimos, con Aurora Dupín, Baronesa Dudevant, la amiga íntima de Jules Sandeau y más tarde de Alfredo de Mousset, y que se masculiniza en el célebre *Jorge Sand*, uno de los más notables novelistas de la mitad del siglo XIX.

Continuando siempre entre mujeres escritoras, es notorio el pseudónimo usado por la reina de Rumania (Carmen Sylva) y menos popular, pero ya consagrado, el de *Farfalla Azurra* (en un libro de lindas poesías) y que pertenece á Elena de Montenegro, reina de Italia.

También á la inversa, algunos hombres escritores han gustado feminizarse en el pseudónimo. ¿Quién no recuerda la graciosa anécdota referida por el inolvidable Cané en su libro «En Viaje», relativa á la escritora *Eda la Bogotana*, cuyos versos entusiasmaron tanto á una intelectual dama al punto de desear conocer y besar las mejillas de tan sublime poetisa, y llegado el momento de la presentación hallóse en presencia de un negro de carnosos labios y hermosamente feo: Blanco Fombona?

En el teatro, Gabrielle Réjane, la conocida actriz, no es tal Réjane. Su verdadero apellido es Rejú, desfigurado por ella misma, por imperiosas razones de cartel.

Si hace unos meses, en *Le Figaro* de París, hubiera aparecido una caricatura sutilmente picarezca, firmada por Manuel Poirê, sorprendidos por la sutileza del ingenio y la maestría del lápiz desconocido, habríamos admirado el talento del hábil dibujante. Pero ignoraríamos que Manuel Poirê y *Carán D'Ache*, eran dos nombres diferentes y una sola persona verdadera.

Sin llegar al extremo de los franceses, los escritores de otras naciones europeas, gustan también del pseudónimo. En Italia, *Lorenzo Stecchetti*, se dió vida á sí mismo, y cuando creyó que tenía méritos conquistados para ir á dormir el sueño eterno en un rinconcito del Camposanto, en una fría tarde de otoño

«quando cadran le foglie»

resolvió su muerte, serenamente y hasta escribió su nota necrológica, la misma que insertó como portada en las ediciones de su inmortal «Póstumas». Nació así Olindo Guerrini, destinado á librar en verso las memorables batallas de «Polémica». Fué dado á Guerrini, saborear el placer ó la amargura —¿quién lo sabe?— de leer en la plenitud de su vida los elogios y las críticas hechas en los primeros tiempos, á sus melancólicos versos, porque muchos ignoraban todavía que *Lorenzo Stecchetti* era el mismo Guerrini.

De Rubén Darío, el insigne poeta nicaraguense, glorioso innovador de la rima castellana, se ha dicho que se llamaba Rubén Sánchez, hijo de Darío Sánchez y que combinando el nombre del padre con el suyo formó de los dos el que usa, musical y sonoro.

No obstante, nada de cierto se sabe á este respecto y Darío, ha afirmado, más de una vez, que usa el legítimo.

También de Amado Nervo se ha dicho en ocasiones, idéntica cosa. Si verdaderamente estos escritores usan sus nombres propios, merecen sus *padrinos*, ser recordados por la intuición que tuvieron al armonizar aquellas palabras que tanto habian de influir en el destino de los recordados poetas. Dificilmente se hallará un nombre que como el de *Amado Nervo*, corresponda

mejor al sentimiento y á las delicadezas del aflagranado escritor. . .

En el Río de la Plata, son pocos los escritores que hayan popularizado un pseudónimo al extremo de hacer olvidar el nombre propio, pues generalmente, lo han usado, y lo usan para ciertas producciones de índole tal, que no llega á borrar el verdadero. Es la costumbre española de utilizar solamente el pseudónimo como *nombre de guerra*, pero sin que suplante — como pasa entre los franceses — en todo y para todo, al nombre y apellidos propios.

Tal, en España, *Clarín* (Leopoldo Alas); *Sobaquillo* (Mariano de Cavia), en Centro América, *Fray Candil* (Emilio Bobadilla); y entre nosotros, *Sansón Carrasco* (Daniel Muñoz); *Fray Mocho* (José S. Alvarez); *Aníbal Latino* (José Ceppi), y otros muchos. También, en la época de esplendor de la llamada literatura criolla, pecaban los escritores de firmar sus obras con un pseudónimo que fingía un nombre campero y así hicieron famosos, en aquella época, los Del Campo, De María, Moratorio, Lusich y otros, pseudónimos pintorescos y apropiados á la índole de la obra que prestigiaban como *Anastasio el Pollo*, *Julián Perujo*, *Calixto el ñato*, *Luciano Santos*, etc., etc.

El único, en nuestra época, que quizá ha logrado que se le conozca en todas partes únicamente por su viril y bien apropiado pseudónimo, sin que nadie se pregunte su nombre verdadero, es Pedro B. Palacios, el soberbio y magnífico *Almafuerte*. Y es que á todos se nos ocurre, que tan gallardo príncipe de las letras no puede sino llamarse Almafuerte, ya que tiene conquistado por derecho propio, el cetro lírico de la nueva literatura americana.

Pero, en general, no hemos llegado todavía á la monomanía francesa del pseudónimo, que es casi una obsesión. Quizá no tengamos razón para desecharla, pues en verdad que un nombre sugestivamente armonioso, fácilmente recordado por el público, ayuda mucho á subir la empinada cuesta de la fama. . .

JULIO ALBERTO LISTA.

INTELECTUALES ARGENTINOS.

CARLOS F. MELO.

« A través de sus obras, ó de las enseñanzas de la cátedra, estudiaremos á los hombres que honran intelectualmente á la Argentina », prometíamos en el número primero de RENACIMIENTO. Lo hemos cumplido hasta ahora y á ese criterio seguiremos ajustando esta galería de intelectuales.

En ella se han esbozado la personalidad de los jóvenes, al lado de las de aquellos que en plena madurez de la vida, han dado al país las luces de su inteligencia y el eficiente concurso de la experiencia y la sabiduría.

Para unos y otros, este desinteresado homenaje se inspira en el noble pensamiento de asociar la revista al sentimiento de justicia que en las colectividades humanas debe vivir perennemente. Seguramente no faltarán escépticos que juzguen supérflua la tarea, ya que los intelectuales argentinos son bien conocidos en su patria y aún fuera de ella. Pero quienes piensan así no advierten que en ciertas épocas de desorientación social, es pertinente refrescar la memoria del pueblo, lanzado en la febril conquista de los goces materiales, con el ejemplo de vidas consagradas al estudio, de vidas que en la constitución de los pueblos desempeñan las mismas funciones que los centros superiores del cerebro en el individuo consciente: dirigen y encauzan los movimientos sub-conscientes de las masas hacia un fin útil á las colectividades. Por otra parte, la obra de muchos de los argentinos dignos de ser clasificados entre esta aristocracia del talento, está dispersa en libros, artículos de diarios, discursos, enseñanza en las aulas universitarias, etc., y recogerlas para descubrir á través de ellos las modalidades personales, poco advertidas por

la generalidad del público, es hacer obra útil para el presente y para lo porvenir. El Dr. Carlos F. Melo, se halla en este último caso.

Su labor intelectual es larga, y sin embargo no está consignada sistemáticamente en ningún libro. Escritor, sus producciones viven en las páginas de las revistas y diarios que las acogieron con orgullo; sociólogo, su enseñanza ha nutrido el espíritu de sus alumnos y trascendido fuera del recinto de las aulas, para delinear con contornos definidos la personalidad del maestro; abogado de nota, ha circunscripto su radio de acción, con modestia, silenciosamente, al estrecho marco de la vida jurídica de nuestros Tribunales, que tan pocas ocasiones ofrece para hacer resaltar al jurista; poeta, ha cantando en bellas estrofas, pero en la intimidad de sus recuerdos, las visiones juveniles de las verdes colinas entrerrianas que se pierden en los sombríos boscajes del «Montiel», ó las tardes estivales de las costas del Paraná, cuando arrulla la torcaza y los ceibos dejan besar sus rojas flores por las mansas ondas que mueren silenciosamente en las altas barrancas del Diamante.

Poeta, jurista, sociólogo y escritor, el Dr. Melo, armoniza admirablemente en su personalidad cada una de estas modalidades, de una manera intensiva, pero sin que jamás ninguna de ellas aparezca en su espíritu confundida con las otras en las manifestaciones de la inteligencia. De aquí la propiedad de síntesis que caracteriza la producción escrita como su exposición oratoria. Dijérase que una voluntad férrea domina al sentimiento y al cerebro, dóciles al imperio de aquella.

*
* *

¿Podrá creerse entonces que la afectación entra en parte como factor decisivo en esa poliformidad de su intelecto? No, Melo leído en el juicio que virtió en las páginas de la «Revista de Derecho, Historia y Letras» (1) acerca del sabio Berthelot, antójasele al lector uno de esos filósofos alemanes que han empapado su cerebro en las frías fórmulas de la Química, prestán-

(1) Abril, Mayo 1907.

doles calor con sus especulaciones metafísicas; hay allí una elaboración mental, intensa, profunda, alejada por entero de todo asomo de idealidades afectivas. Pero, Melo leído en una de sus páginas de «Espumas», único libro que ha publicado, libro de versos, surge el cantor de la vida, con cierto dejo pesimista, pero siempre afectivo; y Melo, oído en la cátedra de psicología, que desempeña en la Universidad de La Plata, ó en la de Filosofía del Derecho, en la de Buenos Aires, no es ni el frío metafísico alemán, ni el cantor de idealidades; se revela en ellas el erudito elegante; diserta incursionando con frecuencia en los diversos campos de las distintas ciencias, y siempre con seguridad y acierto. Sociólogo ante todo, porque conoce á fondo la Psicología moderna, se aleja de todo exclusivismo, no descuida ningún método y lo que es más difícil en un profesor de asignaturas con fundamentos tan abstractos, no se circunscribe á ninguno de ellos. Así resultan aquellos métodos utilizados como complementos de una concepción integral de las materias que dicta. Pero, sereno investigador de la verdad, va á buscarla en la trascendencia de los problemas, provocándolos y encarándolos con sinceridad, emitiendo su opinión personal. «La psíquis, « instrumento que constituye la síntesis objetiva, por una necesidad de su naturaleza es en sí, otro mundo. Es un sistema que « atrae y asimila al Kosmos y, sin su conocimiento, éste no se « podría explicar. Por otra parte, el acto voluntario, el acto humano deliberado, lleva implícito un juicio acerca de su calidad.» Y, he aquí planteados en dos párrafos cortísimos, sintéticos, de la conferencia inaugural de su curso de Filosofía del Derecho en la Facultad de Buenos Aires, dos grandes problemas por cuya dilucidación se han escrito y se escriben muchos libros.

No hay en ellos, ni el calor del poeta, ni las frías deducciones del metafísico alemán. Respiran un claro convencimiento de filósofo, que «sistematizando, ultrapasa las ciencias y sus estrechos puntos de vista particulares».

Carlos F. Melo, tiene como profesor la virtud, rara en estos tiempos, de ser sincero intelectualmente. Ya en el Colegio Nacional Oeste, donde inició sus tareas en la enseñanza hace diez años, en la cátedra de Psicología, se impuso á la consideración

de sus colegas por esa honestidad de la inteligencia que es su natural característica. Más tarde, llevado á la Facultad de Filosofía y Letras, á dictar la cátedra de Lógica, supo mantener bien alta la tradición que en ella dejara el Profesor titular de la materia Dr. José Nicolás Matienzo, una de las culturas más sólidas y reputadas. Se recuerdan todavía en esa casa sus lecciones, claras, sintéticas, expuestas con verdadero amor al estudio y en las cuales se advertía el sello personal que daba á su exposición, con ideas propias, pero sin desdeñar la de los grandes maestros extranjeros.

Allí se puso de manifiesto su método didáctico que no desdeña el análisis, antes bien lo aprovecha para llegar á conclusiones generales. El mismo sistema ha implantado en su clase de Psicología de La Plata. Alguien que ha seguido de cerca las lecciones de Pierre Janet, en Francia, afirma que el doctor Melo, á pesar de no ser médico, puede, por sus cursos, compararse con el talentoso maestro francés.

*
* *

El Dr. Melo, es de los que aman la Historia de su patria y no sin duda con el amor de los que buscan solamente en ella felices emociones al leer las grandes hazañas de nuestros antepasados.

La ama porque ella es fuente fecunda de enseñanzas para la ciencia política. Pienso que así debería interpretársela en todos los casos. En «La Sugestión Universal», tesis que presentó en 1897 para optar al título de Doctor en la Universidad de Buenos Aires, y la que inspirara un brillante artículo elogioso á uno de los diarios mejor escritos en aquella época—diario donde ni de vista conocían á Melo—se reveló conocedor perfecto de la evolución política argentina, orientada en la sugestión de la naturaleza primero, en la individual más tarde, hasta el presente en que esa sugestión es netamente social-individual. Su tesis, meditada en largos días de observación de nuestras democracias inorgánicas comparadas con el pasado caótico, fué escrita en *cinco días*! Cada oración en ella resume un hermoso pensamiento. Cada página es argumento para un libro, que no se ha escrito, que debe escribirse con el elevado criterio de los que dejan de lado pasiones, afectos y odios hacia las figuras culminantes del pasado.

Ni uno sólo de sus escritos y discursos políticos deja de contener el breve juicio histórico que justifica la argumentación de sus creencias. Hace seis años, combatiendo la tendencia arraigada por tradición en los hábitos políticos argentinos, de que la fórmula presidencial debe completarse siempre con un hombre de Buenos Aires y otro del interior, publicó un notable artículo en el que demostraba que si ello tuvo razón de ser por razones económicas y geográficas en las épocas de aislamiento de las ciudades del interior, esa razón ha desaparecido en el presente porque «el hombre que llega al más alto cargo en el gobierno de nuestra sociedad, no va á él á representar al litoral ó al interior: es el presidente (ó vicepresidente en ejercicio), de la Nación, el encargado de velar por los intereses y la cultura colectivos, y no le es permitido llevar en su corazón sentimientos localistas, nacidos al calor del «aislamiento que estrecha los límites del patriotismo» (Sarmiento).

Perduran todavía los ecos de su discurso político pronunciado en esta capital, en una asamblea partidaria. En aquél trazó á grandes rasgos, pero firmemente, la desviación sufrida por el concepto constitucional desde la definitiva organización del país, por causas netamente sociológicas. Y la ejemplarización de la enseñanza de la Historia Argentina en los problemas de mayor magnitud que preocupan á esta República, la vierte cuando escribe de educación superior ó expone en conferencias públicas sus ideas en cuestiones internacionales. En una ocasión solemne, dijo en un discurso pronunciado en la Universidad de La Plata, que si esa institución «ha ido más allá de la patria (á Chile) á trabajar por la unión permanente de los hombres que habitan la América, sustituyendo sus relaciones políticas, superficiales y cambiantes, por relaciones mentales que no se disuelvan ya, no debe olvidar que para asegurar la eficacia de su propaganda, es indispensable que desaparezcan las contradicciones internas de la sociedad en que se mueve. Esta conformidad del pensamiento argentino consigo mismo, esta «consolidación verdadera y última de la paz interior,» debe ser el primer objeto de nuestras atenciones y de nuestro esfuerzo».

La actitud de Bolivia ante el laudo arbitral del Presidente Argentino, le inspiró un noble movimiento de protesta exteriori-

zado en su actitud de conferencista. Nadie mejor que el Doctor Melo había estudiado hasta entonces, públicamente, los antecedentes históricos del viejo pleito de límites entre Perú y Bolivia y las vinculaciones históricas de ésta nación con la República Argentina.

Y esas conferencias—una de las cuales honró las páginas de RENACIMIENTO—encierran un espontáneo alerta á la diplomacia argentina, diplomacia que está desarmada porque carece de altos pensamientos de gobierno, y más que todo, porque refleja la ausencia de preconceptos hostiles en el alma de este pueblo, contra las demás naciones americanas. La historia le ha servido de maestra para encarar históricamente la política del Brasil en sus miras de hegemonia continental. Sin ocultaciones ni recato ha expuesto desde la columnas de la prensa periódica, cuáles son sus opiniones respecto á la nación *amiga* con tendencias imperialistas.

Es que el Dr. Melo, cuando contempla el país en su política interna, ó cuando lo sigue en la que desarrolla en el exterior, lo hace con espíritu de sociólogo que sabe que el dinamismo es ley suprema en la vida de los pueblos.

*
* *

Queda todavía otra faz del Melo intelectual, acaso la más ignorada, pero no por esto la menos interesante. No aparece ella ni á través de sus escritos, ni de sus enseñanzas de cátedra. Es la del Melo optimista. Encontrar en esta época de precoces se-nectudes, un hombre que crea en los éxitos legítimos de la vida; que infunda ese credo en las almas que acarician pristinas ilusiones y las aliente trasmitiéndoles un poco de su fé y muchas de sus esperanzas, es un verdadero fenómeno entre nosotros, donde se hallan á cada paso los oradores que predicán la conquista por el propio esfuerzo y al siguiente día claudican sus ideales para gozar de los sensualismos en los cargos oficiales; de aquellos que, maestros, alientan al discípulo á perseverar en la tarea, y llegado el caso de tributar justicia á su inteligencia, obstaculizan su camino, porque temen acaso ver obscurecida la efímera sapiencia que les ha permitido destacarse en una socie-

dad como la nuestra pródiga al exitismo. Melo, amigo de la juventud estudiosa, es sinceramente optimista. El cree en su triunfo definitivo, por eso es el profesor que mayores prosélitos ha conquistado excátedra.

RENACIMIENTO es, hasta cierto punto, un hijo de ese su optimismo. El sembró la idea de su existencia y tal vez es uno de los que afirman su éxito. Cumplimos, pues, también, una deuda de gratitud al recordar el nombre de su primer iniciador.

Yo he creído encontrar este desmesurado amor á la juventud en su temperamento artístico, orientado netamente en la admiración de la Naturaleza. ¿Y qué es la juventud, sino naturaleza que todavía no ha sufrido los embates de las tormentas y los huracanes?

Ama á los árboles y á las plantas; busca entre ellos la quietud para moldear sus grandes pensamientos de escritor y para saborear las bellezas de los artífices de la forma literaria. Ama á la juventud inteligente porque ella es vida fuerte y sin máculas.

Es un religioso de lo puro y de lo bello.

FLORENCIO CÉSAR GONZÁLEZ.

LAS NUEVAS TABLAS DE LA LEY.

Poeta: Cuida de tí más aún que de tu Obra;
y púlete como si fueses un Verso.
Apolo no sólo hace la belleza,
sino también es bello.

Acicala tu traje de elegancia sencilla
como la toga de un patricio griego;
ríete de la filosofía de los andrajos
y del romanticismo de los enmarañados cabellos;
y si gustas de que las mujeres te amen,
ámate á tí mismo primero.

Sé artista antiguo, si te place, en tu Obra,
pero en tu Vida aprende á ser hombre moderno:
así los demás hombres
te respetarán como á Orfeo,
porque los igualarás en la Vida
y los superarás en el Pensamiento.

Haz que tu Vida sea misteriosa:
no hay nada más atractivo que el misterio;
y, en sus complicaciones, no aparezcas
con la fatuidad de ser malo, y la debilidad de ser bueno.

Tu alma debe ser como una joya
en el varonil estuche de tu cuerpo;
y piensa, siente y quiere en tí mismo,

sin gobernarte por el gusto de los plebeyos:
las montañas están encogidas de hombros
ante el qué - dirán de los truenos . . .

Lo que sueñes como Poeta, realizalo como Hombre;
y así versificarás tu Vida y vivirás tu Verso.

Tres signos de raza
marca en tu credo:
sé soñador como el Latino,
como el Germano profundo y como el Sajón enérgico;
y yo te juro, entonces, por los manes
de Goethe y Leonardo y Petronio y Lucrecio,
que habrás vivido tu arte con una Vida
tan grande como el Mundo y tan eterna como el Tiempo.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

1909.

CONVALESCENCIA.

En el jardín soñaba que mi ágil mecedora
Era un buque singlando diez mil leguas por hora;
Mi fiebre era una llama que en el cerebro enfermo
Tremaba ante las brisas del parque de Palermo.

De la gran Buenos Aires me llegaba el bullicio
De ruedas, cual de huesos quebrados por el vicio;
Y allá sobre la pampa, entre un azul lechoso
La luz bordaba velos de silencio glorioso.

Paró la mecedora cuando senti mi pulso
Absorto ante el gemido de un tren; y yo convulso
Vi entre el Sol y mi sangre el opaco puntito
De una mosca escribiendo el signo de infinito.

EDUARDO TALERO.

REVISTA DE REVISTAS.

Revistas Americanas.

Revista de Derecho, Historia y Letras.—Buenos Aires, Enero 1910.

¿Petrarca plaguario? — Con una prolija documentación el Sr. R. Monner Sans publica un estudio sobre la duda que existe de si el glorioso cantor de Laura es ó no plaguario.

Esta duda nació en el autor del estudio referido, hace ya algunos años, y á raíz de la lectura de la monumental obra del Conde de la Viñaza, titulada *Biblioteca Histórica de la filosofía Castellana*, en la cual pudo ver, por primera vez al llegar á la página 39, la noticia circunstancial y detallada de *La Crusca Provenzale*, de D. Antonio Bastero, que el inmortal Petrarca era, más que un plaguario, un servil traductor del poeta valenciano llamado Mosen Jordi, criado en la Corte del Rey D. Jaime el Conquistador.

Discretamente, el Sr. Monner Sans transcribe una cantidad de datos adquiridos en diversas fuentes en pró y en contra de la referida sospecha. Hace paralelos de los versos del célebre presunto plaguario, con diversos poetas provenzales, y con ellos la duda se arraiga en el espíritu del lector.

Petrarca, que fué posterior al poeta valenciano de quien se le supone plaguario, conocía bien la lengua de los trovadores provenzales, desde que hizo sus estudios en Carpentras, cerca de Aviñón, de donde pasó á Montpellier. Para dar consistencia á esta noticia, recurre el Sr. Monner Sans á Lord Macaulay, el notable crítico inglés, quien dice en el juicio que escribió sobre el hoy discutido poeta italiano, que «fueron los poetas provenzales los maestros de Petrarca; pero ellos escribieron en una época que no podía comprender cuanto valían, mientras que en su imitador alcanzó la que en las obras escritas en la lengua materna comenzaban á llamar la atención de las gentes».

El Sr. Sans no se decide categóricamente á afirmar en su estudio la veracidad de esta imputación, y dando á conocer, con tal motivo, una serie de noticias de sumo interés para los que se dedican á esta clase de especulaciones literarias, prudentemente se concreta á decirnos, como el título lo indica: ¿Petrarca plaguario?

Aplicaciones militares del aeroplano. — Es el tema del día. Se discute y se escribe mucho sobre la cuestión aviación. El Comandante Maligne se ocupa ahora, y lo hace con admirables conocimientos técnicos, de las aplicaciones militares del aeroplano. Estudia con detención el asunto, citando ejemplos, y al referirse á las ventajas que pueda tener en las aplicaciones militares del nuevo invento, llega á esta conclusión, sabía si se quiere. «en el actual momento exageramos casi todos, movidos por un sentimiento paralelo al del tradicionalismo ó la rutina: el snobismo, que consiste en pasarse ante cualquier novedad y encontrarle consecuencias extraordinarias que sólo el tiempo nos demuestran que eran imaginarias.»

No cree que se hubiera progresado lo suficiente, si bien hay mucha diferencia, desde que se lanzaron los primeros aerostatos, ó globos, los de Montgolfier, de Charles y Robert en París en 1783, y los de hoy, los dirigibles, de Renard y de Zeppelin.

Historia el proceso de la aviación, cita nombres, así como el resultado obtenido en Europa por todos los que se han dedicado y continúan dedicándose á tan arriesgada empresa, demostrando—como decimos—profundos conocimientos técnicos.

Francesas.

La Revue.—París, Diciembre 1909.

Un Centenaire.—Autour de l'invention des lunettes d'approches—por Camilo Flammarion.

En un extenso artículo el sabio francés estudia el origen de los llamados anteojos de larga vista, á cuya invención, dice, se debe el primer paso dado por la humanidad en la conquista del cielo, y sin cuya invención, al parecer insignificante, pero en realidad maravillosa, no conoceríamos todavía nada de los misterios del universo.

El año 1909 fué festejado en el corazón de todos los astrónomos del mundo que se interesan en la historia de la ciencia á que se consagran, por haber sido el tercer centenario de la fecha inolvidable en que por primera vez un habitante de la tierra dirigía al cielo un anteojo y ese lo fué Galileo, quién tenía entonces 45 años de edad, siendo profesor de matemáticas en Pádua.

Nos hace conocer el orden en que fueron descubiertos los planetas con fechas y circunstancias, á la vez que opiniones de diversos maestros en la materia, especialmente de Pierre Borel, consejero del Rey de Francia, de quien posee en su biblioteca un libro impreso en La Haya en 1655, titulado *Da vero telescopii inventori* del que publica algunos párrafos, en uno de los cuales, Borel afirma que el verdadero inventor del telescopio es Zacharie Joannides.

Analiza y comenta los progresos alcanzados mediante la combinación de cristales, desde trescientos años atrás, refiriendo curiosos datos al respecto, hasta llegar á los telescopios que hoy se usan en los observatorios astronómicos.

Sin embargo, el sabio francés no está al parecer satisfecho con los adelantos alcanzados por esta ciencia, pues termina su hermoso estudio afirmando que en estos mismos momentos vivimos en medio de cosas y fuerzas ignoradas destinadas á transformar un día las artes, la industria y la ciencia, como quien dice al simple golpe de una barita mágica, imposible de preveer.

Parmi les Saints et les Poscédés á Paris. — *Mme. Philippe de Nérý.* — Esta dama, á quien «La Revue» encomendó la iniciación de escribir sobre las pequeñas sectas religiosas que existen en la actualidad en París, ha comenzado su tarea, publicando en el último número de esa revista un interesante artículo, como primera parte de un trabajo que anuncia será de alguna extensión.

Empieza con el Gnosticismo, recordando la sesión que en casa de Lady Gaitheness, duquesa de Pomar, tuvo lugar en 1889 y á la cual concurrieron algunos personajes de elevada alcurnia.

Allí se abogó por el restablecimiento de la *herejía* condenada por los Concilios. Señala los progresos que ella alcanza subterráneamente haciendo prosélitos entre mormones, cuáqueros y jausenitas de San Cir. Recuerda el *medium* que ponía en relación á los asistentes á aquella reunión con los obispos de la «Iglesia del Paraceto» y por cuyo intermedio habló el espíritu de Gilhabert de Castres quien pidió á uno de los presentes en la reunión (M. Doynel) fundara la referida iglesia. Sabido es que esta se halla ubicada en un edificio sombrío situado en una calle lindera á la montaña de Santa Genoveva. He aquí el originalísimo mito del dogma de esa secta:

El mundo tal cual está con todas sus imperfecciones, no puede ser la obra de Dios sino del Demiurgo, y por eso las Almas se hallan aquí pagando el pecado original. Hay un pensamiento silencioso que atormentado por el mal del saber, se lanza al infinito, pagando con su caída semejante audacia. Este pensamiento es Sofia y desde entonces, las Almas ligadas á la materia y vagando por entre las multitudes de las formas van exhalando una eterna lamentación. Lloran una patria perdida y el hombre es así «un Dios caído que recuerda constantemente al de los Cielos.»

Pero Dios perdonó, y Cristo en forma de hombre, devolvió á Sofia á su origen divino y desde allí, aunque incompleta, ella no cesa de actuar en este mundo que ha sido maldito.

Sofia es una ninfa misteriosa que, en cierto bosque, el de Aricio; dicta sus leyes al sabio Numa; la Diotima que confiere á Sócrates la iniciación en los divinos preceptos del amor y de la belleza. Simon el Mago, la descubre oculta con el nombre de Helena entre las prostitutas de Tiro, y simbolizando el cordero perdido. Convertida en Pudentilla, inspira á Apulcio, etc.

En las edades góticas, cuando el influjo demoníaco invade los conventos, afirman los gnósticos, fué la divina Juana de Arco dócil á las órdenes divinas, y la misma Roma reconoció su santidad.

Y ya en tiempos más modernos ella se encarnó en la exquisita Mme. Guyon, que fué la luz en el pensamiento de Fenelón y vivió en el alma piadosa de Juana de Chamtal, mística esposa de San Francisco de Sales.

Virgen de la luz, del Paracleto, tercera hipóstasis divina de la Trinidad, es la dulce Señora del Espíritu Santo y á la tierra ha de tornar en toda su plenitud, convertida en Mesías del amor y encargada de completar la obra del Padre y del Hijo; la gnoscia vive esperando tan glorioso advenimiento.

Es una glorificación de la mujer en la cual la teología ha llegado donde ni los más avanzados pesimistas han soñado en llegar.

En la Teogonía gnóstica, los Eones son ideas, nunca van solas, pues cada Dios tiene su compañera femenina. Dante los ha señalado: «son los Dioses que van unidos».

En las ceremonias, las luces se encienden; el santuario aparece cubierto de rojo y negro; el Patriarca, revestido de capa violeta, toma el pan y la copa y los bendice. . . . En el silencio de la capilla, llega desde la cúpula hasta los asistentes ligeros arrullos de tórtolas prisioneras. Y á través de las modulaciones de sus cantos se adivinan las dulces inflaciones de sus cuellos apasionados. Estos quejidos que alternan con los versos griegos y franceses de la liturgia, dan al lugar en tal hora un marcado carácter simbólico.

Esa Iglesia gnóstica, sueña en un futuro glorioso. Pero lo curioso es, que en la comunicación al gobierno en 1906, pide se le reserve para ella la iglesia de *San Etienne de Mant*, para el caso en que á la iglesia católica se la despojase de ella.

En seguida la articulista estudia á la secta Irvingia, también con iglesia en la calle François-Bonvin.

A esta secta le dió su nombre Eduardo Irving, un escocés del siglo XVIII, predicador y pastor, quien ha anunciado el segundo retorno de Cristo. Esta secta de los irvingianos tiene adeptos en Inglaterra, Alemania, Suiza y Estados Unidos. Los sacerdotes y diáconos de esta iglesia son casados y todos los adeptos habitan en París cerca de su iglesia constituyendo un barrio pacífico.

Qué son ellos?

—Descendemos directamente de Cristo, dicen, y de sus apóstoles.

No tienen Papa y viven en ese barrio alejado del París inmenso, porque «donde el Diablo reside, Dios no puede habitar»; estos son sus términos.

No creen en la Asunción de la Virgen, lo que califican de invención.

Mme. de Néry, promete páginas interesantes acerca de los Poseídos de París.

Revue des Deux Mondes.—París, Diciembre 1909.

La doctrine vitaliste de la vie, por Grasset.—Interesante estudio del conocido maestro Grasset en el que defiende á la teoría recientemente pronuncia-

da que separa completamente la existencia vital de los cuerpos brutos y distingue netamente los fenómenos biológicos de los fenómenos psicoquímicos.

A este concepto, se opone el de los *monistas*, para quienes la biología no es más que un capítulo de la physicoquímica, transición insensible entre los cuerpos brutos y los seres vivientes. Grasset combate esta teoría, sosteniendo con ejemplos de la vida misma, su inconsistencia, pues falla aquella en la *digestión* y en la reproducción, por ejemplo.

Es un trabajo digno de leerse porque el aludido maestro nos revela nuevas observaciones fruto de sus profundos estudios científicos.

Españolas.

La Lectura.—Madrid, Diciembre 1909.

Revista Geográfica, por *Antonio Blazquez*.—En esta ojeada, que el autor titula reseña geográfica, se consignan datos relativos á diversas regiones del globo, diferentes entre sí y apartadas las unas de las otras. Empieza el estudio por la Escocia septentrional, cuyo desenvolvimiento industrial ha permanecido estacionado comparado con la Escocia meridional. Son dos regiones físicamente diferentes. La falta de carbón y las dificultades que presenta el transporte de este combustible por la aspereza del terreno, es el principal óbice á su progreso industrial. Sigue produciendo trigo y lana, el necesario para el consumo local y para satisfacer algunas industrias del país, tales, por ejemplo, la fabricación del whiskey; la lana para la exportación. Tiene la Alta Escocia una reserva inagotable de fuerza hidráulica que no es aprovechada ni siquiera para la iluminación eléctrica, lo que sería bien fácil, dado la abundancia de saltos y cascadas existentes en el país.

Muchas poblaciones no tienen teléfono y son alumbradas primitivamente.

—De la Persia hace una breve descripción de los movimientos políticos ocurridos en 1908, que dieron por resultado el restablecimiento de la constitución y que sin embargo no ha conseguido la pacificación del país.

—China no ofrece otra novedad que el progreso en sus líneas férreas. El camino de hierro de Yunnan, abierto hasta Mongtse el 15 de Abril, ha ido adelantando hasta llegar en Agosto al kilómetro 350. En Diciembre estaba ya para llegar á Yunnansem.

—Las geisas es el asunto que ha seducido á Blazquez de todo lo digno de mención existente en el Imperio del Japón. Aquellas hermosas jóvenes no son únicamente bailarinas, sino cantantes y músicas, y aún más, egresan de las escuelas donde se les enseña el arte de agradar y representan la esencia más refinada de la gracia, de la distinción, de la belleza y de la elegancia. Las geisas van acompañadas de tocadores de *sami sens* y *cottos*, instrumentos de cuerda. A su compás ellas bailan y cantan. Las canciones son

melancólicas y de una tonalidad monocorde. Son célebres las geisas de Kio-to. Agrega el Sr. Blazquez que no todas las geisas son cortesanías.

A los veinte años de edad dejan de ser geisas. Tal vez por esto son encantadoras, tienen el talento de retirarse á tiempo del mundo de la alegría en que viven en la mejor edad de la vida.

—Un coronel Manju, ha concebido la idea de crear en el Centro del África un ejército de 70.000 negros para utilizarlos en la defensa de las colonias de Argelia.

Agrega el articulista que su proyecto no ha sido bien acogido en Francia.

—Las crecidas periódicas del Nilo, ha sido relacionada por muchos autores con la aparición del planeta Sirio. Blazquez hace una afirmación contraria y para ello no necesita de engolfarse en hondos problemas de geografía astronómica. El Nilo comienza á crecer el 10 de Junio, que no es el del Solsticio, como han afirmado aquellos autores: primer error, pues. No todos los años se verifica en igual fecha como puede fácilmente comprobarse con los datos recogidos y publicados en el gráfico que acompaña la obra de Reclús (Geografía Universal) y en Reclús se apoya el articulista para llegar á la conclusión antedicha.

El error de haberse relacionado el crecimiento anual del Nilo con la aparición de Sirio proviene de mala interpretación de las lecturas consignadas en los monumentos egipcios de la antigüedad. Estos egipcios del pasado nunca hicieron cálculos exactos, ó también puede ocurrir que cuando estos han escrito *Sothis*, no se han referido á *Sirio*, interpretando mal la inscripción los *egiptólogos* de las épocas modernas.

—En Túnez la estadística del registro civil constata la evidente disminución de musulmanes y el aumento de población vegetativa de judíos. Mr. Zauché, delegado indígena, estudiando el fenómeno cree encontrar en la miseria fisiológica de los musulmanes, producida por la decadencia de sus industrias, la causa de la disminución. Mientras tanto este porcentaje desfavorable, parece no alcanzar á los israelitas, quienes se ayudan entre sí y disminuyen así sus privaciones. El gobierno francés ha nombrado un funcionario con la misión de investigar y remediar el mal.

—Consigna el Sr. Blazquez una estadística de la navegación en los puertos del departamento de Orán en 1907.

—En otro párrafo de su artículo consigna datos estadísticos sobre los diferentes grupos de población de algunas principales ciudades de Estados Unidos, especificando los de Chicago, donde se cuentan catorce grupos de más de 10.500 individuos, perteneciente cada uno á nacionalidades y razas diferentes.

Como dato sugestivo consigna al final de esta parte, que en Nueva York hay más italianos que en Roma (500.000); y en Pittsburgo más servios que en Belgrado, capital de Servia.

—Los fenómenos sísmicos de California han creado una nueva isla en el mar de Bering, archipiélago de Bogosloi. Son ya tres las existentes en él, y todas de origen volcánico.

La constitución geológica de la nueva isla es de lava rugosa y el suelo está tapizado de pequeños cráteres.

Otros puntos de geografía económica toca el Sr. Blazquez, con datos interesantes.

El artículo, como se ve, puede ser tildado de falta de cohesión, pero la forma sintética de su exposición y los datos novedosos que él contiene señala un nuevo género de exposición que encontrará lectores en esta época en que tan de prisa se vive.

Italianas.

Natura ed Arte.—Noviembre 1909. Milán.

La curiosità dei fanciulli, por *Lino Ferrari*.—Páginas de psicología infantil en las que con buen acopio de observaciones demuestra su autor que nada hay de pueril, bien mirado, en el mundo de los niños. Al efecto, nos demuestra que la pregunta más simple, más ingénua, aparentemente más insignificante, puede por el momento, por el lugar en que fué hecha, tener una importancia verdaderamente excepcional para el observador que descubre en cada uno de esos plegadizos de la psiquis infantil todo un mundo de revelaciones futuras.

Cree el articulista, y en esto estamos completamente de acuerdo, que la respuesta á una pregunta intempestiva de un niño es un problema harto difícil. Y en realidad que así es, porque contestar á un niño una cosa venal, inoportuna, puede tener consecuencias no tan fáciles de suponer.

No tenemos ahora presente quién decía en un meditado estudio sobre la educación de la infancia, aparecido en *La Nación*, más ó menos estas palabras: que la educación del hombre era una complicadísima red de impresiones recibidas en su infancia. Por eso creemos también que, más que la escuela, debe ser el hogar el encargado de educar.

La mente del niño es una especie de placa fotográfica virgen en la que se graban las imágenes que objetiva. Estas con el tiempo se vuelven, digámoslo así, más claras, á medida que el niño evoluciona mental y físicamente, y de ahí que, el que ha impreso malas «imágenes» sea de hecho malo y pernicioso á la colectividad. ¡De cuántos males no se salvaría á la sociedad si todos los padres se compenetraran de ciertas verdades que parecen insignificantes á la simple vista! Toca á la divulgación de ciertas elementales nociones de psicología infantil la tarea importantísima de elaborar el bienestar futuro.

La curiosidad—dice el psicólogo italiano—es instintiva en el hombre, por cuanto se cree generalmente que conduce al saber, y es más pronunciado en el niño, especialmente en los de inteligencia desarrollada. Un niño que no es curioso—prosigue—es necesariamente víctima de alguna anormalidad

en su organismo,—entendiéndose que tratamos en el campo psico-mental de la curiosidad, que tiene impulsos naturales. Un niño que no demuestra ser curioso no tiene el intelecto despierto, que quiere decir también se libran en él escasas energías psíquicas: la apatía, la indiferencia por cosas ignoradas que debieran sugerirle preguntas que lo informen, demuestran claramente la pobreza de sus fuerzas intelectuales. Por eso los que se preocupen del alma infantil con la consagración que merece, deben hacer lo posible por extinguir esa apatía, excitar con arte y amorosa paciencia el desarrollo de las facultades mentales y psíquicas azuzando esa curiosidad que contribuirá grandemente al completo despertar del intelecto del niño.

El autor del artículo que nos ocupa recurre á la opinión de muchos psicólogos y pedagogos formando con todo un interesantísimo estudio de psicología infantil, mirado bajo muy diversas é importantes fases.

Otras revistas. — Han llegado además á nuestra mesa de redacción las siguientes revistas :

La Ilustración Sud-Americana, N.º 409, Buenos Aires.

Nosotros, Enero, Buenos Aires.

Exito Gráfico, Diciembre, Buenos Aires, con artísticos suplementos en colores.

Athinae, Noviembre y Diciembre, Buenos Aires.

Ars, Enero, La Plata.

El Monitor de la Educación Común, Diciembre, Buenos Aires.

Boletín de la Universidad de Santa Fe, Diciembre, Santa Fe.

Boletín de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas, Noviembre, Washington.

Nuevos Ritos, 15 Diciembre, Panamá.

Literatura y Arte, 15 Diciembre, La Paz (Bolivia).

Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines, Diciembre. La Plata.

La Revue. 1.º Enero Paris.

Boletín de la Instrucción Pública. N.º 9 y 10. Buenos Aires.

LA DIRECCIÓN.

BIBLIOGRAFIA.

Argentina.

Alberto Ghirardo, por *Juan Mas y Pi*. — En un folleto de cien páginas el señor Mas y Pi estudia la obra, la acción, la inteligencia y el alma de Ghirardo. Toma al poeta en su adolescencia y le sigue en sus sentimientos y en su labor hasta la época actual, adelantando conjeturas sobre libros que aún permanecen inéditos. Le estudia con afecto y con más entusiasmo que serenidad. Tratándose de Ghirardo se explican todos los entusiasmos, en pro y en contra. El poeta ha hecho de su arte, de su creencia y de su corazón una bandera y lucha por ella entregándose entero, con un apasionamiento simpático y viril.

Hubiéramos agradecido al señor Mas y Pi que nos diera algunos datos más acerca de los motivos que contribuyeron á formar el alma rebelde de Ghirardo. Desearíamos conocer la infancia y la adolescencia de este joven Satán que va gritando en su fuerte clarín de bronce el desmornamiento del régimen actual y la aparición de la futura aurora.

Seguramente Ghirardo dobló el Cabo de las Tormentas á una edad en que la mayoría de los muchachos se contentan con ser románticos pescadores de estrellas. El debió haber mirado hondo y lejos. Quizá hundió sus grandes pupilas azules en la profundidad de muchas almas y allí vió las rojas cicatrices que después cantaron sus estrofas en versos violentos. Quizá acarició con dolor á su primera mariposa ó contempló la muerte de su primer cisne en el lago de plata.

Una gran tragedia ó un grande desprecio — que nosotros no tenemos derecho á averiguar — debió de ser, en el origen, la chispa propagadora del incendio.

Ghirardo, más que ningún otro artista americano, ha puesto en su obra padazos de él mismo; ha escrito con sus amores y sus odios y ha señalado el camino de lo que él cree que es la vida mejor. No compartimos las opiniones del poeta, aunque tengamos por él mismo el más alto respeto. Y si alguna vez nos parece que el artista marcha por una senda equivocada, admiramos al hombre que se arroja sólo, en la gran caravana de la vida, llevando en su diestra su propio corazón.

El señor Mas y Pi ha sido más amplio en su modo de juzgar y aplaude sin reticencias. Hace bien. Discutir la obra de Ghirardo sería discutir á

Ghiraldo mismo, y convencerle de que está en error sería quitarle su ideal más caro. Y quitar á un hombre su ideal es como robar á un niño sus juguetes. Se pueden discutir las ideas, pero no deben ponerse los afectos en tela de juicio.

En la mayoría de los artistas hay dos personalidades distintas que generalmente actúan obedeciendo á motivos antagónicos: el hombre que piensa y el hombre que siente. En Alberto Ghiraldo no es posible hallar tal dualidad porque uno no sabe donde comienza su corazón ó donde acaba su cerebro. Lo que en cualquiera otro sería un encadenamiento lógico de ideas llevadas á sus últimas conclusiones con un análisis minucioso y frío, en Ghiraldo es un torrente que se desborda ó un cielo que se abre. Su estrofa es el hombre y su himno habla á la humanidad.

El no entiende las cosas á medias. Si fuese un titán agarraría la tierra por sus ejes y la colocaría á la altura de los astros. Me parece ver á este hombre culto, fino y suave haciendo resonar sus cascos de centauros sobre el camino de oro de la Vía Láctea.

Sueña con un mundo en donde no se conozcan las lágrimas ni el hambre. Pide para todos los que sufren con la tenacidad con que pediría para él mismo y halla una alma fraterna en cada pobre diablo que gime ó llora. En otra época su sed de justicia habríale llevado al cadalso y en tiempos del Nazareno hubiera muerto en una cruz.

Es un angel rebelde. Tiene alas; y aunque pudiera cernir su vuelo sobre las más altas montañas, prefiere andar á pie hasta el día improbable en que todos los hombres vuelen también. Ha podido echarse en tapices de raso, pero opta por cantar desde la dura tarima de la cárcel... Y el canto del ave prisionera suele ser el más dulce.

Así como los burgueses tienen acciones en todas las compañías que producen dinero, Ghiraldo tiene acciones en todas las empresas que siembran ideas.

Una de sus fuerzas como director de multitudes es seguramente la nobleza de su rostro y la serenidad de su actitud. Sus compañeros pueden verle el alma con sólo mirar en el fondo azul de sus pupilas. Sus ojos tienen la expresión dulce y convencida de los hombres muy fuertes. Nadie dirá al escuchar su voz lenta y un poco amortiguada que el poeta posee una voluntad capaz de realizar todas las acciones increíbles y que su propio corazón tiene la fuerza explosiva de la dinamita. Su altivez sólo puede compararse á su talento. Si debiera optar entre el sacrificio ó la más leve modificación de sus ideales presentaría su cuello á la guillotina sin otro gesto que una suprema piedad por la inconsciencia del verdugo.

Nosotros le hemos oído hablar alguna vez de las persecuciones é injusticias de que ha sido objeto y jamás ha brotado de sus labios una frase agresiva ó una expresión de odio. Cuando mucho ha tenido una palabra de profunda conmiseración para esa gente que discute sus ideas negándole el derecho de expresarlas.

Se dice que Ghiraldo es un « elemento peligroso » y que constituye una

constante amenaza por la apasionada vehemencia que pone en la realización de sus anhelos. Quizá. Pero si procediera de otro modo, sería sencillamente incomprensible. Para abrirse camino es necesario derribar á hachazos los árboles del monte; porque todo lo que se opone al ideal absoluto de un hombre debe ser anonadado con absoluta impiedad. La razón no estará nunca de parte de los güelfos ó de los gibelinos porque en cuestión de ideal todos los valores son iguales.

Así parece entenderlo el señor Mas y Pí y así lo comprendemos nosotros también.

Y si no nos inclinamos ante la prédica constante de Ghiraldo, porque no compartimos su modo de pensar, aplaudimos sin ambages al poeta fuerte y noble que á semejanza de los paladines extinguidos ha puesto su ideal en la cumbre inasequible. Y hacia allá va.

El cascabel del halcón, por *Enrique Banchs*. — Es un libro fuerte, lleno de juventud y de sana alegría que va infiltrándose en el espíritu como un vino generoso que se hubiera bebido con exceso. Se ha dicho por ahí, á raíz de obras anteriores, que el autor buscaba su inspiración en la fuente honda y un poco pérfida de Heine y en la no menos honda y clara de Gustavo Becker. Creemos que la afirmación es inexacta. La musa del señor Banchs viene de países más lejanos, y aunque á veces llegue en traje de romero á golpear las sonoras puertas del romance y á recoger allí fruta sabrosa y sana, es fácil sospechar que ha recorrido un camino más largo y que ha hecho sus estaciones en el huerto de Virgilio y en la cabaña pastoril de los primeros bucólicos.

En sus composiciones no hay cabreros ni ovejas blancas y ningún pastor jura por Polux antes de dar á su rival vencedor el queso fresco ó la leche de la cabra recién parida, pero en cambio hay en todos y en cada uno de los versos la alegría de la vida sencilla y campestre, algo de aquellos buenos tiempos en que el hombre, rudo aún, tenía el derecho de echarse de espaldas en el suelo para recibir sobre su cabeza la luz de la buena luna ó la penumbra de las buenas estrellas.

Y hecha esta observación que creíamos necesaria por más de un concepto, vamos á otra sobre la que, ó no se ha dicho nada, ó se ha insistido poco.

El señor Banchs es quizá el único de nuestros poetas que antes de sentarse á su mesa de trabajo tiene la noción clara y precisa de lo que va á decir y que en versos más ó menos perfectos expone su idea fundamental sin dejarse llevar por las exigencias del metro ó por el yugo de la rima. De ahí que todas sus composiciones tengan una idea madre que las justifica y que su verso sea un modo de manifestar su pensamiento y no una manera de ocultarlo ó de simular que lo tiene.

Sus estrofas no siempre son brillantes y á veces su técnica peca de ciertas imperfecciones que no aminoran el valor del poeta desde que todos sabemos que se puede llegar á la absoluta perfección de la forma con un

poco de esfuerzo y con una continuada labor: por ahí andan muchos escritores cuyo único mérito consiste en eso. Pero este solo título no basta para consagrar poeta á nadie.

Se puede tener el arte de rimar con difícil facilidad todas las palabras del diccionario ó de reunir en media docena de carillas otro número igual de metáforas que vayan como golondrinas de oro llevando con sus aletazos el ritmo del verso; se puede dominar el idioma hasta el punto de hacer servir á cada palabra como la nota de una melodía cuyo conjunto será ó no armonioso; pero no se debe utilizar jamás el verso como una simple manera de producir sonidos musicales porque es torcer el ideal de la poesía y poner á esta misma en competencia inútil y desventajosa con otro arte completamente distinto.

No sólo es poeta el que hace versos, sino el que piensa, siente y dice las cosas en la forma más noble de expresión que puede usar un hombre. Nadie negará á Chateaubriand un título que lleva con tanto ó igual derecho como el mismo Hugo; y sin embargo, es bien escaso el número de versos que escribiera el padre de René.

El señor Banchs, escribiendo en prosa ó en verso, en castellano ó en latin, en América ó en Europa, sería poeta siempre, no por la mayor ó menor perfección de sus versos, sino por la delicadeza de su modo de pensar y por la altura, poco común, del mundo en que se desenvuelven sus ideas.

Todos los temas de sus composiciones, sin excepción de uno, revelan los momentos ó los paisajes en que la humanidad ó la naturaleza, embellecidas por la llama interior ó por la suave magnificencia de la hora, se presentan como transfiguradas á los ojos del que las observa ó al oído del que busca el más leve rumor para metamorforsearlo en una nota.

Por otra parte, el verso no es en él un penoso trabajo de laboratorio ni una encarnizada lucha en contra de la palabra rebelde ó fugitiva. En una corta composición que figura en la página 193, dice al respecto :

No trabajes el verso
con amor prolongado.
Sea como paloma
que se va de la mano.

—

La dulce estrofa simple
un poco de alma exhale.
Más que hoja de libro
sea gota de sangre.

Y en efecto, parece que el señor Banchs realizara su obra sin dolorosos esfuerzos. Como piensa en poeta, y por otra parte conoce el idioma lo suficiente para decir todo lo que desea, su pensamiento se manifiesta con facilidad, envuelto en el amoroso manto de su verso que es siempre noble y alto.

Como todos los hombres jóvenes se queja de ciertos dolores imprecisos ó recoge penas ajenas para embellecerlas con un ropage lírico ó amortiguarlas al són de sus dulces canciones.

La época de la España morisca, con sus troveros, sus puñales y sus apasionamientos de epopeya, inspiran al señor Banchs algunas de sus composiciones, en las que el antiguo romance revive entero con su galana y fácil armonía.

A ratos su poder de evocación es grande, y más grande aún si lo apuntala con formas de decir completamente muertas.

El lector se siente de improviso en las fuentes clásicas del idioma, en una época en que el infante don Juan Manuel, López de Ayala, el cartujano Juan de Padilla y otros comenzaban á balbucear lo que debió ser siglos más tarde una literatura de oro.

A diferencia de todos nuestros poetas jóvenes, el señor Banchs no ha pedido á Francia la llave de su fuente castalia. Solo uno que otro giro galo y alguna reminiscencia de leyenda germana: el resto de la obra es netamente español, con el españolismo de la Iberia extinta.

Es de desear que alguna vez rompa el vínculo que lo une á la madre patria y sea el cantor de nuestra tierra: que diga en su buen verso castellano el alma un poco salvaje y ruda de esta América y el secreto todavía oculto en la entraña de nuestras cordilleras ó en los trebolares de nuestras pampas.

Hay más de un motivo para pedir tal obra al señor Banchs. Y el primero es que él, á la inversa de todos nuestros escritores, *siente* y *dice* en poeta. El secreto no es *hacer* versos: la gran cuestión es concebir el mundo de una manera alta y noble y expresar en verso lo que se ha concebido.

En cuanto á la técnica, el señor Banchs tiene algunos defectos. No los señalamos porque paulatinamente y á medida que pase el tiempo el mismo autor se encargará de corregirlos, en el afán, muy justo, de realizar obra perfecta.

El tiene lo único que no le puede dar nadie y lo que no se saca de ningún libro: el alma sonora.

Todo lo demás es de importancia relativa. La métrica es susceptible de modificaciones y la retórica de hoy puede ser sustituida por la retórica futura, pero el concepto íntimo de las cosas no cambiará jamás.

Alguien ha dicho que un verso es bueno cuando puede ser vertido á otro idioma sin que por eso pierda su valor de concepción poética. Si esto es exacto, el señor Banchs es el ÚNICO de nuestros escritores que soportaría una traducción.

El no es un brillante versificador, sino un poeta inspirado y noble. Bien vale la pena hacer notar la diferencia.

HERNÁN CORTÉS.

Apuntes sobre la vida y obras del Doctor Juan María Gutiérrez.—*Carlos M. Urien*. Buenos Aires, Casa Editora Maucci Hnos. 1909.—Libro nacido al calor de sanos y generosos entusiasmos hacia una de las personalidades descolantes en la época de la construcción política de la nación argentina.

El Dr. Urien, conocido por otras producciones y especialmente por sus dos últimas obras: la «Geografía Argentina» y «Caudillos Argentinos» (Facundo Quiroga), tiene ya conquistado un hermoso puesto entre los obreros de la inteligencia. Con «Quiroga» se mostró el polemista hábil, que si no llegó á convencer del todo con sus argumentos contrarios á los sostenidos por el autor del otro «Facundo Quiroga», el Dr. David Peña, pudo demostrar que la premisa sobre la cual hacia descansar éste el edificio de su libro vindicatorio, era de una evidente fragilidad.

El Dr. Urien detuvo á tiempo los efectos de sugestión que en el espíritu argentino podían ejercer las ideas de Peña, vertidas elegantemente y formadas en él, sin duda alguna, de un exagerado amor al personaje que pretendía esponder de cuerpo entero á la justicia de la posteridad.

El público inteligente optó por tomar de uno y de otro aquello que *razonablemente* podía creer, acaso por que tiene la intuición de que en historia ningún esfuerzo, por infinitamente pequeño que sea, realizado por los hombres en la vida de los pueblos, debe despreciarse para hacerla completa. Y Facundo Quiroga, fué un esfuerzo bien encaminado unas veces, mal orientado otras.

Con los presentes «Apuntes», el Dr. Urien, se nos presenta en forma distinta. Es el biógrafo de Juan María Gutiérrez, cuya alma de patriota, cuyo espíritu selecto de escritor y educacionista nos muestra el autor en los XXII capítulos del libro. Vive en sus páginas todo un largo periodo, desde aquél en que los jóvenes de 1837 rodeaban á Echeverría iniciador de la Asociación de Mayo, hasta ese otro, bien cercano cronológicamente, pero alejado del recuerdo de los porteños, en que el anciano espectable Don Juan María formaba parte de las tertulias intelectuales en casa del editor Casavalle, á cuya memoria no se ha rendido todavía el tributo que justicieramente le corresponde.

Hombres é ideas de distintas épocas, se transparentan á través de cada uno de los capítulos del libro. El autor, perjudicando en ocasiones la articulación de la biografía, se extiende en hacérselos conocer con acertadas y amenas descripciones.

Se observa de inmediato en la obra, que el Dr. Urien ha estudiado ligeramente la personalidad política del biografiado. En el gobierno de la Confederación Argentina, y en el Congreso Constituyente del Paraná, su labor de estadista, merecía algo más que el corto capítulo en el que reseña someramente la obra del Dr. Gutiérrez. Confieso que he llegado á pensar que el autor no ha podido despojarse del todo de su prejuicio de porteño respecto á esa etapa brillante de nuestra historia y que tuvo por teatro la Confederación Argentina del 53 al 62.

Y debe ser la actuación del Dr. Gutiérrez descolante en demasía en tal

ocasión, cuando se impone su estudio, aisladamente, como personalidad política, en el curso de Historia Argentina en nuestra Facultad de Filosofía y Letras.

El Dr. Urien no lo piensa así, á pesar de los juicios de Alberdi . . . Pero, tengamos presente que para el autor, Alberdi y los *hombres del Paraná* no son santos de su devoción.

Ha dedicado el autor especial importancia al estudio del Dr. Gutiérrez como Rector de la Universidad y como autor de la fundamental obra «Enseñanza Superior.»

En los capítulos dedicados á este análisis, transcribe con frecuencia las opiniones de ese educacionista que «vivió cien años adelante de la sociedad de su país.» Esas transcripciones, á pesar de su abundancia, no dañan la obra; por el contrario, benefician al público porque difunden ideas que no están ya hoy á su alcance, por haber sido consignadas en libros ó en revistas escasas ó desaparecidas.

Gutiérrez, poeta y periodista, está admirablemente retratado. El autor lo estudia en toda su producción intelectual, haciendo un análisis, con citas de los trabajos publicados por Don Juan María. El mismo criterio inspira los capítulos dedicados á hacer resaltar al crítico en asuntos históricos que vieron la luz en las revistas que entonces marcaron la época de esplendor del movimiento literario en el Río de la Plata. Lo estudia también como epistológrafo, mostrando esta faceta de su intelectualidad en la que tanto descollara.

El Dr. Urien ha escrito, pues, un libro cuya falta se hacía sentir en este país tan propenso á olvidar. Tiene el trabajo incorrecciones de estilo, advertidas ya en otros anteriores del autor, pero milita una atenuante en su favor: la precipitación con que, dice el mismo, ha sido escrito. Esta obra se incorpora por mérito propio á la bibliografía argentina que merece difusión, porque enseña la vida de nuestros grandes hombres llena de ejemplos elocuentes, de sanas virtudes, de patrióticos esfuerzos y de elevadas manifestaciones del espíritu.

Discursos y escritos del Dr. Carlos Pellegrini, recopilados por *Domingo De Muro*. 1881-1906. Martín García, Editor. Buenos Aires, 1910.—Llega este libro en un momento oportuno, por doble motivo: porque nuestro pueblo es fácilmente olvidadizo y es menester que los escritores divulgen la vida de nuestros grandes hombres—como ya lo he expresado en otro lugar—y porque atravesamos una época de debilidades espirituales, en la que falta el valor de llamar á las cosas por su verdadero nombre. Y la obra del Dr. Pellegrini, no completa en la recopilación del señor De Muro, satura el espíritu de quien la lee, de valentías inusitadas en este ambiente en que la mentira se enseñorea de nuestras costumbres políticas, económicas y sociales.

Esos discursos destilan la espontánea sinceridad que caracterizó al viejo luchador; brota de ellos saludables optimismos en la persecución de los ideales que guiaron sus pasos de ardoroso combatiente.

El Sr. Enrique de Vedia, en las notables páginas del prólogo, ha dicho

cuanto puede decirse acerca de esa personalidad que actuó en época tan cercana á las generaciones que viven en el presente.

Pellegrini, internacionalista, financista, político y literato, está de cuerpo entero en esos discursos, cuyos ecos resuenan todavía en el espíritu de los que le oyeron en el Parlamento Argentino.

El dijo en la tumba de Sarmiento una frase que, al pronunciarla, estaba quizás lejos de suponer se le aplicaría á él mismo. veinte años después: «Su vida fué de acción y lucha, tenía en su panoplia todas las armas; pero su inteligencia, con miembros de atleta, prefería la masa hercúlea, á cuyo golpe terrible saltaba en pedazos la más sólida armadura.»

Tuvo errores en política; ¿cómo no tenerlos en esta política argentina? Habría que interrogarse antes si lo nuestro es verdaderamente política...

El Sr. De Muro ha tenido una feliz iniciativa. Hace obra buena salvando del olvido esas producciones que marcan una etapa de la vida argentina concentrada en una de las figuras salientes de su historia contemporánea.

Política Espiritual. — *Discursos Académicos, Sociales y Parlamentarios* (1905-1909) — Dr. Joaquín V. González. — Librería Nacional de J. Lajouane y Cía., Buenos Aires 1910. — A la serie larga de obras escritas por el Dr. Joaquín V. González, debe incluirse desde hoy una más, complemento necesario á su labor de infatigable educacionista. El nuevo libro es una recopilación de los discursos pronunciados en la Universidad de La Plata — acaso su más predilecta obra — en la tribuna pública y en el Senado de la Nación sobre temas relacionados con cosas y con hombres ligados al progreso del país en su cultura espiritual.

En tres partes ha dividido el libro; en la 1.^a, consigna sus discursos en la tribuna Académica. En ella están insertos, entre otros, uno que ha dejado hondo surco en cuantos tuvieron la fortuna de oírlo: el pronunciado en la primera colación de grados y apertura de cursos de la citada Universidad, en Abril de 1909, pues al trazar en rasgos firmes la misión y deberes de la sociedad del presente, volcó con una evidente franqueza, su concepto sobre la escuela moderna, la formación del maestro y del profesor y el rol que debe desempeñar la alta institución que preside, conceptos en armonía con los más avanzados ideales que persiguen los pueblos más progresistas en materia educacional, pero ajustados en todo á las necesidades y al porvenir de la Argentina. Forma también parte de esta sección el discurso que pronunció en nombre de la Asociación Nacional del Profesorado en el acto de ser entregado al Profesor Altamira un álbum y una estatua de la Historia, y el cual es un complemento del anterior, pues estudia comparativamente «los modelos de afuera» con la enseñanza nacional.

La parte 2.^a, titulada «Embajadores Intelectuales» contiene los discursos pronunciados por el autor, en las recepciones oficiales: de los delegados de Estados Unidos de América al Congreso Científico Pan-Americano celebrado en Chile, del historiador Ferrero, del Profesor Ferri, del novelista Blasco Ibáñez y del Profesor Altamira, en la Universidad de La Plata. Colocados estos

discursos unos al lado de otros, nos permiten un juicio de comparación. En mi concepto, el Dr. González, por justificadas razones, supo encontrar en el que llama «Interdocencia Universitaria: Oviedo y La Plata», las más hermosas formas para vertir sus profundas observaciones de profesor, historiógrafo y sociólogo, en el acto en que despedía al ilustre Altamira.

Finalmente, en la parte 3.ª, se consignan diversos discursos de índole varia: sobre la *caridad*, pronunciado en la distribución de premios á la virtud organizada por la Sociedad de Beneficencia de La Plata, delicada oración donde despliega sin avaricia su erudición y luce las galanuras de su artístico estilo; la *cultura social en la política interna*, en ocasión de la trasmisión del mando gubernativo en la provincia de la Rioja en Junio de 1907; varios, pronunciados en el Senado sobre proyectos de ley atinentes con cuestiones educacionales y el que en su carácter de Presidente del Primer Congreso Nacional de Sociedades Populares de Educación, leyó en la inauguración el 12 de Octubre de 1909. Cierra el libro el discurso titulado *La Buena Maestra*, sentidas páginas inspiradas en el homenaje que se tributó á la educacionista señorita Máxima Lagos.

Este nuevo libro, nos habla, pues, de temas que hacen pensar hondo. Nos ofrece la facilidad de gustar de una prosa que leída vale mucho, muchísimo más que oída de labios de su autor, quien si es gran maestro, carece del temperamento de los oradores.

Cosas de Arriba.—*Martín Gil*. Córdoba 1909.—En elegante volumen ha publicado el escritor Martín Gil varios de los artículos que vieron la luz pública en las columnas de *La Nación*, y otros inéditos. Martín Gil, trata de las cosas que vemos en el firmamento, ó que no vemos sin auxilio de telescopios. Es un libro de vulgarización científica que instruye y deleita porque en sus páginas se efectúa la armonía de la ciencia con las bellezas del lenguaje, claro, sin afectaciones y profundamente ironista. En más de una descripción, dejándonos conducir por el éter infinito, siguiendo á un planeta en su órbita, atentos seriamente á lo que en ella nos va diciendo, aparece la frase sentenciosa, burlona, de crítica fina y mordaz que de golpe y zumbido transporta á nuestra imaginación al mundo real en que vivimos, haciéndola describir bruscamente una variación de miles de grados.

Es que á Gil, estilista, quizá más que á ninguno de nuestros escritores, se le puede aplicar aquello de *Genio y figura*...

«Cosas de Arriba», á pesar de esa tendencia chacotona, es un libro serio que es menester leer de vez en cuando, siquiera sea para encontrar en el ritmo del Universo, fijamente matemático, la *exactitud*, virtud que hace buen rato se ha perdido de la Tierra. Díganlo, sino los Astrónomos de La Plata y de Córdoba en sus cálculos sobre el último eclipse.

Prologa la obra con un brillante y sesudo artículo el naturalista doctor Angel Gallardo.

El Año en la Mano.—*Enciclopedia de la Vida Práctica*. 1910.—La librería de los señores Mendesky é hijo, nos ha remitido este Almanaque, volumen de 500 páginas y que contiene una infinidad de datos estadísticos, históricos, geográficos, de ciencias, etc., adornado con profusión de grabados.

De próxima aparición.—En los primeros días de Febrero, la Librería Nacional de J. Lajouane y C^a., publicará una novela titulada «Males y Remedios», debido á la pluma de un juriscunsulto que ocupa un alto cargo en la magistratura. Según nuestros informes, el argumento que desarrolla el autor se desenvuelve en el ambiente político-social argentino y está llamado á hacer roncha en más de una epidermis de político militante. Se oculta el autor en el pseudónimo de *Pedro Franqueza*.

FLORENCIO CÉSAR GONZÁLEZ.

NOTAS Y VARIEDADES.

Guido Spano. — Es quizá la única joya viviente que nos queda para hablarnos del pasado de la Patria con el fervor sagrado de los que la han amado mucho y cantado en estrofas de una dulce y serena sinceridad ciudadana.

Es de los últimos... de los que no debieran irse jamás, porque reúnen en sí, en su austera personalidad olímpica, un hermoso y venerable símbolo evocador de aquellas nobles y caballerescas virtudes de otro tiempo... Unimos al espontáneo homenaje de que fué objeto el noble Poeta, cantor de «Nenia», «Al Pasar», etc., en ocasión del 83° aniversario de su natalicio, la expresión de nuestras más respetuosas felicitaciones.

Nuevos Colaboradores. — El más valioso estímulo que hayamos podido apetecer en la obra de cultura en que nos vemos empeñados, es la aceptación por parte de intelectuales de valía, de colaborar en las páginas de esta revista. A las firmas que en números anteriores suscriben importantes trabajos de índole científica y literaria, prometemos incorporar en breve la del Dr. Osvaldo Magnasco, cuya intelectualidad reconocida é indiscutida, hace superflua toda presentación.

El Sr. Martín A. Malharro, versado en cuestiones de arte, nos prestará también su concurso desde el próximo número, habiéndonos enviado con tal objeto una colaboración titulada «Conceptos de Arte».

Y como colaboradores desde el presente número, se incorporan el Sr. Julián de la Cal, cuyo mejor título para esta presentación es el de ser colaborador permanente, en la sección Americana de la revista «Ateneo», una de las importantes publicaciones de España.

José Moreno, autor del artículo «Factor Climatérico en las razas tropicales», es un joven médico, egresado de nuestra Universidad hace cinco años, y que se ha destacado ya con otros trabajos de indole científica, tales como «Estaciones invernales Argentinas», tema de vasta importancia higiénica para el país; «La Climatología Médica del Litoral Argentino» (presentado á la Facultad de Medicina, donde es Preceptor del Instituto de Anatomía Patológica), y otros de carácter netamente profesional.

Alejandro M. Unsain, abogado, periodista y autor teatral, ha hecho su especialidad de los cuentos históricos. Tiene un precedente que merece señalarse: fué el primer autor de nuestro teatro Nacional que vistió de frack á sus personajes en la escena.

Nicolás Barros, se presenta con una comedia de tesis, cuyo prólogo de una intensa emotividad, apreciarán nuestros lectores.

Julio Alberto Lista, es de los que empiezan; Montevideo ha sido el escenario donde ha hecho sus primeras armas literarias.

Y, Eduardo Talero, poeta americano, con larga residencia en la Argentina, ha conquistado ya en buena lid un nombre respetable.

Dos aniversarios.—En la primera quincena de este mes ha cumplido cuarenta años de vida *La Nación*, el órgano de la prensa metropolitana que ha sabido mantener siempre encendido el fuego de la intelectualidad del país. Podrá discutirsele á *La Nación* el criterio político que en ocasiones ha sustentado, pero nunca podrá acusársele de haber predicado con pasión. En sus columnas las generaciones de argentinos que se han sucedido desde 1870 hasta el presente han encontrado siempre la expresión de la más alta cultura intelectual; por eso es el órgano de los que buscan en el periodismo moderno algo más que la simple información diaria, aquello que puede enseñarle y hacerle pensar.

Augurios de muchos aniversarios, para bien del país, hacemos al diario más representativo de la América del Sur.

La Ilustración Sud-Americana, revista ilustrada, en cuya larga existencia ha conquistado merecidos triunfos, ha llegado con el

número 409, á los diez y ocho años de vida. Las selectas producciones que inserta en sus páginas y los nítidos grabados que informan del movimiento social y político de esta mitad del continente americano, han hecho de esta publicación un lujoso exponente de civilización. Felicitamos á la hermosa revista.

En su último número nos dedica un alentador suelto que agradecemos sinceramente; se advierte la buena intención que ha inspirado el elogio y por que así lo creemos, nos permitimos rectificar la última parte de aquél. Es cierto que «el mercantilismo ha invadido la sociedad argentina», pero hay todavía quienes prestan atención á las nobles manifestaciones de la inteligencia, no proporcionalmente á la población, pero numéricamente capaz de sostener publicaciones como RENACIMIENTO, qué día á día ensancha su radio circulatorio. Buenos Aires, no es todavía Carthago; si lo fuera, es una felicidad no sentirse adaptado al medio.

Por qué la "Historia de Roma" quedó incompleta. — En una de las revistas extranjeras recibidas con el último correo, encontramos con el mismo título de estas líneas un artículo en el que se explica por qué el gran historiador Mommsen dejó incompleta su monumental obra.

Creemos oportuno dar á conocer á nuestros lectores algunas noticias al respecto.

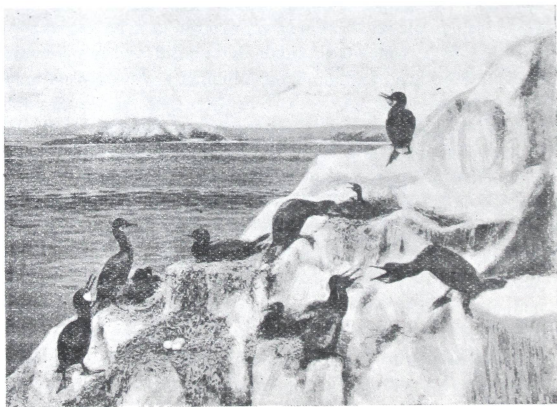
Dice la aludida revista, que un gran diario berlinés pidió no hace mucho á Guillermo Ferrero un artículo sobre el gran historiador Mommsen. Accediendo al pedido, Ferrero envió un artículo titulado «*Perché la storia romana di Mommsen rimase un torso?*» en el cual afirma que Mommsen, en el tercer volumen de su obra, llegó á conclusiones que más tarde, á la luz de la auto crítica, le parecieron insostenibles. Recuerda que en ella no le había dado ninguna importancia é influencia al Senado bajo el imperio de los Césares. Muy viejo ya Mommsen, para empezar de nuevo su historia, renunció entonces á escribir aquel cuarto volumen en el que debía tratar del poder de los varios Césares: cosa que habría venido á desbaratar todo lo escrito anteriormente, al recalcar la influencia que tuvo el Senado bajo el imperio de aquellos.

Ahora, en el mismo diario berlinés, el Profesor Paul Vathan, que perteneció al núcleo íntimo del gran historiador, replica las afirmaciones de Ferrero, y en ésta, cita ante todo la opinión de Ludo Hartmann, á quien conceptúa el más profundo conocedor de Mommsen, al punto de que se puede decir que le adivinaba los pensamientos. El referido Hartmann, en un artículo que publicó después de la muerte de aquel, explicaba perfectamente el por qué de la no publicación de la *Storia di Roma* que disienten en absoluto con el parecer actual de Ferrero.

Después de otras consideraciones, el profesor Vathan publica un testimonio que bien puede decirse que es una declaración del mismo Mommsen que no admite discusión y destinada á despejar dudas. «Nos encontrábamos, dice, en casa de Ludovico Bamberger, en la Margareteustrasse, quién con frecuencia nos invitaba á comer en compañía de una docena, más ó menos, de amigos, entre ellos Mommsen. Se hablaba aquella noche de la Roma de los Césares y de la Alemania de Bismarck, cuando Alejandro Meyer, con tal motivo, recordó la gran expectativa que había despertado en el mundo de la cultura el futuro cuarto volumen de la historia romana de Mommsen, y cuánto se anhelaba universalmente que este viera pronto la luz de la publicación. Este, que permanecía siempre con la frente inclinada hacia el pecho y sólo la alzaba de golpe cuando debía decir alguna cosa ó se le dirigía la palabra, levantando la mirada dijo con su acostumbrado tono grave y resuelto: yo debo sincerarme, ya que me creo sin fuerzas para escribir el cuarto volumen. Después, agregó pensativo: Pero no es del todo una desgracia ya que el quinto volumen hace la historia de las provincias romanas, así como del desarrollo de la cultura romana, y ese se produjo entonces. La vida de los varios Césares es amenudo verdaderamente interesante desde el punto de vista psicológico y llena de efectos dramáticos, pero puede hacerla también algún otro. Lo que á mi me interesaba era, sobre todo, demostrar la colosal obra de civilización que Roma ha desplegado por todo el mundo. Y esto es lo que forma en resumen el objeto de todo el volumen.» El profesor Vathan, agrega después, que ni él, ni los que conocieron íntimamente al gran historiador, podrán estar de acuerdo con el juicio reciente vertido un tanto aventurada-

mente por Guillermo Ferrero. Terminando que en contra de la interpretación del joven historiador italiano, estaba el carácter duro, férreo, de Teodoro Mommsen, que no le permitía jamás vacilar ante ninguna dificultad, de no substraerse á ninguna situación difícil, hasta en los casos en que en realidad fueran insostenibles.

Una riqueza del Perú.—El huano.—Cien millas al Sur del Callao y frente á la Bahía de Pitco, existen varias islas, conocidas geográficamente con el nombre de Chinchas. En ellas no llueve sino rarisísimamente. La constitución geológica de tales islas, algunas de las cuales son verdaderos islotes, se han clasificado de rocallosas, como casi todas las del Océano Pacífico, frente á la costa de la América del Sur.



Bandada de «Corvejones» en las islas Chinchas.

Inagotable fuente de riqueza para el Perú significan las Islas Chinchas, debido al *huano* (guano) que de ellas se extrae. Calcúlase que por este producto se ha pagado, desde la fecha de su

explotación hasta el presente la asombrosa suma de cien millones de pesos oro. Y lo que decimos de las Chinchas, puede hacerse extensivo á otras pequeñas islas de la costa peruana, tales como las de Guanape, Macabí, Lobos, Huanillos, etc.

El producto que forman las capas del suelo de aquellas islas, lo producen innumerables pájaros que en ellas viven, alimentándose de los peces que pueblan sus aguas. Entre estos los más notables son los «corvejones» que en bandadas acuden desde tierra firme á buscar sus presas.

Pero si las islas huaneras han podido continuar siendo fuente principal de la riqueza del Perú, se debe á otro factor importante: el climatérico.

Es sabido que aquellas están ubicadas en límites de la línea ecuatorial y el Trópico de Copérnico, lugar, por tanto, de clima seco, el que ayuda á la conservación del huano, que á no ser por esta circunstancia, correría la suerte de otras regiones idénticas situadas en la América del Norte, donde las continuas lluvias arrastran la materia depositada en ellas por las aves. Por la misma razón el *huano* peruano contiene un porcentaje de nitrógeno, no encontrado en parte alguna del mundo.

En Europa, el *huano*, aceptado como indispensable abono, ha ido subiendo de precio hasta pagarse en la actualidad de 70 á 75 \$ oro la tonelada.

¿Desde cuándo se utiliza el huano de las islas Chinchas? Según los cronistas españoles, ya era conocido y aplicado como abono por los *Incas*, hábiles agricultores; pero los conquistadores, más avidos de metales preciosos que de materia tan *despreciable*, fueron desechando el uso del *huano* en sus faenas agrícolas, hasta que pasados tres siglos, Humboldt, había de hacer conocer en Europa el producto de las islas Chinchas, y Liebig aconsejar su utilización para la Agricultura.

Es, pues, desde 1840 que comenzó la verdadera exportación del producto á la Europa, que hoy lo paga á tan subido precio.

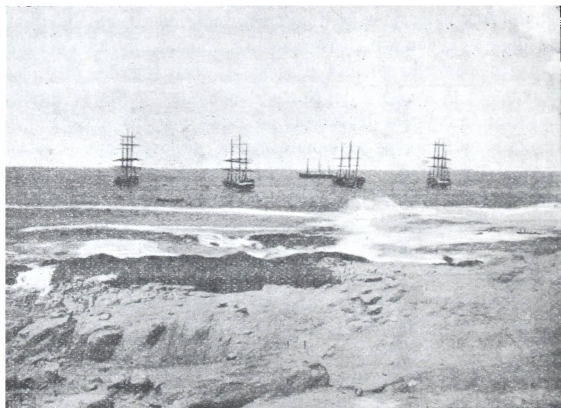
La provincia de Tarapacá, provincia peruana hasta 1879, y hoy en poder de Chile, tiene una costa esencialmente *huanera*.

Tales yacimientos son también aprovechados por compañías particulares que abonan buenas sumas al gobierno chileno.

Si el gobierno peruano no hubiera impedido en 1872, el apro-

vechamiento desordenado del huano existente en las islas Chinchas, esta sería la hora en que ellas habrían perdido su característica de riqueza. Para evitar la extinción del huano, el Gobierno del Perú celebró en 1890 un contrato con la Compañía Peruana, concediéndole el exclusivo derecho de exportar el producto, pero sólo hasta 3.000.000 de toneladas. Hasta 1909, se calcula que lo explotado no pasa de 1.000.000 de toneladas, con un rendimiento en ganancias de 1.500.000 pesos oro anuales.

Los países que más aprovechan el huano del Perú, son por su orden: Gran Bretaña, Bélgica, Estados Unidos, Alemania y Holanda.



Barcos huaneros anclados frente á las Islas Chinchas.

En 1909, esa exportación se ha hecho del producto proveniente de las islas al norte del Callao, reservándose los yacimientos del Sur para el consumo interno del país.

Se calcula que el yacimiento del Sur de las Chinchas comprende 60.000 metros cuadrados y representa una cantidad de 5.000 toneladas. La extracción del guano solo está permitido en todos los meses del año exceptuando los de Febrero y Noviembre.

Tolstoi íntimo.—Serge Persky, acaba de publicar un interesante libro sobre el Conde de Tolstoi en su vida íntima. Cuarenta y cinco relatos forman el volumen y en ellos el escritor polaco retrata al natural las modalidades desconocidas del profundo autor de «La Guerra y la Paz».

He aquí cómo describe la morada del noble demócrata:

Yásnaia Poliana, antigua posesión patrimonial de los príncipes Volkonski, no se distingue por su aspecto de las demás residencias señoriales del centro de Rusia, y si su nombre goza de fama universal, es únicamente porque allí nació el Conde Tolstoi, porque allí se deslizó su infancia y porque allí vive.

Los visitantes rusos y extranjeros han descrito más de una vez Yásnaia Poliana, lo pintoresco de su situación, el bosque inmenso que la rodea, la casa con sus alamedas de tilo centenario plantados por un príncipe Volkonski, abuelo del escritor, los cuatro estanques y el parque señorial, inculto y breñoso, rodeado de una muralla. Las dos redondas torres construidas en esta muralla y ante las cuales había siempre un centinela á principios del pasado siglo como homenaje al alto rango del propietario, general de un Cuerpo de Ejército en tiempo de Pablo I, las conoce todo el mundo lo mismo en Europa que en América. Hoy día estas torres están casi derruidas y cubiertas de musgo, y el nieto del general príncipe Volkonski, vestido con una blusa azul, calzado con grandes botas, habla á sus visitantes de una existencia conforme con la doctrina de Cristo y con el misterio de la muerte, del cual «ningún centinela ni ninguna torre de piedra puede preservar al hombre».

En otros tiempos, Yásnaia Poliana era una casa señorial con innumerables salones, en los cuales la nobleza de entonces, servida por una nube de dóciles lacayos, reinaba sobre los siervos y se enorgullecía de sus cuantiosas rentas. Hace tiempo que se quemó este edificio; dos alas no más quedan de él, y en una habitan el conde Tolstoi y su numerosa familia, y en la segunda se alojan los huéspedes y los admiradores que llegan en peregrinación á Yásnaia Poliana.

El edificio que ocupa el escritor es de dos pisos y su arquitectura es muy sencilla y desprovista de adornos. Nada indica que los propietarios son muy ricos; al contrario, es notable la

sencillez de esta casa. Los retratos de antepasados que adornan la sala del primer piso son los únicos objetos que recuerdan al visitante que se halla en la morada del descendiente de una familia de elevada alcurnia.

El despacho de Tolstoi parece el cuarto de un estudiante laborioso y de escasos recursos. Una mesa, unas cuantas sillas, un sofá, un estante, componen el mobiliario. En uno de los ángulos está el busto de Nicolás Tolstoi, hermano mayor del autor, fallecido hace muchos años. Adornan las paredes cuadros y grabados, entre otros, un gran retrato de Schopenhauer y una fotografía hecha en 1856, que representa un grupo de literatos rusos célebres: Tolstoi, Grigorovich, Gonchárof, Turguenief, Druschinin y Ostrovsky. Tolstoi está de uniforme y con los brazos cruzados. La biblioteca del Conde, que es muy numerosa consta de miles de volúmenes en los cinco ó seis idiomas que habla Tolstoi. Allí están todos los clásicos de la literatura rusa y extranjera y multitud de obras teológicas.

En aquel apacible retiro se concibieron y escribieron obras como *La guerra y la paz*, *Ana Karenina* y casi todos los escritos más famosos del gran escritor: *Confesión*, *Cuál es mi fé*, *La muerte de Ivan Ilitch*, *la Sonata de Kreuzer*, *Resurrección*. Por eso hemos querido describir sucintamente Yásnaia Poliana, tan célebre en el mundo entero como el Ferney, de Voltaire; el Coppet, de madame de Stael, y las Charmettes, de Juan Jacobo Rousseau.

Y á propósito de Yásnaia Poliana reproduce más adelante Serge Persky el siguiente diálogo entre Tolstoi y un campesino que fué desterrado á Siberia por profesar y defender las teorías del Conde. No deja de ser curioso el diálogo:

«...No pocas veces me han echado en cara—dice Tolstoi—que mande á los demás á trabajar al campo mientras yo vivo en una casa confortable y no hago ninguno de los trabajos que recomiendo. Se cuán justificado está el reproche.

—«...Hace mucho que quería hablarle á usted de ello—dijo el campesino.—Me ha parecido siempre que no era digno de usted el estar detrás de doce puertas custodiado por otros tantos lacayos.

—¿Cree usted acaso que me gusta eso?—exclamó el Conde

suspirando.—Pero ¿qué quiere usted que haga? No tuve en otro tiempo valor bastante para romper con ese género de vida. Mi primera falta fué esa. Pasaron los años y ahora ni usted mismo tendría calor para censurarme. No se empieza una nueva vida á los setenta y dos años. En otro tiempo pensé en irme á otra aldea para vivir de cualquier cosa, como un infeliz sin familia. Pero, pasó el tiempo y eché de ver que era viejo. Los trabajos del campo no me repugnan, al contrario, me gustan, les debo los recuerdos más agradables de mi vida.»

En sus relaciones con el pueblo, Tolstoi organizaba diariamente en su pueblo sesiones de lectura, después de la comida. Lentamente se unieron á los discípulos los jóvenes y luego los padres y los ancianos. Tolstoi asistía también á esas lecturas; se sentaba en un banco y escuchaba. Durante la lectura y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos, en los cuales se mezclaba Tolstoi con verdadero entusiasmo. Hablaba el idioma popular con más belleza y con más inspiración que la lengua literaria, pero en aquellos diálogos no ejercía de maestro, sino más bien de discípulo dócil y atento. El pueblo, decía, es un gran educador.

Una tarde, después de la lectura de un cuento. Tolstoi sacó del bolsillo un cuaderno y dijo: «Yo también quiero leeros una cosa que he escrito.» Y con voz clara y sonora les leyó su célebre *Ivan el Imbécil*. El cuento gustó. Los viejos lo alabaron y los jóvenes, recordando los principales episodios, cambiaron impresiones.

Viendo Tolstoi que en uno de los campesinos había producido la lectura mayor efecto que en los demás, le dijo: «Vamos, Andrés, repítenos la historia, haz el favor.» El campesino asintió, afirmando que era capaz de repetirla palabra por palabra. Empezó, pero con gran sorpresa de todos; su relato no correspondió con el original, tantas fueron las modificaciones que introdujo, los giros que empleó y las palabras de que hubo de valerse: en cierto lugar alteró la trama del cuento. Interrumpiéronle algunos queriendo reprenderle, pero Tolstoi les impuso silencio y tomó nota de aquellas variantes. Era aquel campesino el más pobre de la aldea; vivía al final de la calle y por eso le llamaban *Andrés el Extremo*; su choza era miserable, la cerca de su huerto

apenas existía, y por eso le llamaban también *Andrés el Arruinado*; pero tenía el dón de la palabra y le gustaban extremadamente los libros.

Era este Andrés el que contaba la historia de *Ivan el Imbécil*, y Tolstoi tomaba notas y se entusiasmaba cuando una imagen, cuando una frase ingeniosa ó una palabra interesante salían de los labios de Andrés.

El cuento se publicó, pero con arreglo á la versión del campesino.

«Este es mi método, declaró Tolstoi. Los campesinos me corrigen y me enseñan á escribir. No hay otra manera de escribir una obra popular.»

Tolstoi es un gran lector de libros viejos y lo que en ellos lee le sirve para componer admirables cuentos para sus campesinos.

«He encontrado hoy—dice Tolstoi en uno de estos capítulos—un pasaje verdaderamente notable en los *Pensamientos* de Marco Aurelio. Y diciendo esto, buscó en su biblioteca un libro y nos leyó las páginas en que habla Marco Aurelio del admirable dón que posee el hombre de amar, incluso á sus enemigos.

«Piensen ustedes que el que habla es un emperador romano, es un pagano, exclamó Tolstoi lleno de entusiasmo. Recuerden que en su tiempo miles de cristianos confesaban la fraternidad universal y el perdón de las injurias. Pero Marco Aurelio lo ignoraba. Al contrario, creía que los cristianos eran enemigos peligrosos y permitía que se les persiguiera sin tregua... Yo veo en Marco Aurelio la imagen de mí mismo y de todos nosotros. Conocemos su vida, leemos sus *Pensamientos* y no podemos menos de sorprendernos ante el abismo que separa su vida de su conciencia. Muchos creen que era un hipócrita, pero yo no soy de ese parecer. Nosotros tampoco echamos de ver el precipicio abierto entre nuestra vida y nuestra conciencia. Pasarán cientos, miles de años, y las gentes de entonces se asombrarán á su vez y no comprenderán por qué nuestros actos contradicen nuestros pensamientos y por qué nuestros pensamientos están en pugna con nuestros actos...»

—«Maestro—le preguntó una vez á Tolstoi uno de sus discípulos:— ¿no cree usted que el mal es necesario y que si no existiese tampoco existiría el hombre?

—«El pensamiento es bello — le contestó Tolstoi;— pero es erróneo. El hombre ha nacido del bien y no del mal. Hojeaba yo días atrás una colección de leyendas antiguas y leí algunos con entusiasmo. He aquí una que resuelve la cuestión que ahora nos ocupa:

«Habiendo descansado Dios de sus múltiples trabajos, pensó en crear un nuevo ser, engendrado por la unión maravillosa del cielo y de la tierra.

—«No lo crees — dijo severamente el Angel de la Verdad,— porque mancillará tu santuario por gusto, exaltará el Error y la tentación reinará sobre la tierra.

—«No lo crees—suplicó el Angel de la Justicia,— porque será cruel, no amará más que á sí mismo y tiranizará á los demás. Será sordo á los gritos de dolor, y los gemidos de las víctimas no llegarán hasta su corazón.

«Anegará la tierra en sangre—añadió el Angel de la Paz— y el asesinato será su obra cotidiana. El horror de la ruina aniquilará á los pueblos, y el miedo á la muerte violenta se infiltrará en las almas.

«Y la frente del Todopoderoso se anubló: la unión maravillosa del cielo y de la tierra le pareció cosa vil y despreciable. Y en su voluntad eterna maduraba ya la resolución de no crear aquel ser, cuando la Misericordia, su hija menor y predilecta, compareció ante su trono. Abrazóse á las rodillas del Padre, y exclamó:

—«Créalo. Si todos tus servidores le abandonan, yo iré en su auxilio, y yo transformaré en cualidades sus defectos y sus vicios. Yo le protegeré para que no se aparte del camino de la Verdad. Yo inclinaré su alma á la compasión. Yo le enseñaré á ser misericordioso con el débil.

«Y la frente del Todopoderoso se iluminó, y brilló en su rostro la clemencia. La unión maravillosa del cielo y de la tierra fué, y engendró á un ser hecho á su imagen y semejanza.

—«¡Vive!—dijo el Todopoderoso, animándole con su soplo— y sabe que eres hijo de la Misericordia. . .

—«Así fué creado el hombre, y todavía asegura usted que nació del mal.

Y Tolstoi miró á su interlocutor con expresión de reproche.

—«Entonces, ¿de dónde proceden esas pasiones que atormentan y envilecen su alma? Si no somos más que bondad, misericordia y santidad, ¿de dónde viene el pecado? —preguntó una mujer.

—«Vengan ustedes. Andando les diré por qué.

Todos obedecieron.

—«He aquí la historia—dijo:

«Había una vez un hombre que tenía un jardín, en el cual se daban frutas maravillosas. Hizo que custodiasen la puerta dos servidores suyos, uno de los cuales era cojo y el otro ciego. «Estoy seguro—dijo—que no dejarán entrar á nadie y de que tampoco se comerán las frutas.» Y regresó tranquilo á su casa.

«Pero cuando llegó la noche, la luna y las estrellas que en el cielo resplandecían hicieron que la hermosura de las frutas del jardín adquiriese mayores encantos. Y el cojo le dijo al ciego:

—«¡Qué hermosas son las frutas de nuestro amo!

—«Cógelas y las probaremos—balbuceó el ciego.

—«¡No puedo!—suspiró el cojo—; pero, si quieres que me suba encima de tí, podré llegar al árbol; cogeré algunas frutas; comeré de ellas, y te daré tu parte.

«Aceptó el ciego la proposición y se logró el deseo de ambos.

«Por la mañana llegó el amo. Los guardianes estaban en su puesto, pero faltaba gran cantidad de fruta.

—«¡Confesad!—exclamó.— Habéis dejado que entre un ladrón.

—«¡Amo! te juramos que no hemos dejado entrar á nadie—respondieron los criados.

—«Entonces los culpables sois vosotros. ¡Confesadlo!

—«El amo sabe que soy cojo y que no puedo dar dos pasos por el camino más llano.

—«El amo sabe que soy ciego y que no sé andar sólo.

«Pero el amo entonces hizo que el cojo trepase sobre el ciego y les llevó al árbol.

«Entonces les dijo:—Así es como habéis hecho.

«Lo mismo ocurre con el hombre—repuso Tolstoi.—El cuerpo inanimado yace, puro y dócil, radiante de paz y de tranquilidad. ¿Cómo podría yo pecar, se dice, si soy ciego y no puedo ver las tentaciones, si ignoro los caminos que á ellas conducen? Y yo

pregunta el alma, ¿cómo podría sucumbir, si desde el punto y hora en que te abandoné vuelvo inmaculada por los aires, al igual de las aves; si yo era ya inmaculada antes de estar cautiva en un cuerpo. Y dice el Todopoderoso; lo que habéis hecho es esto. Coge al cuerpo, lo une al alma y los pone al pie del árbol de la vida, cuyos frutos suspenden y cautivan. Y la vida del hombre empieza, y en esta unión del cuerpo y del alma aparece el misterio, el horror y á la par la felicidad suprema de existir.»

Errata.—En el artículo del Sr. Zimmermann Saavedra, titulado «La persistencia en el error histórico», aparecido en el número anterior, se han deslizado los siguientes errores: En el primer párrafo de la página 494: número, por *númen*; en el cuarto párrafo de la página 498: pensadas, por *personales*; en el tercer párrafo de la página 501: asamblea, por *asonada*; y en el sexto párrafo de la página 502: mal, por *oral*.

La Argentina Rural.—El Sr. Arturo Suárez Pinto, ha publicado el Retrospecto Anual de la vida ganadera del país en 1909. Es un anuario presentado con todo lujo en sus grabados y con un notable material de lectura. Sin forzar el concepto puede decirse que ese volumen es la primera contribución particular á los festejos del Centenario, pues en él se expone el verdadero estado de la principal riqueza del país. Felicitamos al señor Suárez Pinto por su acertada iniciativa.

LA DIRECCIÓN.

A nuestros subscriptores.—Habiendo comenzado el segundo semestre de esta revista, encarecemos á nuestros subscriptores del interior quieran ponerse al día en el pago de sus subscripciones, evitándose así que el envío de ella sufra interrupciones.

EL ADMINISTRADOR.

Calle BOLIVAR, 270 - Buenos Aires

LIBRERÍA NACIONAL

DE

J. LAJOUANE & C^{IA}

LIBREROS - EDITORES

Unión Telefónica 3817 (Avenida).

Coop. Telefónica 3112 (Central).

Surtido completo en obras de Derecho, Jurisprudencia, Historia, Literatura, Filosofía, Ciencias, etc., etc. - Textos para la enseñanza primaria, secundaria y superior.

Especialidad en obras Nacionales y Americanas.

Teniendo la casa corresponsales en Europa y en las principales Repúblicas sud-americanas, se encarga de proporcionar á precios ventajosos cuanto libro se le pida.

Imprenta: Impresión rápida y esmerada de LIBROS, TESIS, FOLLETOS, á precios ventajosos.

Imprenta y Casa Editora

     **"Juan A. Alsina"**

FUNDADA EN 1876

Buenos Aires — CALLE MÉXICO 1422 — Coop. T. 1647, Central.

**CASA ESPECIAL PARA LA IMPRESIÓN DE LIBROS
DE TEXTO Y CIENTÍFICOS**

IMPRESIONES DE LUJO

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Y OBRAS ILUSTRADAS

TRABAJOS COMERCIALES

ENCUADERNACIÓN

La casa está en las mejores condiciones para producir lo mejor en el ramo al precio más cómodo.

PIDAN PRESUPUESTOS.

"UNA EXCURSIÓN Á LOS INDIOS RANQUELES"

por L. V. Mançilla. (Edición ilustrada).
\$ 4 el ejemplar.

Útiles y material para la enseñanza

DE LA ACREDITADA CASA

K. F. KOEHLER

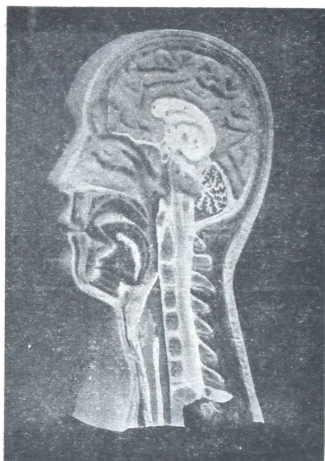
LEIPZIG

Únicos representantes:

CURT BERGER Y C.^{IA}

25 de Mayo, 384-392

BUENOS AIRES



Sección

- I. Decoraciones y Aparatos de Escuela.
- II. Enseñanza de Escuelas Infantiles. Sistema Froebel.
- III. Enseñanza primaria según el método natural.
(Enseñanza de objetos).
- IV. Religión y Geografía Bíblica.
- V. Leer y Escribir.
- VI. Enseñanza primaria de Aritmética y de formas geométricas.
- VII. Matemáticas para Escuelas Superiores.
- VIII. Enseñanza de lenguas.
- IX. Geografía y Ciencias preliminares.
- X. Historia Universal, Historia de la Civilización y de las Artes,
Mitología y Leyenda.
- XI. Antropología, Higiene, Microscopia.
- XII. Zoología.
- XIII. Botánica.
- XIV. Geología, Mineralogía, Paleontología.
- XV. Física.
- XVI. Química.
- XVII. Tecnología, Nociones sobre el trabajo y sobre los artículos del
comercio.
- XVIII. Agricultura.
- XIX. Dibujo.
- XX. Labores de mano, Enseñanza de la economía doméstica.
- XXI. Gimnasia, Juegos gimnásticos.
- XXII. Canto, Enseñanza de música, Instrumentos y utensilios.

Pídanse Catálogos y visítese la **Exposición** instalada en nuestras oficinas
Calle 25 de Mayo 382, Buenos Aires.